



Universidad Academia de Humanismo Cristiano
Escuela de Psicología
Tesina para optar al grado de Licenciatura en Psicología

**Análisis Crítico del Discurso de la Psicología Comunitaria en Chile; de la Resistencia a la
Democracia Pactada.**

Integrantes: Biancka Castillo
Jennifer Concha
Cesar Gutiérrez
Profesor guía: Jorge Unger
Profesor informante: Domingo Asún

Santiago de Chile, 2015

“Todo demuestra que cuando tienes una curva en el camino en donde la gente se desbarranca, no tiene sentido ir a poner el consultorio abajo, con mucho yeso para enyesar a todos los que se quiebran, dando vueltas por la curva. Lo que tienes que hacer es cambiar la curva.”

(Asún en Alfaro & Berroeta, 2007, p 421)

Agradecimientos

Quisiéramos dedicar esta investigación a todxs nuestrxs compañerxs con quienes hemos conversado largamente respecto a las limitaciones, posibilidades y creaciones dentro del campo Comunitario. Muchas de las inquietudes desarrolladas en este texto han sido fruto de largas conversaciones y reflexiones respecto a los planteamientos teóricos y las realidades sociales concretas en las cuales nos encontramos inmersxs, desde los diferentes lugares que habitamos.

También a nuestros profesores, que han incentivado y acompañado nuestro proceso formativo y de investigación en el campo Comunitario. Al profesor Domingo Asún, por movilizar las perspectivas teóricas Comunitarias desde un “pensar” y “hacer” críticos y conscientes de realidad socio-política de Chile, siempre vinculado a organizaciones de base y movimientos sociales, y al Profesor Jorge Unger por acompañar este proceso y promover un trabajo investigativo que permite abrir nuevos campos de reflexión desde una óptica crítica y transformadora. A ambos por mantener viva la resistencia académica.

Por otra parte no podemos dejar de agradecer el acompañamiento y el apoyo constante de nuestrxs compañerxs de vida, pues sin ellos nuestras inquietudes no hubiesen sido movilizadas y compartidas; Fu, Chela, Tracy, Dani, Pipe, Romy, Carlos, Pedro, Max, Barbie, Wako, Juanma (lumi), Lalo, Adolfo, kathy, koke y tantos otros...

Además quisiéramos dedicar esta investigación a nuestrxs familiares “de sangre” y de vida;

A la estrella que más brilla en mi constelación; mi madre.

A mi hermana, quien fue la principal motivación para entrar a estudiar a la universidad y ser la primera profesional de la familia... ella dejó de existir en este mundo al inicio del viaje académico, pero vivirá por siempre en los sueños y recuerdos de circundan mis presentes. A mis sobrinxs, a mi mamita, quien debió servir por más de 10 años a las comodidades de la clase “acomodada” como “asesora de hogar”/“nana”, migrando primero de Pangal del Laja a Concepción y luego de Concepción a Santiago. A lxs pobladores de poblaciones periféricas y olvidadas, como la población de mi juventud “El Castillo” en La Pintana (no olvido a candola city en conce!) A la lucha feminista y a todxs lxs mochileros y viajexs malabaristas latinoamericanxs, con quienes me encontré o me encontraré luego. A Chiclaya y Licánsito.

A mi mamá, mi nana, mi profe, la que siempre apañó de una u otra forma, a los pequeños seres que salieron de mi vientre y que hacen que la vida se haga complejamente más hermosa y divertida, a la flaca y al viejo, que aunque parece que están de lejos siempre velan por esos sueños que con este papel se cumplen, a ellos y ellas agradezco la paciencia, la entrega, las ganas, los regaños y las conversaciones eternas y pequeñas que hacen de esta la mujer que soy.

A todxs ellxs lxs saludamos con mucho amor y alegría.

Resumen

La presente investigación surge a partir del cuestionamiento acerca del ejercicio y la producción teórica de la Psicología Comunitaria en Chile, cuestionamiento que problematiza el discurso de esta subdisciplina, en la medida en que su fundamento y horizonte se relacionan con la realidad actual, y al despliegue praxiológico de ésta, a través de los enfrentamientos discursivos de sus actores. Por lo tanto, el objetivo de la investigación se focalizó en indagar en las diferentes versiones que configuran el discurso de tal subdisciplina, centrado en el análisis de la publicación del año 2007 titulada “Trayectoria de la Psicología Comunitaria en Chile”, en la que fue posible reunir las perspectivas que destacan en el contexto nacional y que, por tanto, delimitan mediante la producción discursiva, la construcción y reconstrucción de la Psicología Comunitaria en el país, que tiene sus inicios en contextos de represión social Latinoamericana, sostenida por la lucha contra la opresión y la preservación de la dignidad del ser humano.

Con la finalidad de responder a los objetivos de la investigación se utilizó como metodología el Análisis Crítico del Discurso, el cual facilita el reconocimiento del enfrentamiento discursivo y la lucha por la historicidad; que define las versiones que dan forma a una sociedad de discurso. A partir de este análisis, se presentan los siguientes ejes que responden al cuestionamiento acerca de la construcción discursiva del ejercicio práctico y de la producción teórica de la Psicología Comunitaria:

Memoria histórica de la Psicología Comunitaria en Chile.

El pacto democrático y el nuevo modelo de gestión de la Psicología Comunitaria en Chile.

Palabras clave: Psicología Comunitaria, Discurso, ACD, Praxis Comunitaria, Transformación Social.

Indice

Introducción.....	6
Relevancia de la investigación.....	14
I. Objetivos.....	15
II. Marco teórico.....	16
1.1 Discurso hegemónico y contra hegemónico.....	16
2. Psicología Comunitaria y Psicología Social Comunitaria.....	21
3. Psicología Comunitaria en Chile.....	28
III. Marco Metodológico.....	37
1. Tipo de estudio.....	37
2. Campo de estudio.....	38
3. Técnica de producción de datos y muestreo.....	38
4. Pasos del ACD.....	41
IV. Informe de Resultados.....	43
Memoria histórica de la Psicología Comunitaria.....	43
El pacto democrático y el nuevo modelo de gestión de la Psicología Comunitaria en Chile.....	48
V. Síntesis de Resultados.....	59
VI. Conclusiones Finales.....	61
VII. Referencias.....	70
VIII. Anexos.....	74

Introducción

La Psicología Comunitaria es un campo en constante debate y discusión. Es propio de la misma, el carácter crítico y auto reflexivo en el ejercicio práctico, pues sus fundamentos y epistemes, son articulados y desarticulado en los diversos contextos socio políticos en los que se inserta. No es lo mismo hablar de Psicología Comunitaria en Chile, que en Bolivia, Ecuador o Venezuela, y tampoco es lo mismo hablar de Psicología Comunitaria, Psicología social Comunitaria, Psicología Intra Comunitaria, etc. Existen matices, relatos, experiencias, construcciones, fuentes teóricas que con sus marcos comprensivos intentan articular un discurso más o menos coherente con los objetivos y acciones que se propone.

Esta perspectiva teórica, metodológica y práctica, tiene tres aristas de desarrollo; Europa, Norte-América y Latinoamérica, orientadas las dos primeras a cambios psico-individuales y la última a cambios social comunitarios desarrollados por los propios sujetos -colectivos e históricos-, participantes de la comunidad. Un primer momento, el que suele citarse como origen de los tres movimientos, es enmarcado por el gobierno de Kenedy en EE.UU y las políticas de salud mental que este comenzaba a promover desde 1963, apremiado por los costosos hospitales psiquiátricos (Jiménez, B, 2004). Por su parte, en Latinoamérica, se comenzaba a articular un discurso crítico y de acción –desde fines de los 50`- frente a las opresiones directas y simbólicas, que enfrentaban los pueblos Latinoamericanos. En aquel periodo, la teoría de la dependencia, la desigualdad social, la centralización, la opresión de los pueblos en post del progreso y la colonización, las luchas de resistencia contra dictadura, la educación popular de Freire, la IAP, la teología de la liberación, la sociología militante, permitieron articular un marco comprensivo para pensar los problemas de los individuos y sus soluciones (Ibid). No obstante, es en la

conferencia de Boston de 1965 entre Psiquiatras y Psicólogos, cuando se acuña el término en un espacio académico “reconocido”. La Psicología Comunitaria, asociada al paradigma bio-médico, surge en respuesta al modelo clínico de intervención individual de la Psicología Clínica norteamericana (o Psicología Hegemónica), que no contemplaba el ambiente en el cual se constituía el sujeto, por tanto, dejaba fuera sus condiciones potenciales, materiales y ambientales. De esta forma, en Latinoamérica a fines de los 70` y principios de los 80` se empieza a reunir y articular un saber que emerge por la necesidad de generar procesos de cambio que contribuyan a la emancipación de los pueblos, un *paradigma de la acción* desde una Psicología Social Crítica o Comunitaria que se caracteriza por la “deconstrucción, pensamiento crítico y transdisciplinariedad y el estar situada simultáneamente en el plano conceptual y en la esfera práctica” (Ibid, p. 137). (Ver anexo 1)

Es así que la Psicología Social Comunitaria entra como un discurso crítico que aboga por la integración del contexto socio-histórico, acentuando a la comunidad como eje de sus prácticas, donde predomina lo territorial y la organización social de los sujetos, respondiendo a las necesidades de su realidad social concreta; “La noción de comunidad activa, entonces, los sentidos de convivencia, pertenencia, dinámica demográfica, territorio y cotidianeidad y sus determinaciones recíprocas” (Unger en Alfaro & Berroeta, 2007, p. 324). Este nuevo foco de estudio centrado en la comunidad y en las posibilidades transformadoras del sujeto comunitario (Montero, 1984), tanto a nivel individual como social y estructural, se propaga rápidamente en los intelectuales del territorio, repercutiendo también en Chile y tomando forma en un nivel práctico asociado a la resistencia de la dictadura militar 1973-1989. Estas experiencias implican para algunas versiones, un trabajo crítico y transformador con una metodología que es capaz de aportar a la sociedad (Unger en Alfaro & Berroeta, 2007), y para otras, un trabajo provisorio,

inmaduro y sin producción teórica formal, que según Krauss (Ibid, 2007) sería algo “artesanal”. O bien como un antecedente que precede el origen de la Psicología Comunitaria, asociado a las políticas de Estado (Alfaro, 2000).

A mediados de los años 70 y la primera mitad de los años 80:

(...) surgen una serie de proyectos que responden a la necesidad de continuar y recontextualizar el trabajo impulsado por las políticas sociales de los 60, entre las que podemos citar a las populares “ollas comunes” y “comités de salud”, junto a otras iniciativas de autoconstrucción de viviendas y potenciadoras de solidaridad comunitaria como “el comprando juntos” (Morales, 1993; Krause y Jaramillo, 1998; Alfaro, 2000); constituyéndose en experiencias de las que, lamentablemente, casi no tenemos registros (...). Más tarde, en la plenitud de los ochenta, se transformó en una práctica “de (en y por) lo Marginal” (Asún y Vidales, 2002), caracterizada por focalizar su actividad en los sectores más debilitados de la sociedad (Reyes en Alfaro & Berroeta, 2007, p.115).

Este trabajo ligado a un contexto de resistencia, involucra los diversos actores sociales; pobladores, iglesias (influidas por la teología de la liberación), ONG`s, colectivos, intelectuales, universitarios, etc. Desarrollando mediante la praxis un trabajo comunitario fuera de las instituciones “oficiales”, con un carácter ético-político marcado (fomentando el cuidado, la solidaridad y protección mutua de la población), que se articulaba muy bien con el discurso de la Psicología Comunitaria que comenzaba a tomar fuerza en la época. Es más, en el año 1985 se desarrolla el Primer Congreso Nacional de Psicólogos que dejó testimonio del fuerte interés profesional por “lo comunitario” (Ibid, 2007). Respecto a esto Asún y Unger afirman que “el enfoque social-comunitario de la psicología, encuentra aquí un campo de expresión y

colaboración donde era posible actuar en pro de un cambio radical de la sociedad” (2007, p. 215).

Mediante la transición pactada y el surgimiento de nuevas políticas enfocadas a la intervención social, La Psicología Comunitaria se establece como disciplina y se integra en las mallas curriculares de las universidades recién a partir de los años 90`, logrando instalarse de manera tal que hoy en día incluso cuenta con diversos post-grados y magisters en la Universidad de Chile, Universidad de la Frontera, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad de Valparaíso y Universidad Católica de Chile¹. Es así como también se abre un espacio práctico ligado a las políticas sociales del Estado, el cual concibe la intervención social² como la acción organizada de los individuos ante problemáticas sociales que no han sido resueltas en la sociedad (MIDEPLAN, 2006). Respecto de esto, es pertinente contextualizar el origen y el trayecto de las intervenciones sociales en Chile, mediante el documento “Identidad, Comunidad y Desarrollo” de la Universidad de Chile en conjunto con el Ministerio de Planificación (MIDEPLAN) del año 2006, el cual registra cuatro etapas de desarrollo de las políticas sociales: La primera de ellas se inicia en el año 1900 con un desarrollo de propuestas desde la caridad, y que considera a las problemáticas sociales como realidades ajenas a la estructura social. Luego entre 1930 y 1960 surge el Estado de Bienestar que centra lo social como tarea obligada del Estado, como un deber político para con el bienestar y la seguridad social de la población: Se conforman así instituciones encargadas de entregar beneficios sociales gratuitos o baratos, institucionalizando los derechos de la población para atender necesidades relacionadas con los riesgos de la existencia (nacimiento, enfermedad, jubilación, muerte digna).

¹ Extraído en línea desde: www.universia.cl

² “La intervención social es el esfuerzo sistemático y racional para modificar las condiciones sociales o comportamiento de las personas con el objeto prioritario de la mejora social” (Reboloso, año p. 18)

En un tercer periodo hacia la década de 1960 “la política social se centra en lo social”, avanzando hacia un abordaje ya más serio y técnico. “En este periodo se profesionaliza el trabajo con lo social, surge la importancia de los indicadores sociales, que muestran los déficit de vivienda, de salud, de alimentación, de educación, de trabajo, de jubilación” (ibid, p. 160), la escena política y académica, también se comenzaba a articular en función de las demandas sociales, en esta línea, son destacables los aportes del trabajo social en las políticas de mejoramiento en torno a conflictos territoriales, ligadas a un proyecto socio político de mejoramiento, que tiene como punto culmine el gobierno de la UP (Asún, M, 2005). Ya en dictadura entre 1973 y 1989, aún en un tercer periodo, *lo social* se concibe en relación a la economía, siendo los “problemas sociales” una consecuencia del desarrollo económico del país:

Lo social cae dentro del concepto de Estado Subsidiario, cuyo rol sólo es complementar lo económico al buscar resolver los problemas sociales, pero concebidos como secuelas indeseables. Se actúa igualmente de modo técnico pero de manera parcial, lo social es secundario (Ibid).

Por último, entre los años 1990 y 2005 se sigue un proceso continuo respecto a la “profesionalización” del trabajo con lo social, perfeccionando las estrategias y focalizándose en la intervención. Es en esta etapa final que “desarrollo” se entiende como algo integral, por lo que se requiere articular el desarrollo político junto al desarrollo social.

Actualmente el gobierno ha incorporado en la agenda pública diversos programas y proyectos que integran en su discurso una óptica comunitaria, como son los centros de salud familiar (CESFAM) que comienzan a implementarse desde el año 2009, a cargo del ministerio de salud. Este es un modelo de atención integral de salud con enfoque familiar, comunitario y de

redes, que ubica a la comunidad como aliada en las acciones que se implementan³. A su vez, las diversas instituciones de gobierno, integran la noción comunitaria, el *empowerment*, la *participación social*, la *organización* ciudadana, las redes, etc.:

Los Centros Comunitarios de Salud Mental Familiar (MINSAL); Programa de Reforzamiento Psicosocial de la Atención Primaria (MINSAL); la Política de Juventud con sus Programas de Capacitación Laboral y Reducción del Daño Psicosocial (INJUV); los Programas de Prevención de drogas (CONACE); los programas de Prevención del Embarazo Adolescente (MINSAL); Programa de Protección y Rehabilitación de Jóvenes y Niños Vulnerados en sus Derechos e Infractores de la Ley Penal (SENAME); La Política Social hacia la mujeres y los Programas de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres y Erradicación de la Violencia Intrafamiliar (SERNAM); La Política hacia la Tercera Edad; Los Programas de Seguridad Ciudadana, etc. (Alfaro en Alfaro & Berroeta, 2007, p. 63).

Con el surgimiento de las nuevas políticas sociales, emerge un nuevo sujeto de intervención que se visualiza desde la carencia, la pobreza y la drogadicción, lo cual implicó que el Estado desarrollara e implementara instituciones de intervención social como nuevas formas de gobierno, o según la mirada de Rose nuevas formas de “*gobernar desde el punto de vista social*” (2007), entendiendo estas como:

Un conjunto de artes y destrezas que implica la vinculación de pensamientos, afectos, fuerzas, artefactos y tecnologías que no solamente fabrican y manipulan al ser, sino que, fundamentalmente, lo ordenan, lo enmarcan, lo producen, lo hacen pensable como un cierto modo de existencia que debe abordarse de una manera específica. La psicología es tecnología en varios sentidos (Rose, 1996, p.11).

³ Para más información visitar: <http://www.medicina-familiar.cl>

Este nuevo contexto de intervención social propició un proceso en el que, según Asún y Unger “se han despolitizado algunas dimensiones fundacionales y se han politizado otras, construidas desde los campos hegemónicos (Que las toleran o resemantizan)” (2007, p. 217), es decir, se ha despolitizado una dimensión que apuntaba a procesos de cambio con un fuerte componente político o contra-hegemónico y se ha politizado en su dimensión más institucional, tecnificándose como disciplina y como modelo de intervención “desde arriba”. Las prácticas asociadas a organizaciones de base “en nombre de lo comunitario”, que emergen en un contexto político de lucha contra la dictadura, con el retorno a la democracia se desplazan a un segundo plano, dejando al Estado como responsable principal de la intervención social, de la construcción del problema y también de sus posibles soluciones.

Con lo anterior es posible vislumbrar, dos versiones que se enfrentan en la construcción del discurso de la Psicología Comunitaria en Chile. Por una parte aparece una versión de la Psicología Comunitaria que se inscribe en el trabajo desde el Estado y las posibilidades de acción que éste brinda, posicionándose desde una perspectiva psicosocial que tiene una característica semántica neutra, que permite la intervención interdisciplinaria, desde una visión de sujeto individualizante y carente (Quiroz, 2006)⁴, al cual se le sostiene mediante la asistencia, integrándose así “(...) un matiz clínico-social a los proyectos de intervención” (Asún y Unger, 2007, p. 216). Por otra parte, emerge una Psicología Comunitaria más orientada al trabajo en el territorio y sus actores, orientando sus prácticas discursivas hacia la transformación de la sociedad, que comprende al sujeto en un contexto socio histórico y político, como actor de su propia historia, capaz de construir la realidad social en la cual está inmerso.

⁴ Para mayor información revisar tesis de Rodrigo Quiroz 2006 “programa puente un análisis desde el enfoque comunitario”, quien estudia y analiza el programa puente impulsado por el gobierno de Ricardo Lagos en el año 2002.

Finalmente estas dos construcciones discursivas que se han construido a partir del mismo contexto socio histórico, comprenden prácticas discursivas distintas, por lo cual se vuelve pertinente indagar en cómo estas dos versiones se posicionan y construyen una sub-disciplina de la psicología.

Con todos estos antecedentes expuestos surge la pregunta que guía la investigación: ¿De qué manera las versiones de la Psicología Comunitaria en Chile articulan un discurso de repolitización de la misma luego del pacto democrático?

Relevancia de la investigación

La relevancia que presenta esta investigación recae primeramente en lo metodológico, pues el ACD es un método analítico empírico emergente, que permite ubicar al investigador en el campo discursivo y constatar desde ahí las implicancias sociales de dichas articulaciones, en este caso el foco estará puesto en las versiones que construyen el discurso de la Psicología Comunitaria en Chile en un periodo pos dictatorial. Por otra parte no se han registrado estudios críticos acerca del discurso de la Psicología Comunitaria en el país, solo como referencia Reyes (2005) hace una revisión de los artículos de ideología de contenidos y propuestas teórico-metodológicas publicados entre los años 1993 y 2003 en las revistas de mayor presencia y tradición nacional, indagando la presencia de orientaciones ético valóricas en los artículos, desde un estudio de contenido.

A su vez, presenta una relevancia social ya que el discurso de la Psicología Comunitaria se sitúa en este ámbito, y el objetivo del enfoque metodológico del ACD comprende el discurso como una práctica social, que performa realidades y versiones sobre el mundo. Por lo tanto pretende visibilizar ideologías y campos hegemónicos presentes en el entramado social, que mediante estas prácticas discursivas articulan la realidad, sustentando la reproducción de prácticas de dominación.

De esta forma, la psicología comunitaria, siendo una perspectiva crítica de la realidad social, se instala como una nueva práctica de intervención para el campo social latinoamericano, que en la actualidad Chilena encuentra como único campo de desarrollo los programas de intervención gubernamental, teniendo éstos sus propias versiones de la sociedad en su conjunto y los problemas que ahí aparecen. Es por ello que resulta importante revisar de manera crítica el

desarrollo de esta práctica, considerando los contextos socio-políticos que la preceden y la circundan.

I. Objetivos

Objetivo general: Analizar cómo las versiones de la Psicología Comunitaria articulan un discurso de repolitización, en un contexto post dictatorial.

Objetivos Específicos:

1. Describir las versiones centrales presentes en el discurso de la Psicología Comunitaria en Chile, en un contexto post dictatorial.
2. Identificar el enfrentamiento discursivo presente en las versiones de la Psicología Comunitaria en Chile.

II. Marco teórico

1. Discurso

La complejidad que el concepto de discurso denota en disciplinas como la Teoría Crítica, Sociología, Lingüística, Filosofía, Psicología Social, etc., ha generado distintas perspectivas e ideas respecto de la noción que de éste se pueda desprender, es así que Iñiguez (2003) señala que el discurso tiene muchas definiciones, tantas como “autores, autoras o tradiciones de análisis” (p. 96), sin embargo es posible encontrar transversalidad de posiciones en las distintas visiones que tratan de delimitarlo.

En general en las ciencias sociales el discurso sería: un enunciado o conjunto de enunciados dicho/s efectivamente por un hablante; (...) un conjunto de enunciados que constituyen un objeto; un conjunto de enunciados dichos en un contexto de interacción; (...) conjunto de enunciados en un contexto conversacional (y por tanto normativo); (...) conjunto de constricciones que explican la producción de un conjunto de enunciados a partir de una dimensión social o ideológica particular; (...) conjunto de enunciados para los que se pueden definir sus condiciones de producción (Iñiguez, 2003, p. 97).

Estas características van desde lo más simple hasta lo más complejo en términos de habla, los actos del habla, la etnometodología, el análisis conversacional hasta la tradición post estructuralista (Iñiguez, 2003).

Respecto de lo señalado anteriormente, nos interesa especialmente aquello que tiene que ver con lo social, específicamente en lo que refiere a la dimensión social. Siguiendo esta línea encontramos una serie de autores ligados al Análisis Crítico del Discurso, que configuran la

noción de discurso en torno a la construcción de lo social. Primeramente tenemos a Van Dijk quien señala que: “(...) es posible describirlos en términos de las acciones sociales que llevan a cabo los usuarios del lenguaje cuando se comunican entre sí en situaciones sociales y dentro de la sociedad y la cultura en general” (2000, p. 23): “como acción social, dentro de un marco de comprensión, comunicación e interacción que a su vez forma parte de estructuras y procesos socioculturales más amplios” (2001, p. 48); a Iñiguez y Antaki que lo consideran como “un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales” (1994, p. 63), y que por lo tanto su estudio lo que pretende es develar el “poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa” (ibid), o como señalan Wodak y Meyer que “(...) en su conjunto es una unidad que se regula y que es creadora de conciencia. (...) crea las condiciones para la formación de sujetos y la estructuración y configuración de las sociedades” (2003, p. 65).

Esto nos permite aclarar que el discurso es considerado como elemento articulador de la realidad social, y que por lo tanto, aquellos discursos circulantes estructuran las nuevas formas que mantienen el dinamismo de lo social, por consiguiente todas aquellas propuestas, leyes, estatutos, proyectos, etc. que pretenden atender el desarrollo de la sociedad, se encuentran atravesadas por el elemento discursivo. Acerca de esto, Wodak y Meyer (2003) integran lo siguiente:

Los distintos discursos se hallan entretnejidos o enmarañados unos con otros como sarmientos o trenzas, además, no son estáticos, sino que se hallan en constante movimiento, lo que da lugar a una “masa de devanado discursivo” que al mismo tiempo da como resultado el “exuberante y constante crecimiento de los discursos” (p. 65).

En el discurso se articulan prácticas sociales, ideologías, hábitos, cultura, historia, etc. Permite construir campos, campos de estudio, de observación, de intervención, de acción e interacción

social, campos de posibilidad, lo cual produce y re-produce subjetividades. Junto a lo anterior, el discurso tiene un carácter histórico- cultural, que encarna a su vez los conflictos de poder y dominación desde campos discursivos hegemónicos.

1.1 Hegemonía y Propuestas Contra-hegemónicas

El concepto de hegemonía de Gramsci según Luciano Gruppi (1978) se enmarca en la idea de dominio de una clase por sobre otra (en forma política y económica a la vez), ejerciendo un liderazgo moral e intelectual que no opera necesariamente mediante la fuerza, sino que se articula según un contexto social “dado” de manera estratégica, mediante diversas técnicas de control, como las instituciones educativas, religiosas y medios de comunicación. Todo esto, con el fin de que los “dominados” vivan su sometimiento como algo “natural y conveniente”. Por lo tanto, estas técnicas configuran los modos de pensar, de actuar, de sentir, de relacionarse con el otro y también determina las orientaciones teóricas e incluso los modos de aprender y conocer el mundo.

De esta forma, “La operación hegemónica implica construir un mundo discursivo que sostenga los intereses de los grupos dominantes, e incluso subjetividades que internalicen como propio el discurso dominante y la subjetividad que él les construye” (Balsa, 2011, p.79), para ello se necesitan diversas estrategias y recursos que estructuren la operación o puesta en marcha de la hegemonía, “para la estructuración o cierre de un sistema ideológico es relevante el uso retórico de significantes vacíos” (Unger, 2009, p. 9) , la *operación hegemónica* se vuelve la encarnación de un *significante vacío* (Balsa, 2011), señala el mismo autor, que para dar cuenta de la hegemonía se debe “identificar las cadenas equivalenciales, las articulaciones de los significantes flotantes y que luego descubran el o los significantes vacíos que podrían estar

operando como cierre de bóveda de propuestas que pretenden o logran ser hegemónicas” (Balsa, J, 2011, p.75).La construcción del mundo discursivo, “implicaría “*dominar el campo de la discursividad*”, detener parcialmente “*el flujo de las diferencias*”, construyendo “*puntos de fijación parciales*”, articulando cadenas equivalenciales que aseguren la integración y la dominación” (Laclau y Mouffe 1987 en Balsa, 2011, p.74). Para esto, se requiere que la clase dominante tenga conocimiento, respecto de las necesidades de las clases subalternas o los sectores populares:

Una dominación hegemónica (y también una estrategia contra-hegemónica) tomaría conocimiento de las demandas de los sectores populares, de sus modos de enunciación, e integraría formas y contenidos en una propuesta de carácter pretendidamente universalizante, que declarara buscar el “bien común” de toda la sociedad (o de las mayorías populares, en el caso de una propuesta contra-hegemónica)” (Balsa, 2011, p.77).

Una estrategia contra hegemónica supone deconstruir estas estructuras de dominación y dar voz a las *mayorías populares*, que son las principales afectadas con estos entramados discursivos. Pensar una estrategia “contra-hegemónica”, sin intentar imponer una nueva dominación “universalizante”, sino que descubriendo nuevos mundos posibles de creación y articulación discursiva, permite posicionar a la Psicología Comunitaria y el ACD como discursos contra-hegemónicos, por las premisas teóricas y prácticas que ambos sostienen. Respecto del ACD señala Van Dijk que;

(...) es un tipo de investigación analítica sobre el discurso que estudia primariamente el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son

practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político. (Van Dijk, 1999, p.23)

En la misma línea, el discurso de la Psicología Social Comunitaria -como se revisará en el capítulo que sigue- logra distinguir, desde sus premisas teóricas los modos en que el abuso de poder, el dominio y la desigualdad se encarnan en sujetos históricos generando problemas concretos. Estos sujetos se construyen y son construidos por las comunidades en las cuales participan, en las cuales ejercen procesos de socialización, pertenencia, discusión, reflexión y aprendizajes colectivos, por ello, para esta perspectiva la comunidad es un lugar de transformación, su horizonte principal es la transformación, trabajar *con* comunidades y *desde* ellas construir el problema, y también la solución del mismo desde la acción y producción *dialógica*. No obstante, se debe poner cuidado y atención a los contextos sociopolíticos actuales, pues la hegemonía siempre encuentra estrategias de captura, como ocurre en Chile, en donde se ha experimentado una proliferación de lo comunitario en los gobiernos de democracia neoliberal teniendo como resultado una inclusión y dominio del propio discurso transformador, “La Psicología Comunitaria cooptada por una gestión neo conservadora del Estado, se desarrolla en un marco de contradicciones que la han llevado a las fronteras de la reproducción de la exclusión, la opresión y la miseria” (Flores & Unger, 2012, Pp. 326-327), advertencia necesaria y pertinente, considerando que “la Psicología Comunitaria Latinoamericana tuvo como proyecto el devenir en una praxis comunitaria diferente, situada como proyecto ético-político y crítico hacia las elites tecnocráticas” (Ibid, p.327), no obstante, hoy en el “mejor” de los casos el discurso comunitario se articula como una *revolución pasiva*, en donde el cambio es “un proceso de transformación “desde lo alto”, en el que se

recupera una parte de las demandas “de abajo”, pero quitándoles toda iniciativa política autónoma (Balsa, J, 2011, p. 78), siendo ésta una lógica central en la democracia post dictatorial Chilena, lo cual no es extraño considerando que “una dominación hegemónica sólo puede erigirse sobre una arena política democrática, en el sentido de que exista libertad de opinión y un sistema abierto de partidos políticos que diriman electoralmente el acceso al poder estatal” (Ibid, p.79)

2. La Psicología Comunitaria y Psicología Social Comunitaria

Contexto y surgimiento

Es necesario en este punto de la conceptualización, distinguir las características que permiten diferenciar la Psicología Comunitaria de la Psicología Social Comunitaria.

Es en el año 1965 en la conferencia de Boston que el término Psicología Comunitaria es utilizado por primera vez (Montero, 1984) en un espacio académico, entre psiquiatras y psicólogos sociales. En este encuentro se “cuestiona el carácter individual de la intervención y se plantea el nivel de lo comunitario como el más adecuado” (Jiménez, B 2004, p.135). Sin embargo, no se suele mencionar que en los años previos, comenzaba a aparecer en EE.UU una Psiquiatría y Psicología Comunitaria, asociada a las políticas del presidente Kennedy para resolver los “problemas de presupuesto a nivel institucional, y de paso pacificar a las poblaciones más empobrecidas del país” (Ibid). Con todo esto, por una parte se des-institucionaliza la enfermedad mental, y por otra, se institucionalizan los problemas que le han originado, en la comunidad.

Aunque esta era una práctica novedosa y relevante para pensar los aspectos psiquiátricos y de salud mental, el contexto Latinoamericano demandó su propia comprensión y conceptualización del trabajo en las comunidades, recogiendo los elementos comunitarios ya desarrollados desde fines de los años 50` en el territorio, como la obra del Colombiano Fals Borda en 1959 (Montero, 1984).

De esta manera la Psicología Social Comunitaria se aleja de la Psicología Comunitaria con sus raíces primordialmente clínicas y se aproxima más al modelo transaccional-ecológico de la psicología comunitaria (...) su campo de acción está limitado (...) los focos de concentración de la psicología comunitaria: El cambio social desde la perspectiva de la psicología social (Marín, 1980, p. 74).

Siguiendo el análisis de Marín (1980) La psicología Social Comunitaria-integrando las nociones de la psicología social crítica- se construye como respuesta a la suposición a priori de un universalismo conductual, en el cual se sostuvieron las investigaciones Psicológicas. Lo cual es reafirmado por Jiménez (2004), quien afirma que la Psicología Social Comunitaria se enmarca en la Psicología Social Crítica, además, el mismo autor señala que esta perspectiva se caracteriza por la idea de *deconstrucción, pensamiento crítico y transdisciplinariedad*, articulada en la propia praxis; que refiere al hecho de situarse “simultáneamente en el plano conceptual y en la esfera práctica” (Ibid, p.137).

Es en esta demanda de reconocimiento del escenario y contexto Latinoamericano en las ciencias sociales, pero particularmente en el campo de la Psicología Social Crítica y la emergente noción de Psicología Comunitaria, que surge de la mano de la psicóloga venezolana Maritza Montero, una primera definición oficial de la Psicología Comunitaria Latinoamericana:

Rama de la psicología cuyo objeto es el estudio de los factores psicosociales que permiten desarrollar, fomentar y mantener el control y el poder que los individuos pueden ejercer sobre su ambiente individual y social para solucionar problemas que los aquejan y lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social” (1984, p. 390).

Montero aporta una definición que reconoce el contexto y que define el rol del psicólogo comunitario en un sentido transformador. Este cambio dentro de la propia psicología se enmarca en la idea de “vuelco interpretativo” (Montero, 2004), que asume al sujeto como un ente activo y partícipe de su propio cambio, lo que genera también una comprensión distinta de las problemáticas que la sub-disciplina pretende abordar. La urgencia de construir una perspectiva comunitaria desde la psicología Latinoamericana emerge por “la necesidad de dar respuesta inmediata a problemas reales, perentorios, cuyos efectos psicológicos sobre el individuo no solo lo limitan y trastornan, sino que además lo degradan, y, aun peor, pasan a ser generadoras de elementos mantenedores de la situación problemática” (Montero, 1984, p. 391)

Además, la autora rastrea algunas fuentes teóricas con las cuales se articulan los sentidos de la Psicología Comunitaria Latino-américa, como lo son; la *Educación Popular, Teoría de la Dependencia, Sociología Militante, Investigación Acción Participante, filosofía y teología de la Liberación, la Fenomenología* y además, las perspectivas Marxistas, Post Marxistas y la obra Gramsciana, entre otros (Montero, 2004). Todas estas fuentes Según Serrano y Vargas (1993) propiciaron la formalización de esta sub disciplina “en la década del 70 la Psicología Comunitaria en América Latina empezó a adquirir carácter propio, estableciendo prerrogativas, consolidando nuevos aportes teóricos y metodológicos y aclarando sus posturas ideológicas” (s/d).⁵

⁵ Extraído de <http://www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=576>

Premisas teóricas de la Psicología (Social) Comunitaria

Uno de los aportes centrales de la Psicología Comunitaria es la noción de Empowerment, acuñada por Rappaport en 1977 y que se entiende como:

(...) tanto la determinación individual de cada uno sobre su propia vida, como la participación democrática en la vida de la propia comunidad, generalmente realizada a través de estructuras tales como las escuelas el vecindario, la iglesia y otras organizaciones de voluntarios. En el empowerment convergen el sentimiento de control personal y el interés por la influencia social real, el poder político y los derechos legales (Rappaport en Buelga, 2007, p.158).

Esta noción es criticada por Montero, pues aún cuando entrega elementos importantes para la Psicología Comunitaria –que ya se gestaba en Latinoamérica-, asume un sujeto “vacío”, “carente de poder” y sin recursos propios, lo cual posiciona al Psicólogo Comunitario como un “iluminador” que viene a depositar un poco de poder al sujeto o poblador de la comunidad. En cambio, Montero propone la noción de *Fortalecimiento* que asume que el sujeto sí tiene poder, entonces, lo que debe hacer es apropiarse de él junto a los otros;

“por fortalecimiento entiendo el proceso mediante el cual los miembros de una comunidad (individuos interesados y grupos organizados) desarrollan conjuntamente capacidades y recursos para controlar su situación de vida, actuando de manera comprometida, consciente y crítica, para lograr la transformación de su entorno según sus necesidades y aspiraciones, transformándose al mismo tiempo a sí mismos (...) [y] supone [el fortalecimiento], como en todo proceso comunitario, relaciones con los otros. (2004, p.7).

Otra de sus premisas teóricas, es la *comunidad* como campo de acción y relación, como campo de transformación y creación desde la praxis. La intervención se construye “en” y “desde” la Comunidad (Montero, 2004), caracterizada ésta como “un grupo en constante transformación y evolución” (1984, p. 398). Algunos autores definen la comunidad como un lugar inmaterial asociado a lo intersubjetivo principalmente, por ello puede prescindir del componente territorial; la relación intersubjetiva y sus asociados es lugar de intervención (Krause en Alfaro & Berroeta, 2007) en tanto que otros, ponen el acento en el territorio y la historia colectiva que construye el espacio comunitario (Unger en Alfaro & Berroeta, 2007). Montero por su parte, distingue las siguientes características asociadas a la Comunidad:

La comunidad tiene faz propia, está compuesta por personas de muy variada descripción, que a la vez comparten entre sí una serie de circunstancias específicas que tienen conocimiento de ello y en virtud de lo cual se autodefinen y son definidas desde afuera, a la vez que desarrollan vínculos afectivos (Montero, 1993, SP).

La comunidad no existe sin las personas que la componen, pues son ellas quienes la definen y movilizan, se articula como un ambiente social para los sujetos participantes, “un ambiente a la vez físico, histórico, psicológico, cultural y social” (Montero, 1993). Trabajar en la comunidad con sujetos históricos y activos en la construcción de sus vidas, implica pensar en la construcción y ejecución de prácticas de *autonomía*, como la autogestión, en cuanto a procesos de organización y solución de las necesidades, de los y las *Sujetos Comunitarios/as*. La noción de *Autonomía*, aparece en un primer momento en las obras de Fals Borda, específicamente en el año 1959, en relación a la “autonomía de grupo”, que refiere a la idea de que lo esencial de la acción en un proceso de intervención, debe ser realizado por las personas pertenecientes a la propia comunidad (Montero, 1984).

Para conseguir *cambios* individuales y ambientales o sociales, se debe generar primeramente procesos de *desnaturalización* y luego de *concientización*, que implican un ejercicio de “movilización de la consciencia que permita la comprensión y relación entre causas y efectos, revelando los ocultamientos y distorsiones, los mitos y las formas en que en la vida cotidiana son naturalizadas las situaciones problemáticas” (Montero, 1993, s/d). Así también cobran importancia para pensar el trabajo en la comunidad la noción de “*socialización*”, la premisa de “*poder y control en la comunidad*”, la idea de “*praxis*” que refiere a la unión entre la teoría y la práctica en un diálogo reflexivo y autocrítico, “recuperación crítica” en las prácticas, etc.

La intervención en Psicología Comunitaria

En la actualidad resulta innegable el carácter *político* de la Psicología Comunitaria (Ibid), puesto en juego en la construcción teórica-metodológica de la Disciplina, y mediante el ejercicio mismo de intervención *dialógica*, pues en este proceso el interventor también se transforma, la Intervención Comunitaria “está destinada a realizar un cambio no solo en la comunidad, sino también en el interventor, quien se involucra en la situación” (Montero, 1984, p. 394). Este interventor es también comprendido, identificado y definido en el lugar de la *agencia*, “un agente de cambio” (Ibid) quien tiene la labor implícita de “fortalecer” a la comunidad, desnaturalizar y deconstruir los procesos de subjetivación y socialización, para movilizar espacios de consciencia y acción, mediante los diversos recursos metodológicos, técnicos y experienciales que se posea.

Como ya se ha mencionado La Psicología Comunitaria se presenta como una aproximación práctica a los problemas sociales en Latinoamérica referidos a la desigualdad social, dependencia, centralismo, violencia, etc., por lo tanto desde sus inicios estuvo destinada a

la intervención, y una de las mejores metodologías de abordaje que ha utilizado y promovido es la *Investigación Acción Participante* (IAP), que surge gracias a los aportes de Lewin, en un primer momento, y Luego los del Sociólogo Colombiano Fals Borda, quien incorpora a la investigación acción, un carácter más participativo y comprometido con la investigación (Montero, 1993). Desde esta metodología, a medida que se produce y procesa el conocimiento tanto el investigador como la comunidad se van transformando de manera dialógica.

Ahora bien, en relación a la intervención misma del Psicólogo Comunitario, existen diversas lecturas que de igual forma se articulan en torno a la noción de *cambio*. El rol del Psicólogo Comunitario se configura como el de “un facilitador, concientizador y promotor de un cambio social que debe ser coordinado, planificado e implementado por la misma comunidad” (Jiménez, 2004, p.136), lo cual implica una acción política como ya se anticipaba, pues el Psicólogo Comunitario se mueve en diversos campos discursivos que muchas veces difieren entre sí y muestran discrepancias en torno a las posibilidades de transformación, respecto del contexto socio político en el cual se inscriben las prácticas, y en función de los parámetros que determinan la acción. Para Montero:

“Es de relevancia el carácter político de la acción comunitaria. En tanto que problematizadora, concientizadora y transformadora y al centrar el poder y el control en la comunidad, se trata de una actividad que desarrolla a la sociedad civil y en este sentido, es política (1993, s/p).

Al estar destinada a la intervención, la Psicología Comunitaria, está implicada en asuntos políticos e institucionales, pero además porta una dimensión política ética⁶, que la posiciona de

⁶ Se puede revisar el trabajo de María Isabel Reyes resumido en Trayectoria de la Psicología Comunitaria en Chile de Alfaro & Berroeta, 2007.

manera crítica, contra las estructuras, procesos y dispositivos de dominación sobre los individuos.

3. Psicología (Social) Comunitaria en Chile

La psicología Comunitaria en Chile se construye como “disciplina profesional” luego de los 90` teniendo como contexto un escenario socio político complejo, con significativas experiencias y relatos de un pasado menos institucional, asociado a un período de crisis política y represión del sujeto Chileno opositor a la hegemonía política, de carácter autoritaria. En este capítulo revisaremos el contexto y escenario socio político previo a la dictadura militar, el trabajo comunitario durante la dictadura y el contexto sociopolítico post- dictadura, asociado a la *intervención social* gubernamental.

Según Padilla (1995), en un periodo previo a los años 20` el Estado excluye a los ciudadanos del ámbito político y de cualquier forma de participación social, quedando los pobladores o actores sociales, relegados a las decisiones del gobierno. Luego, entre los años 20` y los 70`, ocurre un giro que da mayor fuerza al movimiento político de los actores sociales, principalmente en la década del los 60` enmarcada por un momento histórico de efervescencia política⁷. En Chile fue de gran relevancia el proceso de reforma agraria iniciada por el gobierno de Jorge Alessandri (Independiente cercano al partido Liberal) en el 62`, y luego profundizada en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (Demócrata Cristiano), con la “nueva ley de reforma agraria” N°16.640 (que consiguió la expropiación de 1.400 predios agrícolas). Además en el ámbito laboral, se promulgó la ley 16.625, que posibilitó la sindicalización campesina. Este

⁷ En este período se contó con eventos importantes a nivel latinoamericano como la revolución cubana de 1959, las repercusiones de la guerra fría, revolución de Mao en China, los movimientos sociales contra el sistema educacional del mayo del 68` en Francia, la matanza de Tlatelolco en México, el asesinato de Kennedy, Golpe de estado en Brasil 1964, dictadura en Argentina, Asesinato del Che Guevara en 1967 en Bolivia, entre otros. Además de la creciente urbanización y modernización como proyecto político de los Estados-nación del periodo.

escenario socio político se entramo con las luchas políticas de los actores sociales de la época y los movimientos sociales⁸ que comenzaban a ocupar espacios activos de participación social y construcción democrática del país. El movimiento social de la época estuvo centrado además de en la reforma agraria, en la lucha social sindical y electoral, luego, la discusión entorno a *lo social* se profundiza en el gobierno de Allende. Para el 11 de Septiembre -día del golpe- el Gobierno de la UP había expropiado alrededor de 4.400 predios agrícolas. Lo que sigue luego del golpe militar es la aniquilación de cualquier proyecto político emancipador, al menos por un buen tiempo. El 11 de septiembre de 1973 ocurre el golpe militar que arrasa con cualquier intención de acción política y colectiva desde y para el pueblo. Sin dudas éste es el periodo de mayor dolor que ha enfrentado Chile; persecución política, asesinatos, experimentación económica, constitución política para el desarrollo neoliberal en 1980, prácticas opresivas en torno a lo público y lo privado, etc.

Con la llegada de la dictadura el país tuvo un fuerte retroceso en el desarrollo político revisado anteriormente, viéndose reprimidos todos los espacios de desarrollo social y exterminándose, mediante las armas, diversas organizaciones políticas; focos de resistencia, cordones industriales, poblaciones, campamentos, universidades e incluso sectores rurales, lo cual tuvo como efecto el lamentable genocidio político de miles de personas (1068 muertos y 2.920 detenidos desaparecidos⁹). Esto tuvo lugar principalmente en los primeros 10 años de dictadura, pues luego, al no conseguir ocultar tales hechos, “el pueblo” se organizó para combatir desde diferentes esferas la dictadura militar, lo cual generó la convergencia de diversos actores

⁸ Extraído de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3536.html>

⁹ Información obtenida de la web <http://www.desaparecidos.org>

sociales. Esto generó un fuerte trabajo territorial fuera de la institución oficial (el Estado), pese a la constante persecución política presente en la época.

Las organizaciones populares que emergieron, se caracterizaban según Zeiss, por la “solidaridad” y el espíritu comunitario en las agrupaciones: “los principios identificatorios en que se sustenta la acción del grupo corresponden a una lógica comunitaria” (2008, p. 5). Otras características, tienen que ver (primero), con la “transitoriedad de las agrupaciones”: las cuales al conseguir las reivindicaciones – de salud, vivienda, comida u otros- se disuelven; (segundo) la “existencia de hecho, sin reconocimiento institucional”, y por último, (tercero) la “territorialidad” como elemento constitutivo de las organizaciones. Son los mismos habitantes de las poblaciones quienes se movilizaban para combatir la dictadura y satisfacer sus necesidades de subsistencia.

De acuerdo a Zeiss (2008) En este periodo existieron principalmente dos tipos de organizaciones; las de *subsistencia*, que se orientaban a las necesidades de vivienda y consumo básico, y las *de trabajo*, orientadas a asuntos laborales y de subsistencia. Por otra parte, emergen “organizaciones reivindicativas y político-sociales”, que tuvieron mayor auge luego de la crisis económica de principios de los 80`. Estas organizaciones expresan “un mayor nivel de desarrollo político y de confrontación con la dictadura” (Zeiss, 2008, p 51). Así entonces “las organizaciones político-sociales con predominio de jóvenes se politizan rápidamente al calor de las movilizaciones contra la dictadura, especialmente a partir de las protestas nacionales” (Ibid, p. 52).

Según Zeiss, en los 80` tienen protagonismo cuatro grupos de desarrollo social en el país; *las comunidades cristianas juveniles* que “incorporan a estudiantes, cesantes, trabajadores del PEM, etc. Quienes influidos por la teología de la liberación, practicaban un cristianismo popular

orientado a la formación y la acción social cristiana en el medio juvenil poblacional” (2008, p 54). Además, tuvieron importancia el *comité de derechos humanos, centros culturales y colonias urbanas*, de la mano con el fuerte desarrollo popular de las *ONG's*, que luego de los 90` pasan en su mayoría a trabajar con el Estado, entre otras causas, por el desfinanciamiento. Por lo tanto, ya no se torna primario para estas organizaciones el trabajo desde las comunidades o sectores sociales empobrecidos, pues es el Estado el “garante” de los derechos sociales y la democracia la vía de decisión política (Ibid). El retorno a la democracia,

El retorno a la democracia, marca un nuevo escenario social en donde el foco central radica en fortalecer los aparatos democráticos, pero siguiendo de igual forma con el legado constitucional y económico de la dictadura. Los psicólogos más críticos de la época, interpelados por la necesidad de generar transformaciones profundas, se vinculan al trabajo territorial comunitario directo, luego, con la transición y el nuevo escenario socio político, el Psicólogo Social Comunitario consigue un nuevo campo de acción, asociado a las políticas de Estado y la intervención social a cargo de éste. El Estado requiere de “mediaciones expertas” en los territorios para solucionar los problemas de “desigualdad”, “pobreza”, “abusos”, “violencia”, “drogadicción”, “participación”, etc, Este cambio, requiere nuevas estrategias para abordar a la sociedad Chilena, requiere de nuevas *tecnologías* de desarrollo, “una nueva tecnología de “*gobierno*”, en la cual se impone la fuerza incontrarrestable del conocimiento experto por sobre el debate ciudadano como fundamento del nuevo contrato social” (Juan Sandoval Moya, 2009, p.38). Este nuevo marco tecnocrático, interpela al análisis social, práctico y teórico al interior de la propia Psicología Social Comunitaria en Chile, respecto de los efectos que esta “transición democrática” tuvo en su discurso asociado a una ética de transformación y cambio, para indagar en las implicancias políticas del legado dictatorial para pensar *lo social*, además, resulta

pertinente indagar en cómo se articula este pensamiento crítico, en un contexto post dictatorial, pues tal como señala Juan Sandoval:

No fue hasta la recuperación democrática cuando se produjo la estabilización y legitimación de las transformaciones neoliberales, a partir de la implementación paulatina de los rasgos de una sociedad de consumo y las transformaciones necesarias para la integración del país a la nueva sociedad del conocimiento (2009, p.36).

Este desplazamiento –de un escenario a otro- conduce a la institucionalización de la Psicología Comunitaria, para contribuir a las estrategias gubernamentales, mediante las asesorías y/o la ejecución de las intervenciones sociales:

Este proceso de ajuste entre las demandas surgidas desde las nuevas políticas y las respuestas de los cuerpos académicos y las instituciones universitarias, presenta momentos de cercanía y distancia, situación que aún permanece, constituyendo un importante factor determinante de las posibilidades de desarrollo, que cruza y dificulta la integración entre ambos ámbitos (Alfaro 2007, P. 149).

El fin de la dictadura genera un “vuelco”, un “pacto” entorno a la *intervención* con el marco constitucional gubernamental, en el pensamiento y también la acción de la Psicología Comunitaria. Diversos autores nacionales (Alfaro, Asún, Krause, Reyes, Unger; 2007), señalan que la Psicología Comunitaria comienza a responder a una “necesidad” prioritaria, que dice relación con la reconstrucción del tejido social y la preocupación por las problemáticas *psicosociales* construidas desde el Estado y los programas que él mismo irá promoviendo para responder a las necesidades sociales con la legitimación del “saber profesional experto”. Al respecto, Unger señala que:

En el gobierno de Aylwin se intencionaba todavía un proceso de construcción colectiva de saberes y prácticas en los territorios, luego tomó un cariz más tecnocrático, vale decir de proyectos, generados y sostenidos desde afuera y desde arriba. Esto impactó también en la formación universitaria (Alfaro & Berroeta, 2007, p. 535).

Lo cual tuvo como consecuencia que el discurso de “lo comunitario”, junto con invisibilizar su dimensión política (Asún & Unger, 2007), se enfocara más bien a responder a las necesidades de la comunidad desde un modelo de desarrollo neoliberal, Integrando una metodología especializada que apoyase un modelo de intervención, atingente al desarrollo político y económico del país, “la Concertación negó los lugares de resonancia de las propuestas alternativas y las izquierdas electorales desarrollaron una narrativa de participación y empoderamiento, como categorías en control mal comprendidas y consecuentemente, mal utilizadas en la práctica comunitaria”(Flores & Unger, 2012, p. 313). Leído de otra forma, la Psicología Social Comunitaria, invisibiliza su *discurso crítico y transformador*, para poner en su lugar lenguajes más bien *técnicos de gestión* (Asún en Alfaro & Berroeta, 2007). Podríamos decir que se achica y acorta a la mitad la definición propuesta por Montero en 1984, olvidando los cambios individuales y estructurales desde la comunidad.

Es en los 90` cuando comienza a tomar fuerza la Psicología Comunitaria en un plano más académico, tal como señala Asún y Unger (2007), instalándose como materia obligatoria en algunas instituciones universitarias, “la Psicología Comunitaria nace efectivamente, se constituye y comienza a conformarse en el país, como una especialidad profesional propiamente tal hacia los noventa, a propósito de las transformaciones de la política social ocurrida en esos años” (Alfaro & Berroeta 2007, P.150). En el período se prolifera la estrategia de Intervención

Psicosocial, en un plano gubernamental, lo cual llevó a tecnificar el saber disciplinario, al punto de homogeneizar la praxis comunitaria.

Las políticas sociales de los noventa han orientado las prácticas de intervención más bien hacia intervenciones “dirigidas”, con todo lo que ello implica, y se han alejado de estrategias, o no han fomentado estrategias del tipo “participativas”, generando una fuerte tensión o choque, como señala María Isabel Reyes (2005), entre el discurso academicista, ideológico de la Psicología Comunitaria, y las necesidades impuestas por un Estado subsidiario que prioriza acciones que responden más bien a la instalación de un sistema económico neoliberal (Alfaro y Zambrano en Alfaro & Berroeta 2007, P.153).

En resumen, surgen políticas públicas que generan proyectos de intervención, que moldean las necesidades a intervenir, y encaminan la praxis desde las tecnologías gubernamentales, en un primer momento en un ámbito de salud, y posteriormente desde la intervención psicosocial, potenciando la organización y autogestión de los “afiliados”¹⁰ e interviniendo o entregando herramientas de acción para que los “marginados”¹¹ se integren¹² (Rose, 2007).

Domingo Asún sostiene, respecto de la transición democrática y el primer gobierno de concertación que:

Al comienzo no hubo muchos cambios en el tipo de gestión que venían haciendo las ONG'S y los trabajos característicos de los años 80, en temas de salud mental,

¹⁰ Entiéndase la idea de *afiliado* como el individuo o familias, con medios para alcanzar su nivel activo en el plano de su propia gestión en una comunidad,

¹¹ y al marginado, como personas incapaces de gestionarse a sí mismos como sujetos.

¹² <http://www.oecd.org/chile/OECD2015-In-It-Together-Highlights-Chile.pdf>

derechos humanos, reorganización, construcción de organizaciones, en otras palabras, en todas las formas de organización popular (Alfaro & Berroeta 2007, P. 413).

A partir de esto es relevante señalar que anterior a los 90' había un saber comunitario consolidado y en ascenso “estábamos articulando un lenguaje y una praxis en la acción comunitaria en los territorios” (Unger en Alfaro & Berroeta, 2007 p. 538) experiencias muchas veces olvidadas en los relatos acerca de la historia de la Psicología Comunitaria en Chile. No obstante este lenguaje y praxis en la acción, devino en un plano institucional, en una política pública, en un programa de gobierno orientado al quehacer en función de “costos” y “beneficios”, en un programa y en su ejecución vertical. Lo cual, tiene implicancias muchas veces contradictorias con los sentidos que mueven este saber, pues como señala Unger:

Hoy en día el trabajo comunitario es en la mayoría de las políticas sociales, meramente estratégico, un modo de colonizar los territorios con las lógicas de elites tecnocráticas, y esto, en el mejor de los casos, no presenta un fin en sí mismo, no se práctica descentralización alguna (Alfaro & Berroeta, 2007, p.538).

Es también en esta década (los 90`) cuando comienzan a evidenciarse algunas de las tensiones provocadas por esta adaptación de la Psicología Comunitaria a las necesidades del gobierno, respondiendo a las necesidades sociales, con la producción –en instituciones universitarias- de expertos, de profesionales calificados, que pudiesen “resolver” las nuevas problemáticas sociales. Lo cual implicó “contradicciones entre un discurso radical sobre la autonomía de las comunidades y una práctica que comenzó a depender de los servicios del estado y a institucionalizarse, la práctica seguía siendo además una extensión de las prácticas universitarias” (López en Jiménez, 2004, p. 137).

En la actualidad las políticas públicas integran un discurso comunitario, siendo “la comunidad” y “las redes”, los ejes de trabajo de éstas. De esta forma se incorporan al gobierno las nociones de *empoderamiento*, *Intervención Psicosocial*, *Educación Popular*, *Desarrollo Humano*, etc. Transformándose el sujeto histórico, en “ciudadano”, “usuario” de un programa, “beneficiario” y el interventor en un agente instrumental. El trabajo Comunitario se encuadra en parámetros de planificación y evaluación, estadísticos y también instrumentales, como lo expresan grandes intelectuales y académicos de la escena nacional de la Psicología Comunitaria.

III. Marco Metodológico

1. Tipo de estudio

Para los fines de la investigación se ha utilizado el análisis crítico del discurso (ACD), el cual según Iñiguez (2003), es una estrategia que permite acercarse a los discursos, *una caja de herramientas que posibilita urdir y abrir nuevas miradas y nuevos enfoques*, y que además permite la problematización que cimienta nuevas propuestas de estudio, lo cual impulsa el avance de la construcción de las Ciencias Sociales.

Dentro de esta metodología de investigación, se optó por el modelo propuesto por Potter (1998) el cual permite construir las versiones que configuran esta subdisciplina luego de la transición pactada en 1989, esto en virtud de que

(...) la acción discursiva conecta y construye referencias y referentes para producir y constituir “verdades” y relaciones sociales que sirven a propósitos extralingüísticos, como son la dominación y la resistencia a ella. Esto significa que la acción discursiva construye versiones y “repertorios interpretativos” (Unger, 2009, p. 48).

De esta manera la técnica de Potter posibilitó determinar qué versiones circundan la realidad de la Psicología Comunitaria, y cómo es que los discursos articulan estas versiones a través de estos “repertorios interpretativos”, los cuales podemos definir como los elementos fundamentales para construir versiones de las acciones de los hablantes (Gordo y Linaza, 1996), son patrones y organizaciones recurrentes, diferentes para un tema general o dominantes y concretos (Potter, 1998).

2. Campo de estudio

El campo que se estudió en el transcurso de la investigación fue el discurso académico que construye la noción de Psicología Comunitaria, y que a su vez fundamenta la acción en la práctica de intervención. El estudio se limitó solo a cinco autores, ya que primeramente son los que tienen más reconocimiento en el ámbito académico, y segundo ya que estos mismos se autodenominan o adhieren a una u otra posición dentro de los polos constituyentes de la Psicología Comunitaria en Chile.

3. Técnica de producción de datos y muestreo.

El material seleccionado para la investigación es de origen bibliográfico, el texto compilatorio “Trayectoria de la Psicología Comunitaria en Chile: prácticas y conceptos”, ya que reúne a los exponentes más destacados dentro del área nacional, y permite mediante estos, revisar la variedad de versiones que contribuyen a la Psicología Comunitaria en la actualidad.

Con el fin de alcanzar los objetivos que guían esta investigación, se analizaron 5 entrevistas en base a los siguientes indicadores y dimensiones de análisis:

Indicadores	Dimensiones
- Comunitario	- Autonomía - Territorio - Problem psicosocial y comunitario

	- Comunidad
- Enfoque de intervención comunitaria	- Cambio Social - Metodología - Modelo
- Programas de intervención	- Político - Sujeto de intervención - Asistencialismo

Muestreo

Para cumplir con los fines de esta investigación se seleccionó un material de estudio de tipo documental, en este caso un medio académico, publicado el año 2007 que se titula “Trayectoria de la Psicología Comunitaria en Chile. Prácticas y conceptos”, en el cual, se reúnen los textos que incluyen las versiones de los académicos seleccionados. Los criterios para la selección del material de análisis fueron los siguientes:

- Trayectoria académica y práctica de 15 años o más
- Producción científica en el campo
- Autodenominación como Psicólogo Comunitario
- Referentes de la Psicología Comunitaria en Chile
- Formaciones teóricas y prácticas diferenciadas

El texto, fue seleccionado por ser uno de los más importantes en lo que va del siglo, pues reúne a gran parte de los actores influyentes de Chile (con experiencias pre y post dictatorial), reconocidos por su trayectoria académica y práctica profesional, y a su vez, a actores extranjeros ampliamente reconocidos en el campo como Alipio Sánchez y Maritza Montero.

A partir del análisis se configuraron 2 versiones que construyen repertorios interpretativos diversos; la *versión Psicosocial* y la *versión Socio-Crítica e Histórica*:

- A. Versión socio crítica e histórica**, refiere a un plano de reflexividad “Crítica”, que construye un discurso ético-político de acción y pensamiento, centrados en la comunidad. Esta versión utiliza la historicidad y la memoria colectiva de la comunidad para situar al sujeto desde una perspectiva ético política, que apunta a la acción y transformaciones colectivas, en un sentido autonómico.

Encontramos dos nociones centrales en esta versión:

- **a) Autonomía**
- **b) Comunidad**

B. Versión Psicosocial, se enmarca en condiciones institucionales de posibilidad. Esta versión se ancla a las propuestas de intervención gubernamentales, y opera como gestor técnico del desarrollo social, además se posiciona como un “saber experto” que aporta profesionalmente desde el campo “psicosocial”, asociado más a una psicología social aplicada que entiende el problema social y busca el equilibrio del sujeto con la sociedad, neutralizando su quehacer y

vaciando la acción de contenidos políticos y transformadores. Pues es el Estado el garante del bienestar social.

Encontramos dos nociones centrales en esta versión:

- a) **Heteronomia**
- b) **Estado**

El análisis arrojó 3 ejes medulares presentes en ambas versiones:

- La institucionalidad como único campo de acción y producción de intervención comunitaria actual.
- Encuentros y desencuentros respecto a la ejecución y prácticas.
- Lo político como eje articulador y tensionante.

4. Pasos del ACD

Con el fin de lograr los objetivos propuestos en esta investigación la técnica de Potter introdujo los siguientes pasos:

1. Identificación de los indicadores y dimensiones dentro de los textos para la formulación de tópicos analíticos.
2. Identificación de las versiones

En relación a la característica discursiva de una narrativa que contiene elementos propios y ajenos (Potter 1988; 1996) es que las versiones se han identificado a partir de los siguientes criterios;

- Las *referencias* teóricas que sustentan las ideas versadas en un extracto.
- Las *demarcaciones* discursivas que instalan una idea propia.
- Las *orientaciones* epistemológicas presentes en los textos.
- Los *repertorios interpretativos* que movilizan las reflexiones y demarcan sus fronteras.
- Las orientaciones hacia la acción y las funciones asociadas que aparecen en el despliegue del discurso.
- La enunciación de historias o verdades que se contraponen a otras en el mismo ámbito discursivo.
- Las *estrategias discursivas* presentes en el texto; *retóricas, metáforas, reiteraciones, sustitución de verbos por sustantivos, ironías, adjetivaciones, minimización y maximización, entre otros.*

IV. Informe de Resultados

Los procesos políticos ya señalados en el tercer capítulo del marco teórico, han marcado el desarrollo respecto de *lo social* en Chile, generando un contexto político-social que no ha sido ajeno para la Psicología Comunitaria. Anterior al pacto democrático, esta subdisciplina se inscribe en procesos sociales asociados a organizaciones de base: la iglesia con influencias de la Teología de la Liberación, ONG's y organizaciones semi-clandestinas, participando escasamente de los espacios institucionales.

De esta manera la Psicología Comunitaria tuvo un desarrollo asociado a la praxis con fuertes fundamentos socio-críticos de transformación social, que con el pacto democrático y el fuerte desarrollo de la institucionalidad encontró los espacios académicos y estatales necesarios para su ejercicio y desarrollo, lo que condujo a nuevas prácticas y conceptualizaciones que han enmarcado la ejecución de esta sub-disciplina.

En el análisis se obtuvieron discursos que circundan los contextos con diferentes repertorios interpretativos, articulando versiones que construyen las prácticas actuales que performan el carácter epistemológico y socio-histórico de la sub-disciplina. Dando cuenta de los componentes y variables que inscriben la Psicología Comunitaria en estos nuevos espacios.

Memoria histórica de la Psicología Comunitaria.

a) Autonomía

Hay un discurso que se sitúa desde una perspectiva comunitaria, inmerso en un proceso político dictatorial, describiendo las prácticas como una acción política de transformación, lo cual dice de una versión discursiva de la Psicología Comunitaria asociada a lugares

marginalizados forjados bajo espacios de autonomía. En este sentido se muestra la participación o el protagonismo en la creación de dichos espacios y la utilidad de la Psicología como herramienta de transformación social, proporciona legitimidad tanto al relato como a la versión que desde este lugar se construye. Es una acción discursiva que mediante un relato descriptivo da cuenta de un hecho, acreditado por un proceso experiencial.

Esta versión “socio-crítica e histórica” tiene fuertes elementos políticos que enmarcan a la Psicología Comunitaria en sus inicios prácticos, en el “hacer” y “pensar” la construcción de una sociedad desde la resistencia.

“Desde estos lugares y prácticas, por lo tanto con una perspectiva limitada y posibilitada por ellos, (..) las prácticas comunitarias tuvieron (y tienen) un fuerte componente político. A diferencia de lo que sostiene Maritza Montero, (...) nuestras prácticas comunitarias eran básicamente activistas, en el sentido de una fuerte voluntad de abogacía y transformación social. En los 70 y 80, actuábamos desde los intersticios y los márgenes sociales, intentando practicar un hacer y un pensar que aportara a la creación colectiva de sentidos y a la multiplicación de soportes sociales para el desarrollo de comunidades, pero con contenidos y una carga política muy distinta a la que tiene hoy día la Psicología Comunitaria. (...) Animamos una movilización creciente que sacudió el miedo, la muerte, la amenaza, el exilio interno, por lo menos en el mundo popular, y los sectores medios; se armó ese encuentro entre prácticas y medios de resistencia que escribía la Psicología Comunitaria como una forma de abogacía social.” E4

El significante “cambio social” está presente como un posicionamiento que enmarca las prácticas comunitarias en el contexto dictatorial, un ideal al cual aspira la psicología social de la

época. Esta orientación epistemológica constituye el principal enfrentamiento de las sociedades de discurso que configuran las versiones socio-crítica y psicosocial, pues con el pacto democrático, la noción de cambio se articula como un significante flotante que abre un nuevo espacio ideológico. Lo cual reconfigura el quehacer de la psicología comunitaria en democracia, en la que se inscribe la versión psicosocial, que se enmarca en las prácticas institucionales.

“Todos llegan con ese referente simbólico, con esa memoria institucional, a esta especie de archivo de memoria, de una Psicología Social posible comprometida con un proceso de cambio social. Los referentes del compromiso, los referentes de este tipo son centrales y entroncan muy bien, por eso que el peak que nunca hemos estudiado bien, el peak de la Psicología Comunitaria en su versión más latinoamericanista en Chile y no tan ligado a la visión estadounidense, que veo firme en nuestra tradición, más allá de que uno la comparta o no. Se produce en los 80 (...)”E3

Se observa que hay un reconocimiento positivo de la versión “socio-crítica e histórica” en las experiencias factuales relatadas, las cuales se resaltan a través del hipérbole “gloriosas”. En contradicción aparece la anulación de la factualidad por medio de la acción retórica “pero”, pues por una parte afirma la legitimidad que debe tener el “reconocimiento formal” de la Psicología Comunitaria en un espacio institucional académico y por otra, minimiza las experiencias desarrolladas en dictadura como hito reconocible en la actualidad.

“experiencias gloriosas, como las de los 80 en Chile, de psicólogos comprometidos con la lucha antidictatorial, que trabajaron en semejantes condiciones. (..) en la práctica concreta ha habido muchos aportes propios y distintivos. Pero no obstante la riqueza de estas experiencias, ellas no dejan de

ser puntuales, gloriosas, pero específicas, no reconocidas por el establishment o por la institución universitaria a cargo de la formación en Psicología. Antes de los 90 no existía un reconocimiento formal de estas prácticas y, por tanto, no tenían cabida, ni estaban instaladas en los currículos formativos ni eran reconocidas como campo de especialización de la Psicología.” El

b) Heteronomía

Esta es la versión “Psicosocial” que enmarca a la Psicología Comunitaria en la institucionalidad académica y estatal.

“Y ahí me acerqué a la noción de que la Psicología Comunitaria podía ser de otra manera, y que cuando es de esa otra manera no es necesariamente un grupo de “rebeldes” de pasada que están trabajando en contra del gobierno, sino que es una cuestión donde se dice: “bueno, acá queremos hacer un trabajo para mejorar las condiciones de vida de la gente, y esa es nuestra especialidad, para eso estamos”. Y al volver a Chile, en un contexto político distinto, era inconcebible que una universidad que se considerara seria, y una escuela de psicología que se considerara seria, con un currículo que pretende ser más o menos homologable a otros internacionales, no incorporara la Psicología Comunitaria como disciplina.”E2

En el análisis se observa una articulación discursiva referente a un espacio de cambio dentro del contexto político-social, que permite la lectura de repertorios interpretativos desde los que se construye la Psicología Comunitaria en la actualidad para esta versión. El reconocimiento de un cambio o giro, da cuenta que las prácticas comunitarias ya no estaban vinculadas a una

orientación epistemológica transformadora de la realidad social, asociada a la Psicología Comunitaria Latinoamericanista, sino más bien este nuevo espacio debía establecerse de manera profesional, “madura”, para contribuir a la sociedad como un campo de especialización. Una experticia que opere en la sociedad respecto al “bienestar” y la especialización disciplinar.

Referido a lo anterior, en el extracto se observa una acción discursiva que minimiza las acciones desarrolladas en la dictadura, utilizando la retórica del infantilismo “grupo de rebeldes de pasada” con ello, se deslegitima las experiencias vividas en dictadura como saber válido y factible para continuar el trabajo en un contexto democrático. La transición pactada, marca un nuevo escenario en el cual la versión psicosocial encuentra su nicho de desarrollo. bajo la figura retórica de “especialidad” y “seriedad” se incluye a la Psicología Comunitaria en espacios académicos y estatales que van a moldear las prácticas y el desarrollo teórico de la sub-disciplina.

“(...) cuando viene la democracia y la gente elige a sus representantes, los actores políticos pasan a ser los políticos y la gente que representa instituciones elegidas (se concreta y “profesionaliza”, por decirlo así, el ejercicio de la política, de hecho y al hilo de nuestras discusiones se institucionaliza en una dirección democrática). Desde ese punto de vista, es lógico y positivo que haya un cierto vaciamiento de contenido político —una despolitización si quieres— en las profesiones, instituciones, y otros agentes sociales. Aunque, quede claro, esa despolitización nunca debería ser total porque el psicólogo comunitario, por ejemplo, opera con el poder técnico y con el poder de las instituciones en que trabaja y, a veces, el poder potencial (el famoso empoderamiento) de la gente. Por tanto, siempre hay un componente político, pero secundario respecto a los representantes elegidos por la gente. En ese sentido, la despolitización es deseable (como

indicador de una redistribución democrática del poder) y resulta cuestionable que el psicólogo comunitario (o el técnico X) se proponga como actor político primario, porque, para mí y al contrario de ciertas formulaciones, ni lo es ni debe serlo (al menos en circunstancias normales). E5

En el extracto anterior se da cuenta del despliegue de los tropos que articulan la versión psicosocial. En el texto es posible ver que la estrategia discursiva de externalización de la democracia como algo que “se viene”, orienta la acción al *imperativo de la democracia* y sus formas de organización política. Y la Psicología Comunitaria, en tanto que, especialidad académica y experta tiene un nuevo lugar de desarrollo. De esta forma, la acción política se articula y despliega a través de instituciones válidas y “profesionales” que regulan la vida social. Por lo tanto la psicología comunitaria se institucionaliza en términos democráticos. Todo este repertorio interpretativo, permite leer como “positivo” y “lógico” una despolitización de la Psicología Comunitaria, pues el psicólogo comunitario funciona como agencia entre el Estado y la comunidad.

En la versión psicosocial, la acción política del discurso comunitario es secundaria e innecesaria frente a las instituciones válidas del *imperativo democrático*.

El pacto democrático y el nuevo modelo de gestión de la Psicología Comunitaria en Chile.

a) Comunidad

El pacto democrático reconfigura las prácticas y las formas de pensar la Psicología Comunitaria. En el análisis de las entrevistas la versión “socio-crítica e histórica” construye una “Crítica “a las nuevas prácticas, hay un reconocimiento que da legitimidad al nuevo proceso político respecto de la despolitización, y a través de la figura retórica de la “resignificación” de

las practicas asociadas a los fundamentos de transformación social, se da cuenta de que se ha “perdido” los referentes que fueron construidos con y desde las comunidades.

“Las políticas sociales de los gobiernos de la Concertación generaron un conjunto de servicios comunitarios, particularmente en el sector de la salud. No desconozco la relevancia de las políticas sociales y de salud, impulsadas en democracia. Mi crítica no apunta a lo que ha sido politizado, sino a lo que ha sido despolitizado, invisibilizado o resignificado: las prácticas y saberes desplegados en los espacios locales. Era un universo que prometía algo nuevo, solidario; opino que esta es una característica que se ha ido perdiendo. Una construcción de la Psicología Comunitaria solidaria, entre clases, entre profesionales y actores sociales del territorio, entre ONG’s, OG’s y asociaciones comunitarias, mucho más horizontal y con base a modelos de investigación-acción comunitaria. El discurso de la prevención se instaló más decididamente, porque el sistema no toleraba referencias tan comunitarias, de la cultura popular y por las particularidades de la transición chilena. En la última década este tejido social se ha debilitado.”E4

En este punto se introduce en el discurso la noción de “intervención” a las prácticas comunitarias, se utilizan recursos como “responsabilidad social” para reconocer a la comunidad como “otros organismos sociales” que sean gestores de prácticas comunitarias en las que no participa el Estado (invisibilizar a los agentes de la acción). Se minimiza a la comunidad como agente activo de la realidad al no participar en las directrices del Estado, denominando las prácticas de “otros actores sociales” como marginales.

La versión “Psicosocial” inscribe sus prácticas discursivas en el Estado, posicionándolo como garante y “sostén” de las intervenciones sociales.

“Quizás se podría pensar que detrás de la acción interventiva que implican estas prácticas siempre existe un tema de responsabilidad social. Quiero colocar el tema de la responsabilidad social para considerar que también en este marco pueden existir otros organismos sociales, que no sean el Estado, como una alternativa para el desarrollo de la intervención social. Sin embargo, de todas formas ello siempre ha sido, hasta ahora, marginal, y en forma alguna constituye la base desde donde se pueda concebir el sostén de las intervenciones sociales preventivas promocionales ante los problemas sociales de una sociedad determinada.” E1

De esta forma ya no existe una organización directa que implique a todos los actores de la comunidad, sino que el Estado a través de sus programas comunitarios tiene “la obligación” de trabajar en la comunidad también bajo el imperativo de la transición pactada, con los actores “relevantes” y desde ahí de manera “legítima” se toman “decisiones políticas”. Para la versión psicosocial introducir el lenguaje comunitario en las instituciones oficiales es un logro en términos políticos y profesionales.

“La cuestión es que ahora es obligación de las intervenciones comunitarias de este tipo, financiadas desde el Ministerio de Interior, constituir una “Mesa Barrial” (que es como se llama el Foro actualmente) en la que, de hecho, se juntan todos los actores sociales relevantes, que están haciendo algún tipo de intervención, sean de la misma comunidad o externos, y se discute y se toman las decisiones políticas” E2

Para la versión “psicosocial”, la comunidad se articula como un referente abstracto. Es decir, opera como un “significante flotante”, en la medida que se la concibe como lugar de intervención de las políticas sociales del Estado, en un sentido transformador desde las directrices gubernamentales, más que en un sentido latinoamericanista de la Psicología Comunitaria. La comunidad es leída en términos individualizantes o de intervención dirigida, más que relaciones sociales arraigadas a un territorio e historia movilizadas en un sentido transformador.

“(…) más allá de la discusión sobre lo estatal y la descentralización — que yo veo deseable y necesaria— es apuntar que la práctica comunitaria está más ligada a la comunidad local que en los grandes territorios y la reivindicación de algunos de que esa práctica se centre en la comunidad en su totalidad y no en ciertos individuos. Y que si la comunidad es el destinatario final de los programas —o que esos se hagan de modo que se puedan adaptar las comunidades locales— y que es importante trabajar en contexto, teniendo en cuenta el particular contexto comunitario en el análisis y actuación. O sea que nuestra reivindicación no se limita a la descentralización, sino a ver cómo los programas o parte de ellos se pueden aplicar realmente a la comunidad local.” E5

b) Estado

El Estado ha sido protagonista en los cambios y re significaciones de las prácticas y los elementos teóricos de la Psicología Comunitaria en Chile. Ha configurado metodologías de trabajo, asignado recursos y determinado territorios de intervención, elementos que son medulares y construyen un nuevo campo para la Psicología Comunitaria.

Las versiones que emergen de este análisis se vinculan con ésta reconfiguración de las prácticas y la teoría desde perspectivas distintas. Por una parte la versión “psicosocial” presenta este nuevo contexto político y social como una oportunidad de desarrollo para la subdisciplina, utilizando la “retórica del realismo”, respecto del contexto político, para introducir el ejercicio de la Psicología Comunitaria en espacios institucionales, dejándola prescrita al estado como un saber experto en problemas sociales y comunidad.

En los extractos es posible notar que el hablante utiliza la estrategia discursiva de normalización “política social como marco institucional para las prácticas que realizamos”, orientando la acción comunitaria en el marco de las políticas públicas y transformando al psicólogo comunitario en un recurso utilitario de la intervención, sea ésta desde la Psicología Comunitaria o de la Intervención Psicosocial, ya que en este caso no se hace ninguna diferencia entre ambas, posicionándose en un mismo lugar lo que muestra la polisemia que caracteriza el discurso de la versión Psicosocial al referirse a las prácticas desde la Psicología Comunitaria .

“(…) lo que quiero resaltar es que la política social como marco institucional para las prácticas de intervención que realizamos los psicólogos en nombre de la Psicología Comunitaria o de la Intervención Psicosocial, no son solo un marco material, sino que son, básicamente, un marco técnico e ideológico, por cuanto ellas portan una concepción de las causas de los problemas, una noción de cómo se resuelven y se interviene y una idea de cambio. No podemos imaginar nuestras prácticas interventivas al margen de esas políticas. Quizás, desde una posición crítica, resistente, siempre debemos considerar ese marco que entrega la política social (…). Los psicólogos comunitarios debieran ser una suerte de expertos en políticas sociales” El

“Lo otro que es absolutamente esencial, y es un desafío permanente, es la influencia que nosotros tengamos en el nivel de las políticas públicas. Y eso significa, desde participar en la generación de políticas, como fue ahora en esta última experiencia que pude tener, hasta, y eso va junto, el que nosotros tenemos la obligación de meter en el lenguaje, en el discurso de los políticos, o de los que están en el gobierno, nuestros conceptos. O sea, nadie nos va a pagar por hacer nuestra pega si nosotros no logramos meter esos conceptos en los discursos; por eso me gustó tanto cuando escuché a Insulza hablando de empoderamiento en una inauguración de un parque en La Victoria, dije: “gol”, porque solo cuando ciertos conceptos pasan a formar parte del lenguaje, sobre todo de quienes toman la decisiones, tenemos un espacio para ejercer nuestra disciplina.”E2

Se utiliza la estrategia discursiva de maximización “absolutamente esencial” para orientar la acción del psicólogo comunitario hacia la influencia del discurso comunitario en las políticas públicas, es más, se concibe como un logro que una autoridad ministerial integre en sus discursos nociones comunitarias como empoderamiento, pues esta acción funciona como una acreditación de las categorías que movilizan el ejercicio comunitario en democracia. Lo cual también da cuenta de la polisemia del discurso comunitario en la versión psicosocial, que mediante la retórica del realismo resemantiza y dirige la intervención comunitaria desde los marcos de posibilidad que otorga el Estado. Y respondiendo al mismo, mediante el trabajo interventivo, tanto en las directrices de la intervención como en los resultados de ésta. En este marco se desplazan los problemas institucionales al quehacer del psicólogo comunitario, delegando la eficiencia de un trabajo que no es absolutamente respaldado por los recursos, y del cual la o el

psicólogo es responsable, y con el cual adquiere un compromiso, que de alguna manera va a materializar.

“El problema es cuando se intenta poner eso en práctica o cuando te ofrecen las oportunidades de materializar esas utopías y cambios, cuando te enfrentas a la realidad con grandes y bonitos discursos, pero sin los medios técnicos o de otro tipo apropiados. Ahí es donde surgen las grietas y se producen las discrepancias y, una de dos y simplificando, o te quedas impertérrito dónde estás con tu verdad inamovible o cambias y reajustas tu discurso en vista de la realidad. (...)Y eso es lo que plantea la institucionalización en cualquier campo y sitio: tener que enfrentarse con determinadas tareas sociales con medios institucionales y responder de los resultados de lo que haces; ser parte del “sistema” y responder ante él.” E5

Aquí se introduce la intervención psicosocial. Las prácticas y metodologías desde la Psicología Comunitaria se comienzan a vincular a esta línea de trabajo que es impulsada desde las políticas sociales del Estado. Dentro de esta lógica de trabajo la versión “psicosocial” vincula las prácticas comunitarias desde la Psicología con las intervenciones psicosociales de los programas de gobierno.

“Las prácticas de intervención en dimensiones psicosociales de problemas sociales, como entiendo la Psicología Comunitaria o la Intervención Psicosocial, en cuanto abordaje preventivo–promocional de los problemas sociales, deben necesariamente estar fundadas en el interés de un ente colectivo o actor social preocupado del desarrollo social, y es por ello que el principal y más habitual actor que les da fundamento material y técnico es el Estado.” E1

El ejercicio de la Psicología Comunitaria se ancla a la intervención psicosocial, la cual se entiende como un concepto “neutro” que posiciona las prácticas de la Psicología Comunitaria al mismo nivel práctico que la intervención psicosocial. La versión “psicosocial” enfrenta las prácticas comunitarias desde la Psicología, con la intervención psicosocial construida desde el estado, en función de metodologías, recursos, territorios y valores éticos.

“Yo creo que estamos hablando de niveles distintos. Creo que todas las intervenciones que se hacen conceptualmente desde la Psicología Comunitaria son psicosociales, ese es el mega-concepto. Ahora, la intervención psicosocial como concepto es neutra, por lo tanto, bajo ese alero conceptual uno puede hacer intervenciones psicosociales inspiradas en el concepto de la Psicología Comunitaria, buscando el desarrollo de las comunidades, o realizar cosas terribles como intervenciones autoritarias, represivas, que igual se llamarían psicosociales en términos de qué es lo que abordan.” E2

En otra dirección analítica la versión “socio crítica e histórica” hace un diagnóstico del trabajo comunitario a través de una retórica metafórica, haciendo alusión al campo comunitario como “el mayor incendio forestal del país”. La Crítica que de aquí se desprende es que las políticas sociales del Estado crean un espacio práctico que no es posible de abarcar por la Psicología Comunitaria, tampoco por el trabajo comunitario en general, lo cual refiere a que esta problemática es transversal a las ciencias sociales. Se identifica las políticas sociales con una retórica ofensiva, como un espacio problemático por la incompetencia de los organismos gestores. La construcción de factualidad legitima la Crítica con Mayúscula.

Las distinciones disciplinarias que se construyen, posibilitan el posicionamiento en base a una apertura Crítica, que ha sido necesaria a partir de la experiencia de trabajo del

hablante, lo cual legitima la posición, siendo la polarización distinguida lo que interpela a la acción “Me obligó a aterrizar estas distinciones”. Lo anterior resulta relevante para el ejercicio comunitario pues, mediante un análisis macro y luego micro, se da cuenta de que el origen de las tensiones radica en las diversas nociones que se entremezclan, aún cuando refieren a “problematizaciones distintas”. Esto es de gran importancia para versión socio-crítica e histórica, pues recupera los recursos semánticos de la psicología comunitaria en su orientación epistemológica latinoamericanista, que remiten a un saber crítico y factual, respecto a la opresión de los pueblos.

“El trabajo comunitario es el mayor incendio forestal del país, produce una mayor quemazón de profesionales posibles, tanto educadores como psicólogos y trabajadores sociales. Es muy directo en los ojos del drama, es muy estar en la línea de fuego, muy fustigado por supervisores idiotas de la cadena de ineptitud del gobierno. Entonces... me parece que hay un gran tema ahí, en las políticas sociales...”E3

“Al tomar la perspectiva psicosocial y comunitaria como puntos de referencia, junto a otros para leer y fundamentar las prácticas en que me incluí, lo que no logré comprender acabadamente es por qué Maritza Montero incluyó la Psicología Social Comunitaria en la Psicología Comunitaria y Alipio Sánchez, a la inversa, la Salud Mental Comunitaria en la Psicología Comunitaria. Quizá por trabajar paralelamente en ONG's y OG's, en prácticas clínicas y sociales-comunitarias, en una Facultad de Medicina y una de Ciencias Sociales, desde un comienzo fue necesario trabajar la distinción entre Psicología Clínica, Psicología Comunitaria y Psicología Social Comunitaria. Las diferencié de otros campos

interdisciplinarios como Salud Mental Comunitaria, Salud Comunitaria y Salud Pública, de la Psicología de la Salud, Psicología Sanitaria, Medicina Social, Psiquiatría Social y Psiquiatría Comunitaria. Para esto recopilé y sistematicé obras especializadas sobre la materia. La docencia en estos campos, en pregrado y cursos de especialización destinados a públicos diversos me obligó a aterrizar estas distinciones. Desde un punto de vista crítico e histórico, construyen problematizaciones distintas de los campos clínicos y comunitarios. La falta de atención a éstas y otras diferencias ha contribuido significativamente a las contradicciones entre las llamadas intervenciones psicosociales y las intervenciones comunitarias que se reproduce en los programas y proyectos sociales, incluidos los del sector salud.”E4

En esta dirección del análisis la versión “socio-crítica e histórica” se posiciona desde una perspectiva política para construir la Crítica hacia el modelo de gestión de las políticas sociales del Estado. A través de la sinécdoque “pérdida de los sueños y bajar las banderas” da cuenta del “vaciamiento” político que surge de la “sobre planificación” de los programas sociales del estado, lo que a su vez merma la perspectiva de transformación de la sociedad que pretenden las prácticas comunitarias, “coartando” el ejercicio del psicólogo comunitario e instrumentalizando su quehacer.

“el primer elemento de detención surge porque las prácticas se constituyen, fundamentalmente, a través de un esfuerzo de las políticas públicas y de sus expresiones en programas, de centros de proyectos, un esfuerzo sobre planificado. Un esfuerzo que trae, a veces, incluso, determinado hasta el color de las letras de los manuales con los cuales vamos a trabajar. Existe una sobre

planificación que es agobiante. Por lo tanto, no tiene que ver el debate o esta primera atención con el sentido de sociedad que se está construyendo o el carácter adaptador que pudiera tener frente a la situación de construcción de una nueva sociedad. Tiene que ver, más bien, con la coartación de un rol profesional que discuta en otras áreas de amplia libertad (...) Seguimos siendo extraordinariamente psicodependientes de lo que los pensadores de la Sociología puedan establecer acerca de la participación social. Por lo tanto, no habían estructurado por qué el dilema de la institucionalización de la Psicología Social es mucho más complejo, significa la pérdida de los sueños y bajar las banderas frente a las demandas del Estado. "E3

V. Síntesis de Resultados

Debido a los procesos socio-históricos en los que se enmarca la Psicología Comunitaria se encontraron dos versiones de ésta que configuran la práctica discursiva en la actualidad. Por un lado una versión Socio Crítica e Histórica, asociada a un sentido político y transformador de la sociedad que recupera la memoria asociada a un contexto dictatorial, y por otro una versión Psicosocial que se enmarca en la intervención gubernamental y el trabajo a una escala más bien grupal.

- La memoria histórica aparece como recurso político para describir el proceso de desarrollo de la Psicología Comunitaria en Chile. Se utilizan recursos lingüísticos enmarcados en el “hacer”, el “pensar”, “transformar la realidad” y “resistencia”, que articulan el repertorio interpretativo de la versión *Socio-Crítica e Histórica*. Para la versión Psicosocial la Psicología Comunitaria la historia previa a su nacimiento “profesional” es *minimizada* a través de recursos lingüísticos como “experiencias gloriosas, pero específicas”, “grupo de rebeldes”, “experiencias puntuales”, “no reconocidas por el establishment”, y al enmarcarse en la institucionalidad, la Psicología Comunitaria, es maximizada a través de “la despolitización es deseable”, “lógico y positivo” “componente político, pero secundario” bajo una retórica del realismo asociada al imperativo democrático y moderno.

- La autonomía para la versión “socio-crítica e histórica” aparece como una práctica de resistencia frente a un modelo político dictatorial, asociada a un sentido transformador de la sociedad que se articula con el desarrollo de la psicología comunitaria latinoamericana, integrando en su ejercicio la *participación* y el *protagonismo* de las propias comunidades en resistencia, tanto en el pasado como en la actualidad al reconocer las formas modernas de

dominación, lo cual está plasmado en los relatos de los hablantes de la siguiente forma “se armó ese encuentro entre prácticas y medios de resistencia”, “nuestras prácticas eran básicamente activistas”, “creación colectiva de sentidos” y una Psicología Social Comunitaria “posible” comprometida con el cambio social”.

- El “pacto democrático” configura el nuevo modelo de gestión de la Psicología Comunitaria en Chile, fortaleciendo la institucionalidad respecto de las intervenciones sociales. Desde este nuevo campo surgen “criterios” de abordaje de la realidad y los “problemas sociales” que “resemantiza” el ejercicio de la Psicología Comunitaria en su dimensión política, en claves hegemónicas. *La comunidad*, para la versión “Socio-crítica e Histórica” aparece tensionada, “pérdida de los referentes” que fueron construidos desde las comunidades, y su Crítica apunta a lo que “ha sido despolitizado, invisibilizado o resignificado”. Para la versión Psicosocial la comunidad es un referente abstracto que se articula como un *significante flotante* al identificarla como “otros organismos sociales”, “actores relevantes”, y asociado a las directrices gubernamentales “la comunidad es el destinatario final de los programas” y las experiencias de trabajo que no se ubican en este marco son concebidas como una experiencia “marginal”.

- A partir de la instalación de la democracia, el *Estado* se articula como ente regulador de la intervención social, aportando las directrices que determinan el desarrollo del ejercicio de la Psicología Comunitaria en Chile. La versión Psicosocial utiliza la *retórica* del realismo para referirse al espacio que otorga el Estado, y se refiere a éste como “no podemos imaginar nuestras prácticas interventivas al margen del estado”, “expertos en políticas sociales”, “influencia en las políticas sociales”, “generación de políticas”, “porque solo cuando ciertos conceptos pasan a formar parte del lenguaje, sobre todo de quienes toman las decisiones, tenemos un espacio para

ejercer nuestra disciplina”. La versión “socio-crítica e histórica” se refiere a las prácticas comunitarias inscritas en el Estado con un lenguaje metafórico que crítica la ineficiencia de los profesionales a cargo “el mayor incendio forestal del país”, “estar en la línea de fuego”, “pérdida de los sueños y bajar las banderas”, “sobre planificación”.

VI. Conclusiones Finales

En esta investigación pudimos identificar dos versiones presentes en el discurso de la Psicología Comunitaria en la actualidad; la versión *Socio-crítica e Histórica* y la versión *Psicosocial*. Mediante los relatos de algunos de los hablantes más reconocidos en la escena nacional (por su trayectoria académica, intelectual y disciplinar) se logró identificar, cómo se articula un discurso de “repolitización” en un contexto post dictatorial, en el cual la Psicología Comunitaria tiene un lugar “privilegiado de acción” por su “expertís” y profesionalización en el campo, además de la creciente incorporación de lenguajes comunitarios para el desarrollo de proyectos sociales de intervención, lo que no necesariamente se traduce en procesos significativos en la potenciación del desarrollo integral de las comunidades, sino mas bien, en la resolución de síntomas de las estrategias sociales, que en sus procesos de intervención “integran” a algunos actores locales de la comunidad.

Chile es uno de los países más desiguales de Latinoamérica y el mundo [13], la distribución de las riquezas queda en su mayoría, en manos de pequeñas “elites” auto-legitimadas o mega empresas trasnacionales, lo cual ha sido evidenciado por la seguidilla de protestas nacionales de los últimos años. Desde el 2006, con mayor fuerza que en años anteriores, los actores sociales salieron a las calles para reclamar una mejor educación; con sentido, de calidad y gratuita para todos, cuestión que se amplió el 2011 hacia una demanda

generalizada que consistía en acabar con el legado de la dictadura y la constitución que Pinochet -y sus aliados- habían construido para justificar, mantener y sostener la reciente instauración de un *modelo de desarrollo neoliberal*, plasmado en la constitución política de 1980 aún vigente 35 años más tarde. Todo este contexto socio-político de desacreditación de los organismos gubernamentales, instala la pregunta de si la Psicología Comunitaria, en la actualidad, contribuye a una práctica discursiva de transformación comunitaria, o bien, reproduce los *imperativos hegemónicos* de dominación que desde sus fundamentos teóricos y epistemológicos busca combatir. La investigación da cuenta de una *repolitización* que se articula en los discursos versados, con tensiones y matices diversos.

Memoria Histórica de la Psicología Comunitaria en Chile.

La *memoria histórica*, es un campo discursivo que permite delimitar las fronteras de nuestros presentes y los campos de acción en ellos. Este relato desde la experiencia vivida les da credibilidad y soporte factual a los sentidos asociados a las acciones, mediante un conjunto de enunciados que construyen los relatos de los *hablantes*. La memoria que aquí se desarrolla (asociada a la psicología comunitaria), es una memoria de tiempos difíciles y duros para toda la sociedad Chilena, una memoria colectiva, que se presenta en algunos relatos académicos como relevante y en otros no tanto, dando cuenta de una tensión, un cruce, o derechamente un enfrentamiento entre los discursos que construyen y reconstruyen la legitimidad de una praxis pretendidamente contra-hegemónica, no tan solo a nivel disciplinar, sino que también a nivel social, como praxis transformadora. La psicología Social Comunitaria o Psicología Comunitaria Latinoamericana, emerge como un saber al servicio de la emancipación de los pueblos, de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, de los oprimidos (Montero, 1984). Revisar la memoria, nos permite dar cuenta de los *significantes* que articulan los repertorios de acción y las

luchas discursivas en las que se enmarcan los discursos. Identificar y estudiar la “lucha por la historicidad” en estos relatos, además, permite esclarecer las fronteras dialógicas y las comunidades de discurso que animan las prácticas discursivas, identificando los sentidos asociados, las alianzas y formas de acreditación presente en los relatos (Unger, 2009).

El análisis permitió ver cómo dos versiones construyen la memoria histórica de la disciplina en un contexto de dictadura militar, en un contexto en el cual el discurso de Psicología Social Comunitaria tomaba forma en una praxis de resistencia contra el orden hegemónico dictatorial, donde, en una especie de “investigación acción comunitaria” (Unger, 2007 en Alfaro & Berroeta) se articulaba un saber desde las calles y las poblaciones. Para la *versión Socio Crítica e Histórica* este periodo marca un hito fundamental para la Psicología Comunitaria en Chile, pues posibilita un desarrollo en su versión más Latinoamericanista, fuera de las instituciones oficiales. Por ello, la memoria histórica se articula en esta versión como un recurso ético-político asociado a la *autonomía*, y la factualidad discursiva que acredita este *repertorio interpretativo* es la “experiencia vivida”, con la cual se da cuenta de una experiencia de trabajo que fluctuaba entre una especie de acción de “abogacía” y “activismo” dado por el contexto socio político que se enfrentaban, pero también, por las sociedades de discurso que animaban en los hablantes una comprensión de la realidad y el ejercicio intelectual en ella, asociado al *cambio* y la *transformación*. La autonomía aparece como estrategia de transformación de los individuos afectados y sufrientes de la dictadura, aparece desde la necesidad de articular *redes*, espacios de diálogo y organización barrial, actividades, convergencias comunitarias, etc. Este trabajo, se caracterizó por la *participación* y el *protagonismo* de las propias comunidades en resistencia; la comunidad emergía desde la convergencia asociada a un trabajo colectivo, de redes solidarias,

territorios físicos de relación y organizaciones barriales, con el contexto dictatorial como triste denominador común.

Por otra parte, para la *Versión Psicosocial* la memoria histórica de este período dictatorial, funciona como un dato o antecedente que al no tener validación académica y estatal “no sirve” para movilizar el ejercicio comunitario en un contexto de democracia. Entonces se articula el discurso en función de esta premisa y se utilizan estrategias lingüísticas de *minimización* como “experiencias gloriosas, pero específicas”, que articulan una *acción retórica* que deja en claro que las experiencias en la dictadura, no son parte de un trabajo *profesional* desde la Psicología Comunitaria, pues son experiencias “no reconocidas por el establishment”. Para esta versión, el surgimiento efectivo y activo de la Psicología Comunitaria en Chile, se enmarca en un contexto post dictatorial, que permite la legitimidad académica y la “alianza” con las políticas sociales de Estado, por ello, el sentido asociado a este relato se ha definido como heteronomía, pues la acción comunitaria es unidireccional, desde arriba, en donde *la comunidad* se desarticula en claves psico-individuales, se vuelve un *significante flotante, resemantizado* desde la *hegemonía* gubernamental (gracias a su “derecho” y “deber” legítimo) sobre *lo público* y *lo común*. Para ambas versiones, la transición marca un momento importante, un cambio, un giro discursivo, que para el caso de la versión Psicosocial, posibilita y direcciona el trabajo de la psicología comunitaria desde un lugar de “profesionalización” y expertis “necesaria” para la intervención “desde arriba”. Los *tropos* que construyen la versión, legitiman este “inicio” efectivo, y recurren a la estrategia de *minimización* en cuanto a las experiencias vividas antes de la transición, mediante la retórica del infantilismo “grupo de rebeldes de pasada”, para dar lugar a un ejercicio “maduro” y “experto”, que ya no requiere de la intervención directa *con* la comunidad y *desde* ella, pues el garante del bienestar social es el Estado, por ello es “positivo y lógico”, es decir

bueno y sin lugar a objeción, un “vaciamiento político” del o la psicólogo/a, pues la democracia le da un nuevo lugar como “asesor o técnico”, un lugar “del experto”, frente a las problemáticas sociales que debe enfrentar la sociedad Chilena, de esta forma, se introducen lenguajes comunitarios en la clase política de las elites tecnocráticas. Para acreditar este lugar post dictatorial, utiliza una estrategia de *externalización* para referirse a la democracia en términos absolutos, “se nos viene”, lo cual *orienta la acción* del quehacer comunitario desde el *imperativo democrático*. El significante “transformación social”, con el retorno a la democracia, opera como *significante vacío* que articula la *operación hegemónica* del imperativo democrático neoliberal y las *técnicas de dominación* actuales, articulado con algunos *significantes flotantes* y transparentes, como la “comunidad”; que de alguna u otra manera delimita un problema, pero sin llegar a significarlo.

El pacto democrático y el nuevo modelo de gestión de la psicología comunitaria en Chile

El carácter político que reviste la “democracia pactada” fue medular para esta investigación, pues se considera que es un “pacto”, por la mantención y profundización de un modelo económico -y político- neoliberal instaurado en 17 años de dictadura militar. El retorno a la democracia, abrió nuevos escenarios en que *lo social* comienza a tener otro abordaje y lugar en la escena política, lo cual implicó una “reconfiguración del territorio de gobierno”(Rose, 2007) en claves comunitarias, para articular la hegemonía en función de los nuevos marcos de acción, en donde se profundiza y legaliza la privatización de los derechos básicos y emergen nuevas problemáticas sociales a abordar, como “la droga”, “el alcoholismo”, “seguridad”, “violencia barrial”, entre otras, que comienzan a formar parte de la agenda del Estado. El discurso democrático y su ejecución política, frenan el proyecto de sociedad que se estaba

construyendo en las comunidades desde la resistencia, lo que produjo un *vaciamiento político* de la Psicología Comunitaria en Chile, pues ésta debió adecuarse al nuevo contexto y solo remitirse a la ejecución de políticas públicas, lo que generó la apertura de un proceso de “tecnificación” de la sub-disciplina. La proliferación de programas sociales aumentó la demanda de profesionales de las ciencias sociales (Asún en Alfaro & Berroeta, 2007) dando lugar a un nuevo marco de intervención prediseñado, que determina los problemas a abordar, los sujetos y territorios a intervenir, las metodologías, los recursos, evaluaciones, debido a la “sobre planificación” presente en las políticas sociales, lo que genera la instrumentalización y la “tecnificación” del saber *Comunitario* en función de “metas” y objetivos, que se traducen en números y criterios estadísticos, enmarcados en el “desarrollo del país” y el Estado como ente regulador plausible. Las versiones encontradas en el análisis dan cuenta de algunas de las tensiones que aparecen en el discurso actual de la psicología Comunitaria, tensiones relacionadas con los significantes “Comunidad” y “Estado”.

Para la versión Socio Crítica e Histórica la noción de comunidad es central, pues desde ella se construye el trabajo de intervención y la acción transformadora, por ello se destaca la experiencia previa al “pacto democrático”, pues en aquel período se articulaba un incipiente ejercicio fortalecedor y transformador, desde la praxis, lo cual es “borrado” con el retorno a la democracia, y la comunidad aparece en un lugar de inconsistencia, de instrumentalización, como efecto de un “vaciamiento político”. Por ello, esta versión desarrolla una *Crítica* que apunta a lo que ha sido “despolitizado” y “re-politizado”, a través de la figura retórica de “re-significación”, al referirse a este nuevo marco de intervención. Mientras que para la versión socio crítica, la comunidad es realzada en su carácter “horizontal” y autónomo, para la *Versión Psicosocial*, la acción de la comunidad fuera del estado se *minimiza* como práctica real de transformación, y

maximiza al Estado como el garante principal de cualquier intervención Comunitaria. En estas intervenciones efectivamente se consideran “actores relevantes” para pensar la intervención, pero sin considerar a la comunidad en su dimensión integral y en su propia construcción de la acción transformadora. La comunidad se articula para esta versión, como un referente abstracto y polisémico, que aparece como destinatario final de la intervención “psico-social”.

El Estado aparece como el principal referente simbólico para la intervención desde la Psicología Comunitaria, lo cual, para la versión Psicosocial es validado y naturalizado mediante la estrategia discursiva de *normalización*, y con la *retórica* “del realismo” del presente, en función del imperativo democrático, con lo cual se *orienta la acción* al marco de las políticas públicas, homologando la intervención Comunitaria al plano de la intervención Psicosocial, por ello, se considera un “logro” introducir el lenguaje comunitario en la clase política, como se pudo rastrear con la *metáfora* “es un gol” y la *maximización* “absolutamente esencial”. Por otra parte, la versión Socio Crítica e Histórica, articula una problematización Crítica entorno al trabajo “con” y “desde” el Estado, acreditando dicho discurso con la retórica metafórica “el mayor incendio forestal del país” al referirse al trabajo comunitario y se realza la “incompetencia” de los organismos gestores. Este discurso se configura desde una lectura socio política de la escena nacional actual, dando cuenta de cómo la “sobre planificación”, coarta la acción, mediante la sinécdoque “perdida de los sueños y bajar las banderas”, da cuenta de la actualidad del trabajo del Psicólogo Comunitario. Además, esta versión *orienta la acción* hacia un “posicionamiento” necesario, que se articula al establecer distinciones claras entorno al ejercicio, la disciplina y los recursos semánticos que la construyen.

La “complicidad” o alianza entre el sistema de mercado y el sistema político, es la clave y el “criterio” de trabajo que tienen las *elites tecnocráticas* a la hora de plantearse problemas

sociales como la “superación de la pobreza” y la “integración” –mercantil- de los “sectores” *marginales*. El pacto democrático, incide directamente en la instauración de una dominación hegemónica, que no tan solo parte y se construye desde una clase dominante, sino que también por medio de una *cadena equivalencial* entre “integración” y dominación, donde se articulan *significantes flotantes* como *comunidad, problemáticas psicosociales, empoderamiento, participación ciudadana, capital social, democracia*, etc. Este entramado hegemónico que articula una *repolitización* de la Psicología Comunitaria, demuestra que el neoliberalismo en su dimensión ideológica, se oculta tras la opacidad del lenguaje de las *tecnologías de gobierno* para crear condiciones de existencia. De esta forma, poco a poco van tomando protagonismo dentro del campo social estadísticas, metodologías de trabajo con grupos, financiamientos, y criterios de evaluación para dichas intervenciones, que se articulan “desde arriba”, y muchas veces “desde adentro” del problema, lo que se traduce en el desplazamiento del contexto e historias asociadas a los barrios y poblaciones, un desplazamiento de la cultura popular, de las relaciones y problemas comunitarios, a cambio de una tecnocratización, que parcela la realidad e instrumentaliza la interacción.

El análisis presentado genera una nueva problematización respecto a la base teórica y práctica de la Psicología Social Comunitaria en nuestro país, y nos invita a preguntarnos y cuestionar su ejercicio práctico en la actualidad y su correlación con las verdaderas necesidades de las comunidades, por ello resulta de gran importancia estudiar cómo desde la misma disciplina validamos o integramos la hegemonía, cuando lo menos que deberíamos hacer, es reducir nuestro campo de acción a las técnicas de control y tecnologías de gobierno, por el contrario urge construir o articular una base dinámica que aporte al mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos de la población. Las preguntas instaladas

a partir de esta investigación, aportan a la deconstrucción y construcción de una disciplina que ha estado detenida y estática por largos años, lo cual también nos interpela como investigadores a buscar las mejores herramientas conceptuales y metodológicas que permitan articular un discurso contra hegemónico en la actualidad. Necesitamos poner más énfasis en la producción de elementos que sean acordes al contexto que enfrentamos, pues según lo estudiado, es posible inferir que la Psicología Comunitaria, se volvió una herramienta reactiva más que productiva, creadora y transformadora. Se espera entonces, que los resultados de esta investigación movilicen la reflexión crítica de nuestras prácticas en la actualidad, pensando en nuestros presentes y las posibilidades de construir futuro. Por ello resulta de gran importancia seguir indagando en el campo y explorar experiencias de trabajo que se des-enmarquen de las prácticas verticales y los criterios de mercado en la intervención comunitaria.

VII. Referencias

- Alfaro, J. (2000). *Discusiones en psicología comunitaria. Tercera parte: psicología comunitaria en Chile*. Santiago: UDP.
- Alfaro, J. & Berroeta, H. (2007). *Trayectoria de la Psicología Comunitaria en Chile, Prácticas y conceptos*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Asún, D. & Unger, G. (2007). *Psicología Comunitaria en Chile: evolución, perspectivas y proyecciones. Una visión regional de la institucionalización de la psicología (social) comunitaria en Chile*. Santiago: RIL ediciones.
- Asún, M. (2005). *Para leer la psicología comunitaria: contextualización histórica en Santiago de Chile (1950-2004)*. Tesis
- Balsa, J. (2011). *Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía*. *Revista electrónica Identidades, instituto de estudios sociales y políticos de la patagonia, Facultad de humanidades y ciencias sociales Universidad nacional de la patagonia San Juan Bosco*. Num. 1, año 1, pp. 70-90.
- Buelga, S. (2007) El empowerment: La potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria. En M. Gil (dir) *Psicología social y Bienestar: Una aproximación interdisciplinar* (pp. 154-173). Universidad: Zaragoza.
- Gordo, A. & Linaza, J. (1996). *Psicologías, discursos y poder*. Madrid: Editorial Visor.
- Gruppi, L. (1978). El concepto de hegemonía de Gramsci. México D.F: Ediciones de Cultura Popular.
- Iñiguez, L. (1993). *De discursos, estructuras y análisis: ¿qué prácticas, en qué contextos?* Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

Íñiguez, L. y Antaki, Ch. (1994) “El análisis del discurso en Psicología Social”, *Boletín de Psicología*, Vol. 44, Págs. 57-75.

Íñiguez, L. (2003). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona: EDIUOC.

Jiménez, B. (2004). *La psicología social comunitaria en América Latina, como psicología social crítica*. *Revista de psicología de la Universidad de Chile*, Vol XII, pp 133.142.

Marín, G. (1980). *Hacia una Psicología Social Comunitaria*. *Revista Latinoamericana de Psicología*. vol 12, N°, pp. 171-180.

Molina, G. (2012). *Subjetividades, estructuras y procesos. Pensar las Ciencias Sociales*. Chile; Universidad Central de Chile.

Montero, M. (1984). *La psicología comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos*. *Revista latinoamericana de psicología*, vol. 16, pp. 387-400, Fundación Universitaria Konrad Lorenz Colombia.

Montero, M. (1993). *Entre el asistencialismo y la autogestión: la psicología comunitaria en la encrucijada*. Trabajo presentado en el “encuentro universitario de psicología”, Septiembre, Argentina.

Montero, M (2004) *Introducción a la psicología comunitaria: desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.

Montero, M (2004). *El fortalecimiento en la comunidad, sus dificultades y alcances*. *Revista Psychosocial Intervention*, vol. 13, núm. 1. Pp, 5-19. España.

Morales, G. (1992) *Estrategias de intervención comunitaria desarrolladas en Chile en la década de los ochenta*. *Revista de Psicología* N° 44, El Salvador.

Padilla, E. (1995). *La memoria y el olvido. Detenidos desaparecidos en Chile*. Santiago: Orígenes. Extraído el 05 de Julio del 2014 de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/lamemolv/memolv01.htm>.

Potter, J. (1998). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona, editorial Paidós.

Quiroz, A. (2006) “Programa puente. Un análisis desde el enfoque comunitario” http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2006/quiroz_r/sources/quiroz_r.pdf

Rose (1996) *Investing our selves, Cambridge University press*. Cap. 2 Una historia crítica de la psicología. Extraído el 17 de Mayo de 2014 de: Http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Rose_Cap_2_Historia_critica_psicologia.htm

Rose, N. (2007). *¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno*. *Revista argentina de sociología*, vol. 5, núm. 8, Pp.111-150,

Rozas, G. & Arredondo, J. (2006). *Identidad, Comunidad y Desarrollo*. Chile, Grafica LOM.

Sandoval, J. (2009). Representaciones de la ciudadanía en los discursos del “saber experto”: La individualización de la desigualdad. *Revista electrónica Psicoperspectivas*: vol. 8, núm. 2.

Serrano, I. & Vargas, R. (1993). La psicología comunitaria en América Latina: estado actual, controversias y nuevos derroteros. *Revista electrónica Papees del Psicologo*, num. 55.

Unger, G. (2009). Memoria colectiva de prácticas de resistencia contra la dictadura cívico-militar en Chile (1973 – 1989): Un análisis de discurso de relatos del exilio interno. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Social. Universidad ARCIS /Universitat Autònoma de Barcelona.

Van Dijk, T. (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.

Van Dijk, T. (2000). *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I*.
Barcelona: Gedisa.

Van Dijk, T. (2001). *El Discurso como Estructura y Proceso*. Barcelona: Gedisa.

Wodak & Meyer, M. (2003) “*Métodos de análisis crítico del discurso*”. Barcelona: Gedisa,

Zeiss, S. (2008). *El Actor Popular Poblacional en el movimiento social contra dictadura*. Tesis
para optar al título de sociólogo, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2008/cs-zeiss_s/pdfAmont/cs-zeiss_s.pdf



VIII. Anexos

I. Gráficos

Crecimiento poblacional, Expansión física y aumento de la Densidad de Santiago				
Años Censos	Población de Santiago cd. (nº hab)	Población del País (nº hab)	Superficie Santiago (hás)	Densidad de Santiago (hab/há)
1907	332.724	3.231.022	-	-
1920	507.296	3.730.235	-	-
1930	696.231	4.287.455	-	-
1940	952.075	5.023.539	11.348	84.0
1952	1.353.400	5.932.995	15.570	86.9
1960	1.907.378	7.641.115	22.880	83.4
1970	2.436.398	8.884.769	29.480	94.3
1982	3.650.541	11.275.440	38.364	103.6

DATOS CENSALES					
POBLACIÓN NACIONAL POR REGIONES					
(Miles de personas)					
Región	1960 (1)	1970 (2)	1982 (3)	1992 (4)	2002 (5)
I De Tarapacá	123,1	175,2	275,1	339,6	428,5
II De Antofagasta	215,2	252,0	341,7	410,7	493,9
III De Atacama	116,2	153,9	183,4	230,9	254,3
IV De Coquimbo	309,0	338,6	420,0	504,4	603,2
V De Valparaíso	758,1	966,4	1.210,1	1.384,3	1539,8
RMS Región Metropolitana de Santiago	2.437,4	3.153,8	4.318,1	5.257,9	6.061,1
VI Del Libertador General Bernardo O'Higgins	418,0	487,2	586,4	696,4	780,6
VII Del Maule	563,0	617,5	730,9	836,1	908,0
VIII Del Biobío	1.083,3	1.253,9	1.518,9	1.734,3	1861,5
IX De La Araucanía	569,0	602,0	697,9	781,2	869,5
X De Los Lagos	670,7	744,5	849,0	948,8	1073,1
XI Aisén del General Carlos Ibáñez del Campo	37,8	50,3	66,4	80,5	91,4
XII De Magallanes y de la Antártica Chilena	73,4	89,4	131,9	143,2	150,8
Total Nacional	7.374,1	8.884,8	11.329,7	13.348,4	15.116,4
1992	4.679.900	13.348.401	46.179	101.3	
2002	5.822.316	15.116.435			

(1) Cifras correspondientes al XIII Censo Nacional de Población, levantado el 29 de noviembre de 1960.

(2) Cifras correspondientes al XIV Censo Nacional de Población, levantado el 22 de abril de 1970.

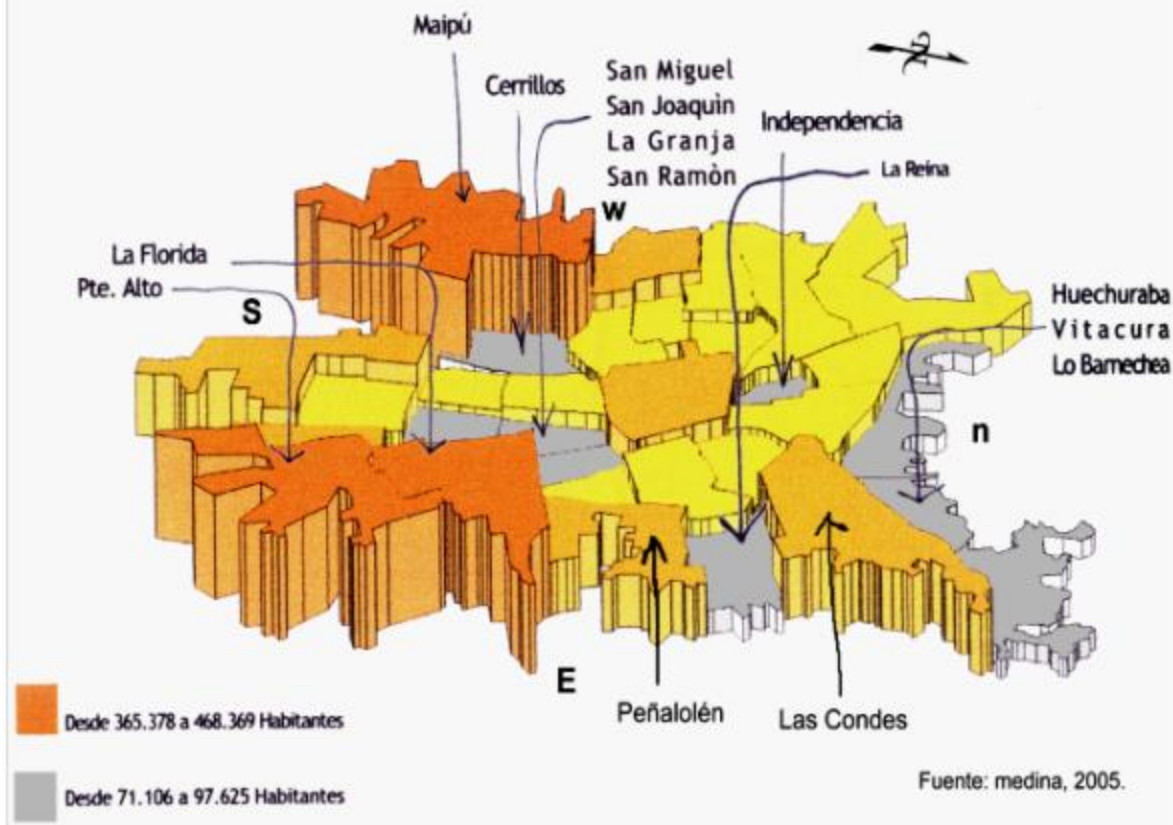
(3) Cifras correspondientes al XV Censo Nacional de Población, levantado el 21 de abril de 1982.

(4) Cifras correspondientes al XVI Censo Nacional de Población, levantado el 22 de abril de 1992.

(5) Cifras correspondientes al XVII Censo Nacional de Población, levantado el 24 de abril de 2002.

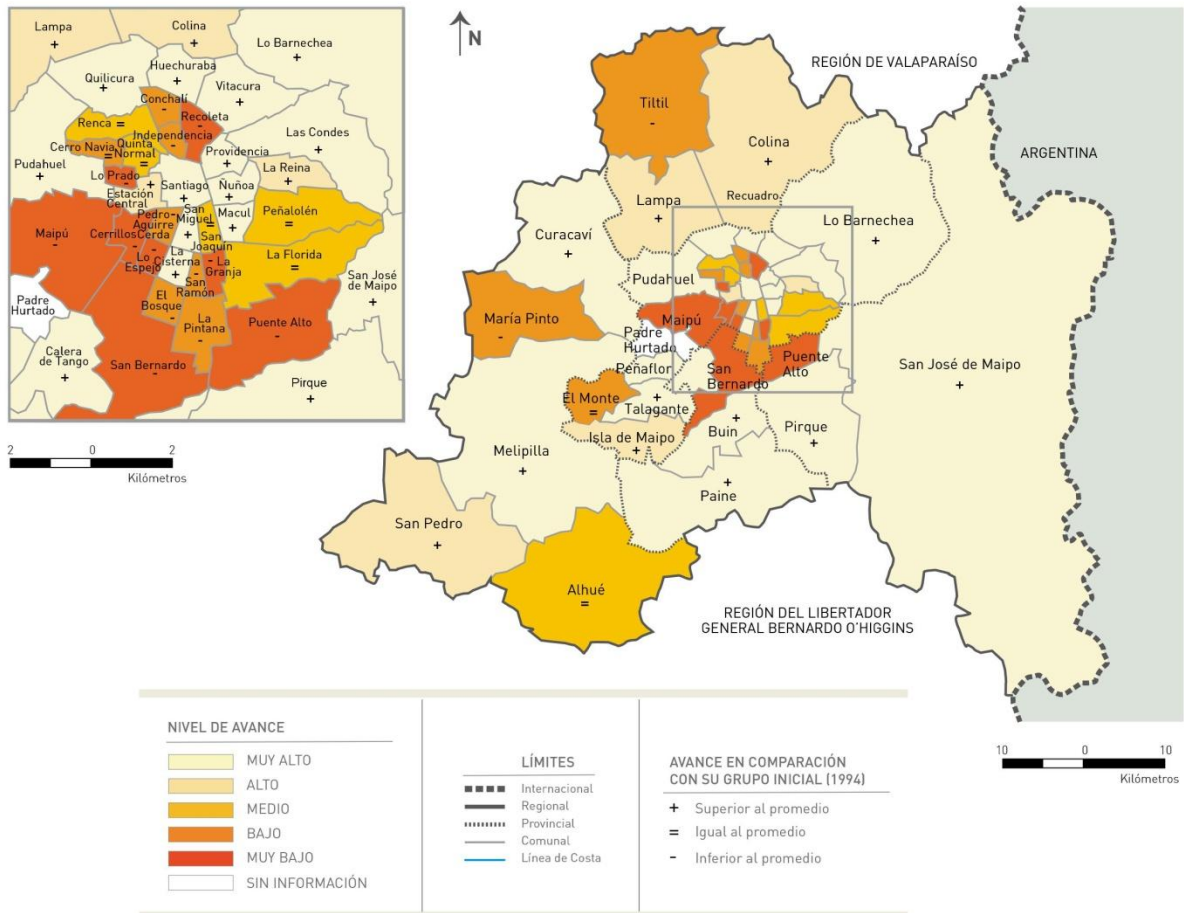
Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas.

SANTIAGO: CANTIDAD DE POBLACIÓN POR COMUNA - 2002



REGIÓN METROPOLITANA

AVANCE HACIA LA META IDEAL DE DESARROLLO HUMANO 1994 - 2003 / POR COMUNA



Extraído de: Las trayectorias del desarrollo humano en las comunas de Chile 1994-2003

II. Entrevistas.

Alfaro T1	Krausse T2	Asún T3	Unger T4	Sánchez T5
-----------	------------	---------	----------	------------

Domingo Asún

Para comenzar, nos gustaría abordar las transformaciones de la Psicología Comunitaria, desde los años 90 hasta la actualidad, tanto en el ámbito de las prácticas de intervención, como en el de las prácticas académicas. ¿Cómo lo ves tú?

Bien, con respecto a las prácticas tengo la impresión de que la transformación más importante se produce ya avanzados los 90; es decir, en la transición democrática, en el cambio de gobierno y con la asunción del primer gobierno de la Concertación. Al comienzo no hubo muchos cambios en el tipo de gestión que venían haciendo las ONG'S y los trabajos característicos de los años 80, en temas de salud mental, derechos humanos, reorganización, construcción de organizaciones, en otras palabras, en todas las formas de organización popular. Alrededor del 94, creo, con el fin del gobierno de Patricio Aylwin, el Estado logra consolidar una línea de política social que, en esta etapa, presenta tres grandes influencias transformadoras de las prácticas:

1. La estructuración de la red asistencial promocional del Estado, la cual va adquiriendo mayor variedad y especificidad en los temas que van emergiendo en el debate nacional y en la instalación de la política de desarrollo. La instalación de esta primera red promocional asistencial genera una diversidad de espacios donde se visibiliza la posibilidad de acción del psicólogo. Esto recupera parte de los referentes simbólicos de la memoria institucional de la Psicología Comunitaria de los 70. También recupera referentes de los 80: hacer posible actuar con los grupos de base, contribuir a la recuperación democrática con otro tipo de referentes, con otro tipo de imaginación, con la

posibilidad de co-ordenar y realizar una acción temporal que apunte a una transformación total, a la justicia social, etc.

Y esto se ve expresado, por ejemplo, en la política de prevención y promoción en torno a los jóvenes. Me refiero, particularmente, al consumo de sustancias, sobre todo en los primeros tiempos del gobierno del ex presidente Patricio Aylwin. El conjunto del financiamiento que había para trabajo de prevención o trabajo comunitario en el consumo de sustancias en jóvenes, era, en total, de unos \$80 millones. Con la aparición del Consejo Nacional de Control de Estupefacientes (CONACE), su reestructuración y la instauración de una política asistencial y promocional, el presupuesto aumentó a \$3.000 millones, al punto de que las ONG'S se tornaran insuficientes. Hubo un estallido de recursos, que en el comienzo intentó gestionar el actual Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), pero que finalmente tomó CONACE y, en parte, Salud, con la aparición de una gran cantidad de organizaciones que se reciclaron en estos términos, lo que produjo una suerte de descentralización, incluso de la acción comunitaria del psicólogo, porque surgieron posibilidades desde las ciudades de Arica hasta Puerto Montt. De ahí, y con el paso del tiempo, el presupuesto de organización de este consejo o comisión ha sido de \$8.000 millones, una cifra nunca antes presente en la historia de la acción de la Psicología en Chile, y eso generó un amplio espacio.

Al comienzo, las políticas fueron un tanto de ensayo y error. Los programas y fondos concursables se extendieron a lo largo de todo el país, para distintas organizaciones. Después, se privilegiaron organismos sociales de base con incursión profesional y, posteriormente, se instalaron sistemas institucionales, como serían hoy día los Programas Previene de CONACE, que han logrado cierta consolidación y, a partir de

ahí, ya se fueron modificando las prácticas. Ese es el primer elemento, creo que esa expresión respecto de drogas lo ejemplifica notablemente.

2. El segundo elemento es, digamos, un derivado de los presupuestos de los organismos que generan, de hecho, pensamientos en las políticas sociales. Aquí hubo una fuerte influencia del temor, por un lado y sobre todo a partir de los años 96 – 98, con el inquietante señalamiento de que algo andaba mal. Asimismo de los organismos encargados de analizar las contradicciones entre el crecimiento económico y el desarrollo humano y los aportes de los que seguían los postulados de Max Neef. Estos señalaban que, si bien estábamos construyendo muchas carreteras y muchos puentes, estaba mejorando la posibilidad de exportación de los productos básicos a través de la instalación de puertos muy modernos con toda la transformación que eso implicaba, se estaba dejando de lado el espacio de crecimiento de niños, jóvenes, familias y los grandes temas. Influye también el tema de la mujer, la visibilización de los contenidos de la tradición autoritaria en las prácticas de vida cotidiana en las familias, con las cuestiones relativas a la violencia, la preocupación por la situación del desarrollo infantil. Entonces, esos organismos pensantes también pusieron una especie de sello socialdemócrata, bastante centrado, en cierto modo, en líneas de humanismo, también en cuanto a preocuparse del desarrollo. Generaron categorías conceptuales que comenzaron a ser muy importantes para que Chile tuviera una bajada metodológica muy práctica, con un capital social y todo lo que ello implica. Es decir, hubo una segunda influencia, yo la llamaría intelectual, centrada en la labor de estos pensadores y de estos organismos pensantes adosados a las políticas de gobierno que influyeron en la constitución de nuevos espacios que compensaron lo que se podría llamar el espectacular crecimiento de la infraestructura

concentrada en la exportación de los productos del país, pero también en el desamparo y las inequidades a las que queda sometida la población. De ese modo se hicieron patentes los temas de la familia, la infancia, etc.

3. El tercer elemento que influye en la modificación de las prácticas, está constituido por las demandas generadas a partir de la evaluación que el propio gobierno hace de su desarrollo. Y, en este sentido, una vez que desaparece la dramática urgencia de asentar el proceso de reconstrucción democrática del país hay que repensar en términos de coordenadas temporales de futuro. Y, dado que existe una nueva concepción de sociedad, distinta a la que se quebró el 73, radicalmente diferente de la sociedad autoritaria generada durante el gobierno de la dictadura militar, aparecen entonces los temas de ciudadanía, de empoderamiento, de gestión local, de desarrollo local, de anulación de la burocratización de la acción pública de nuestra organización. Pese, sobre todo, a las crisis de finales de gobierno del ex Presidente Eduardo Frei y de comienzos del gobierno del ex Presidente Ricardo Lagos, lo que aparece es la necesidad de salirle al paso a un populismo creciente, tanto de los sectores de izquierda como de los sectores de derecha, específicamente de la UDI (Unión Demócrata Independiente), y generar una constitución ciudadana. Entonces, por un lado, hay que prestar atención a temas de desarrollo humano y sus posibilidades de desviación o constitución anómica y, por otro, a desarrollar posibilidades de generación de auto sustentación de esos sectores en todo lo que signifique microempresa y, además, constituir una suerte de responsabilidad cívica. Nunca estas tres líneas tuvieron un espacio, un momento histórico de tranquilidad, como para poder asentarse. Tal vez ahora, en el gobierno de la presidenta Michelle Bachelet,

podiera ser. Pero, fatalmente, tendrían que constituirse en torno a un Ministerio de Seguridad Ciudadana, por lo cual va a ser todo un problema cómo recomponer todo esto.

¿Qué pasó con las prácticas de los psicólogos en este contexto que describes?

Estas tres grandes expresiones son un verdadero estallido, porque lo primero que uno podría preguntarse es a qué apunta la queja, porque hay queja pese a todo. Nunca antes en Chile había habido tantos psicólogos trabajando en el desarrollo local. De hecho, nadie fue capaz de predecir que la enorme cantidad de profesionales psicólogos que hemos producido en los últimos años iba a tener, finalmente, un espacio de posicionamiento laboral precario, sin duda, pero un espacio laboral al fin. Entonces se produce, la queja esta, en la cual los referentes simbólicos, la visualización de la temporalidad de la intervención tiene que ver con la construcción de un tipo de sociedad que privilegia la igualdad y la justicia social, y que hace que, cualquier actividad, en la práctica, sea de trabajo con grupos, de asistencia en crisis, etc. Tiene que ver, es cierto, con un proyecto mayor que esta conmoción social. Por lo tanto, el significado, el sentido de la labor aparece encapsulado al interior de una visión global de transformación de la sociedad. Lo que se hacía o lo que se dejaba de hacer cobraba sentido y era apreciado a partir de este proyecto global. Esta situación, hoy día, es la que ha cambiado más dramáticamente.

En este año 2006, la situación tiene que ver con programas de intervención de corto alcance, con un período muy pragmático, donde la concepción global de qué estamos construyendo no está acordada. En general, se está construyendo una respuesta a indicadores que han sido visualizados en algún diagnóstico y, por lo tanto, la intervención es de ocho a dieciocho meses y su objetivo fundamental es modificar esa situación diagnosticada.

Las prácticas, entonces, están constituidas como actividades estructuradas a partir de un presupuesto pensado para un conjunto de logros planificados verticalmente, con diagnósticos y

todo y, por ende, lo que el psicólogo tiene que hacer es correr entre la base presupuestaria, la demanda de la gestión y el cumplimiento de esos objetivos, expresados en tasas estadísticas. Eso produce, en consecuencia, lo que se deja o lo que no se deja de hacer. Tiene que ver con el cumplimiento de la relación cumplimiento logros. Esto provoca, muchas veces, situaciones de tipo crítico y también un sentimiento, no sé si llamarlo frustración, de un cierto desaliento, porque, en definitiva, muchos elementos de potencialidad del rol en la intervención o en la acción comunitaria, se ven menoscabados dada la necesidad del cumplimiento de los objetivos de corto plazo. Lo que importa es lo que se deja de hacer no en función del proyecto de construcción de una sociedad, sino lo que se deja de hacer en función de un cumplimiento de los objetivos programados a partir de un presupuesto que siempre ha sido escaso o siempre se percibe como tal, o precario en relación con la magnitud de la demanda.

¿De donde surgiría este desaliento que tú describes?

El desaliento surge de la visión que tienen los jóvenes profesionales, de que no están siendo escuchados y no es el mismo desaliento de un profesor de Enseñanza Media que siente que sus alumnos no están estudiando lo que tendrían que estudiar o de un sacerdote que siente que no todo el mundo va a misa. Digamos que es un desaliento que puede evaluarse en cualquier actividad laboral, y que tiene significado en relación con la potencialidad del sentido contenido en la formación de los referentes simbólicos de la gesta inicial de surgimiento y memoria colectiva de los 80. Cuando se luchó por la recuperación democrática, y que se ve cuajado en estas nuevas condiciones, cuando el control de gestión y el organismo control de gestión no está mayormente interesado en cuánto más puede aportar, sino en qué medida la estadística, que es la que genera la inquietud, se ha modificado. Recién hoy en día están surgiendo algunas pequeñas señales respecto de otras posibilidades.

En relación con el sentido de las prácticas, habría uno, no compartido por los interventores, que tiene una eficiente estructura y apunta a la idea de adaptar a un sujeto al mercado, que apunta más bien a responder al déficit. ¿O habría otro sentido de las prácticas, compartido por los interventores, pero aún no estructurado?

Yo diría que el primer elemento de detención surge porque las prácticas se constituyen, fundamentalmente, a través de un esfuerzo de las políticas públicas y de sus expresiones en programas, de centros de proyectos, un esfuerzo sobre planificado. Un esfuerzo que trae, a veces, incluso, determinado hasta el color de las letras de los manuales con los cuales vamos a trabajar. Existe una sobre planificación que es agobiante. Por lo tanto, no tiene que ver el debate o esta primera atención con el sentido de sociedad que se está construyendo o el carácter adaptador que pudiera tener frente a la situación de construcción de una nueva sociedad. Tiene que ver, más bien, con la coartación de un rol profesional que discuta en otras áreas de amplia libertad.

En el área clínica nadie entra a cambiarte, dentro del box o dentro del gabinete, la forma cómo estructuras la terapia. Incluso, en el área organizacional de empresa, nadie señala cuál es la visión que estás instalando en el cambio de organizaciones empresariales o de producción, que se modifican en sí y en otros sentidos. Aquí lo que hay es una puesta en ejecución del rol articulado por una armadura muy rígida. Yo creo que esa es la principal fuente; los equipos que trabajan no logran plasmar su propia visión de cómo podrían ser las cosas en este territorio. Creo que esa es la primera situación que genera dificultad.

Lo segundo es, en cierto modo también, un debate político. Es decir, la pregunta sería: ¿estamos pensando en una Psicología Comunitaria capaz de construir respuestas para lo que significa la transformación de nuestra sociedad, a partir de su integración a un mundo globalizado, bajo un modelo de crecimiento económico neoliberal? ¿Estaba la Psicología

Comunitaria chilena, e incluso la Psicología chilena, preparada para dar respuestas a eso? Yo creo que no.

Por otra parte, cabe mencionar que el influjo en las prácticas tecnológicas deriva fundamentalmente del proceso de traslado y absorción de elementos procedimentales, decantados por la experiencia española. Aún hoy día, en el trabajo de redes, es la experiencia de Tomás Villasante, infiltrada a través de entes académicos de la Universidad de Santiago, de la Universidad de Chile, la que llega a las prácticas. Vale decir, lo que nosotros pusimos de nuevo en las prácticas fueron, fundamentalmente, elementos procedimentales derivados de una Psicología Social, entre comillas progresista, adaptados por la transición española a las necesidades de respuestas en las áreas sociales, clínicas, de salud mental, de crisis del desarrollo humano. En nuestro medio, desde el apoyo social, desde la estrategia de redes del empoderamiento, están esos elementos, que sin duda cambiaron notablemente el carácter de las prácticas. No vamos a comparar la actividad grupal de base conductista de Marconi, en los 70, con el tipo de situaciones que se genera hoy en día en el trabajo de los que llamamos talleres, que constituye una diversidad de formas de acción que recoge, de distintos modos, modelos aprendidos a partir de este trasvasije y mediados por la influencia de la Psicología española, fundamentalmente en el plano de las prácticas.

Pero entonces la atención surge del hecho de que el elemento teórico o el elemento conceptual, y los modelos de análisis que se utilizan en la formación de nuestros profesionales, derivan de un socio-construccionismo crítico, instalado fuertemente en los procesos de formación, derivado del pensamiento post-estructuralista francés y de autores con visiones del psicoanálisis cultural, que cuestiona fuertemente la constitución de un sujeto dominado. Por lo tanto, en la medida en que la formación en el ciclo básico mantiene al estudiante dentro de una

visión neurocientífica, introduce en el área de las Ciencias Sociales un pensamiento fuertemente divergente. Se produce, entonces, una contradicción, porque el estudiante al egresar, al entrar en la vida laboral, espera que los sentidos de esa visión global se entreguen en sus prácticas, no obstante, esto no es a lo que se aspira.

Sigue estando en la gente el referente del cambio social, sigue estando el de la sociedad con una sobre demanda de justicia social, entonces es aquí donde se producen las tensiones y el sentimiento de menoscabo. Pero creo que tiene su origen fundamentalmente en la calificación desde su formación universitaria. El rol del profesional en Chile ha sido el de un profesional liberal; es decir, mucha autonomía, no obstante, poseer un aparato precario.

Tengo la impresión de que las prácticas se han enriquecido, se han diversificado y han integrado hasta elementos freudianos, sistémicos, entre otros. Pero cuando tratas de expresar todo eso en el programa BARRIO SEGURO, no puedes, porque el objetivo es fundar una mesa y que la mesa denuncie un hecho. Por lo tanto, la constitución de la idoneidad cívica de ese ciudadano o rehén, se ve menoscabada, y el aparato de bajada, pensando un poco en D. H., el aparato de bajada institucional, carece de los elementos institucionales de generación de la flexibilidad.

Por su parte, cabe mencionar que los municipios no tienen el departamento de estudios, no cuentan con profesionales equipados que estén encargados de reciclar las visiones ministeriales y adaptarlas a la textura de su territorio y a los matices de la historia. Asimismo, los ministerios carecen, en forma sistemática, de procesos de evaluación y seguimiento de las prácticas de los psicólogos. No existen, por lo tanto, especialistas de nivel intermedio que estén abordando modelos pilotos para reciclarlos.

En definitiva, decide el Ministerio de Hacienda, cuántos, cómo, por qué y hacia adónde. No hay nada que medie esto, y por eso son tan importantes los organismos de supervisión y control y también es la causa de que las ONG's vivan tan precariamente, contratando psicólogos para hacer intervenciones. Los mismos están interviniendo, no en todos, pero sí en muchos de los procesos, muy temerosos de cómo van a ser evaluados. Es decir, no hay evaluación comunitaria ni autogestiva. Son las grandes diferencias, como señaló un profesor argentino, Antonio Lapalma. El compromiso de gestión de los servicios públicos en la acción social se firma con supervisores ministeriales, los consultorios firman, las escuelas firman, no se firma con el usuario directo, no se firma con la población y, por lo tanto, se requiere una institucionalidad bastante rígida. Los organismos juveniles que no acepten este ordenamiento institucional, simplemente no existen. Es cierto, tienen que responder a esta idea institucional de control de los padres, por lo tanto tenemos ese problema.

Otro elemento que genera tensión es que, desde la Psicología, es extraordinariamente complejo el paso de un país subdesarrollado, con un modelo neoliberal instalado durante la dictadura, hacia una sociedad desarrollada que se integra a los mercados internacionales, a la globalización, con toda la atadura de hechos sociales de desigualdad y amarras, en el caso de la Psicología Comunitaria, a referentes simbólicos de cambio social y justicia. Y frente a eso el construccionismo, a mi juicio, más allá de constituir una respuesta analítica, no nos entregó insumos para resolver los grandes desafíos del país. No había suficientes análisis epistemológicos sobre qué es la participación social. Seguimos siendo extraordinariamente psicodependientes de lo que los pensadores de la Sociología puedan establecer acerca de la participación social. Por lo tanto, no habían estructurado por qué el dilema de la institucionalización de la Psicología Social es mucho más complejo, significa la pérdida de los

sueños y bajar las banderas frente a las demandas del Estado. La Psicología Comunitaria chilena siempre fue muy institucional. Incluso en su origen dependió de la política internacional solidaria con las ONG's, de los derechos humanos de los 80, siempre.

Nunca la Psicología Comunitaria surgió de la cimiento de la voz popular, siempre fue institucional. Pero habiendo sido siempre institucional, se preocupó muy poco de toda la participación social. No hay pensamiento sobre participación social, emancipación, autonomía, libertad. Eso se expresa dramáticamente hoy en día en el caso de la participación de la mujer, 30%, 40% de los hogares chilenos están dirigidos por mujeres jefas de hogar, ha cambiado dramáticamente eso, pero el mayor porcentaje de esos hogares es pobre, está en situación de precariedad. Entonces, ¿qué se nos ocurre en términos de la participación social? Mejorar su precaria instalación laboral, instalándoles salas cunas y que sean las mismas mujeres las que tengan una cierta forma de gestión de sus salas cuna. Pero ¿qué pasa con su libertad en el plano de lo sexual, qué pasa con su libertad en el plano de su corporalidad? Hay que ir corriendo a ver a Beatriz Preciado y se está a años luz de distancia de la subjetividad de esas mujeres.

Tampoco habíamos pensado demasiado sobre el control social en el tema de las sustancias, de los jóvenes. Intentamos hacer una bajada del discurso de CONOSUR a las prácticas y eso resulta absolutamente fracturado. No tenemos pensamiento en participación social, no tenemos pensamiento en control social y no tenemos pensamiento tampoco en aspectos culturales, sobre identidad, sobre constitución de sujeto. Seguimos a la antigua, tratando de traslapar y unir, con soldadura o alambrito, el pensamiento europeo radical con prácticas orientadas en otro sentido y eso funciona en la formación de nuestros psicólogos. Por lo tanto, no es raro que se produzcan estos debates que van a surgir desde julio, cuando los adolescentes sean

sometidos a penas privativas de libertad, con reclusión o en medio libre. ¿Cómo se van a hilvanar las prácticas?

Todo el mundo tiene claro que hay que establecer una acción a nivel individual, basada en la responsabilización. Existen algunos artefactos tecnológicos de las prácticas, desde la autoeficacia de Albert Bandura hasta la visualización del delito en términos de imaginaria, aplicados en forma grupal, etc. Hay algo que hacer con la reconstitución del tema familiar. Ya sabemos algo de red focal y se pueden establecer un diagnóstico y una estrategia de redes. Hay que hacer algo, asimismo, a nivel de la inserción comunicacional y de la reinserción social. Y sabemos algo, también, de red de redes, de posibilidades de articulación, de generación de espacios culturales, de desarrollo, en fin, nos hemos enriquecido notablemente.

Pero ¿cuál es el planteamiento epistemológico que tenemos sobre el ciudadano juvenil? Tenemos buenos elementos para intentar mejorar el impacto en reinserción, y tal vez en algún cambio cognitivo-conductual del sujeto. Pero no tenemos pensamientos sobre eso. Vamos a apelar a fórmulas de orientación francesa o algún otro tipo para intentar constituir este nuevo sujeto. Tengo la impresión de que nos preguntamos demasiado por eso. Lo que al sistema de la reforma procesal penal le va a interesar con los jóvenes, es que tengan un espacio digno, adecuado desarrollo y mejoren, de algún modo, su inserción en el mundo laboral y en el mundo cívico, y se aparten del tremendo daño que significa ir a parar a la cárcel.

Ahora bien, lo que pasa es que cuando tú les cuentas a los chicos, a los jóvenes, que los análisis alemanes y franceses muestran, en el trabajo con este tipo de jóvenes, una reincidencia significativa menor cuando se trabaja con modelos conductistas. No hay sujeto activo, el modelo es muy lineal, muy pasivo. Por eso, yo tengo la impresión de que se hace una sobre

ideologización de un elemento de acción que es útil en un tema puntual y se tiende a pensar que la situación del sujeto, dentro del modelo de desarrollo, va a seguir siendo precaria.

¿Quieres decir que los conductistas funcionan mejor?

Los conductistas, según muchos estudios, funcionan bastante bien. El lomo de toro funcionaría mucho mejor que estar concientizando a los conductores. Muchísimo mejor. Pero nosotros no tenemos esa base de formación. No sé si las privadas más conservadoras la estarán dando.

En relación con lo que planteas, ¿estás asumiendo que la formación de los psicólogos, es la principal responsable de la falta de modelos teóricos eficientes? Esa es una primera pregunta. La otra es ¿si le corresponde a la política social hacerse cargo de las reflexiones? Por último, ¿por qué los formadores se han desorientado tanto y han formado profesionales tan desfasados de las prácticas?

A ver, comenzando por la última .Yo creo que no fuimos capaces de anticipar toda la demanda de la Psicología que iba a haber desde el Estado. No fuimos capaces de ir anticipando eso. Se pensó hasta bien avanzado el gobierno del ex Presidente Eduardo Frei, en la promesa del Ministerio de Salud, es decir, que el rol nuestro tenía que ver con el área de desarrollo humano, pero específicamente dentro de la salud mental del país. En relación con esto hubo dos grandes planificaciones de las cuales estuvimos expectantes. Faltan 482 psicólogos trabajando en la atención primaria de salud. Lo que se ha hecho son más bien mini centros, equipos ambulatorios, pero una labor más bien precaria.

Si uno observa se encuentra con una gran demanda insatisfecha. Todo demuestra que si la política de salud mental del país se hubiese orientado efectivamente a las intervenciones multiparadigmáticas, en familia, al desarrollo de niños y escuelas, se hubiera cubierto un 70% de

la demanda posterior de desviación. Todo demuestra que si se hubiese hecho lo que ahora promete la presidenta Michelle Bachelet, si se hubiesen instalado a lo largo del país 60 centros complejos de atención familiar para atender la transformación de la mujer, y se hubieran instalado los recursos de escucha y de acción socio-terapéutica sobre la mujer, la situación de precariedad de la vida familiar, denunciada sobre todo en los sectores conservadores, la falla de la socialización estaría también resuelta. O sea, todo demuestra que cuando tienes una curva en el camino en donde la gente se desbaranca, no tiene sentido ir a poner el consultorio abajo, con mucho yeso para enyesar a todos los que se quiebran, dando vueltas por la curva. Lo que tienes que hacer es cambiar la curva. Por lo tanto, no es un problema que no hayamos sido capaces de anticipar. Mi impresión es que las políticas sociales apuntaron más al síntoma que al origen, y como apuntaron más al síntoma, lo que les interesó fue la disminución del síntoma y no la generación de pensamiento. En el trabajo de Psicología Social que nosotros hicimos con Pablo Tapia, Aldo Vera y Darío Páez, demostramos, en cierto modo, a través del meta análisis, que la relación con ciertos modelos de intervención en Chile es perversa, porque los conceptos los introduce primero la academia, como moda intelectual..

Ahora, durante la dictadura, eran claramente las ONG's. Después, pasan a ser micro experiencias cuasi modelo entre la relación academia-ONG-tesis-prácticas de los alumnos. Cinco años después son recicladas por el Estado, cuando ya han comenzado, incluso, a perder cierta vigencia. Posteriormente se convierten en nada y siete a ocho años después, están instaladas en las prácticas institucionales, cuando ya ha habido una superación de esos cursos, y aquí están los aparatos institucionales donde no hay pensamiento. El Estado funciona con evaluaciones muy inorgánicas. Ahora tal vez con un mayor interés, porque está comprando sistematización, estudios cualitativos, pero nadie realiza seguimiento de los mismos. Entonces, por un lado,

apostamos a que la transformación venga de la línea prevención-promoción-desarrollo humano en salud mental y esa es la peor derrota de la Psicología Comunitaria del país, porque no ha pasado nada. No sé qué irá a hacer Michelle Bachelet con eso. El tema seguridad ciudadana ya fue sobrepasado. En esto hay una demanda heterogénea. Efectivamente, la vida de mucha gente está convertida en un infierno y, por lo tanto, va a ver que operar sobre eso. Pero de nuevo tengo la impresión de que se va a anular la posibilidad de la estructuración que suponíamos, que venía por el área de salud mental, siguiendo además la tradición del país.

Por un lado, formamos a la gente manteniendo esa idea, porque si hubiéramos sabido derechamente lo que pasaba habría que haber formado, según lo que piensa Manolo Canales, “trabajadores sociales polifacéticos”, “centro campistas del fútbol”, que pudieran estar funcionando con una gran variabilidad en torno a todas estas demandas emergentes, a estos sumarios sociales que se provocan cuando el país, con algún retraso, descubre que hay alguna patología social que lo incomoda. Y seguimos manteniendo una formación clásica, donde el alumno tiene recursos para intervención en crisis, para trabajo con familia, para trabajo de comunicación social, para trabajo en técnicas de redes, en reforzamiento de autoestima, en fin, pensando en un rol que nunca se ejecutó, que nunca se estructuró. Creo que ahí se produjo la gran fractura entre lo que la academia pensó (mantención de este rol integral) y lo que fueron las prácticas.

En lo que sí fallamos fue en haber visto con mayor claridad la relación. Porque es la academia, es la tradición que portamos, la que le ofreció al Estado el modelo psicosocial basado más en la intervención, y el Estado lo aceptó encantado. Pero pensando solo en su parte operativa, no en su dimensión epistemológica. Nunca hicimos la tarea de haber depurado cuál era el cuerpo epistemológico que sosteníamos en lo psicosocial. Lo hibridamos simplemente, se hizo

un mestizaje de una serie de cosas y se tradujeron en la formación. Lo que no fuimos capaces de anticipar fue que, dado que el Estado necesitaba transformación, necesitaba una orientación en su política de desarrollo hacia aspectos que introdujeran elementos de cambio en todo el desarrollo humano, y no podían ser pensados desde el Estado tradicional. El Estado sí iba a apelar a esta promesa del modelo psicosocial, como tú decías.

Cambio en el individuo, un individuo responsable, cívico, un nuevo sujeto de la transición democrática, mucho más diverso, mucho más flexible, etc. Sin comprometer las transformaciones estructurales de fondo. Entonces, en torno a eso, no anticipamos dos cosas: la enorme demanda que el Estado iba a tener y la necesidad de pensar los procesos formativos. Y, por otro lado, no fuimos capaces de anticipar la enorme cantidad de dinero y por eso es que estamos atrasados. Por eso tenemos a los psicólogos básicamente en la infantería y no en la gerencia de centros de proyectos, porque los elementos de gestión, de tecnología, la planificación, son de los últimos tres o cuatro años de evaluación. Diez años de proyectos han adquirido una seriedad entre los postgrados y los años finales de formación. Pero la verdad es que si lo hubiéramos anticipado, diría que casi en dos años, los alumnos deberían trabajar en diseño de programas, de proyectos, dado el tipo de realidad que están asumiendo.

Y en relación con lo que decía Jaime Alfaro, solo ampliar lo que te planteaba. Es decir, la transformación social nacional tiene un lado perverso y no sé qué pensará en sus sueños... El consejo que más funciona en la política chilena es el de la tercera película de “El padrino”, el que le da Al Pacino a Andy García: “nunca digas en voz alta lo que estás pensando”. Entonces esta suerte de proyecto liberal socialdemócrata chileno nunca dijo en voz alta lo que estaba pensando, nunca supimos cuáles eran los sueños que tenían de transformación socialista. Tal vez en el último debate entre Sebastián Piñera y Michele Bachelet podría quedar más claro que hay sueños

que probablemente Girardi tiene, Núñez tiene y que muchos otros tienen. De modo que ese elemento no dicho de la política social, no actuado, de que se debía constituir un nuevo sujeto, un sujeto potente, libertario, solidario, etc., y no una especie de evitador de conflictos, escapador de pensamientos de intervención, etc. Recién se está empezando a expresar que ahí estaría la posibilidad de efectuar el análisis. Hemos actuado reactivamente.

Según tu experiencia ¿cómo ha evolucionado la Psicología Comunitaria en el ámbito académico?

Aquí el tema de fondo es el deseo, porque nunca en la historia de la Psicología chilena, nunca antes en la Historia chilena, había habido tal estallido conversacional en torno a la Psicología Social. Por eso yo me pregunto, bueno, dónde está la queja, de qué nos quejamos. Creo que un estallido conversacional y autista, en el sentido de que es un estallido anterior del mundo de los psicólogos. Mi impresión, reflexionando por algunas cosas que he tratado de indagar en el último tiempo, es que en el mundo externo a la Psicología, la Psicología Social nacional no pesa mucho; no tiene impacto político en el pensamiento de las políticas sociales, en el mundo de la Sociología actualizada moderna, en los intelectuales progresistas del sector, la academia, o sea, la Psicología Social pesa poco en Chile, no ha logrado establecerse, no hay una teoría política fundamental.

¿Qué es lo que hay de la Psicología Social en Chile? Lo que hay fundamentalmente es lo que yo llamaría el núcleo de aporte relevante de la Psicología Social estadounidense, agregando a Serge Moscovici en los 80, los núcleos de la generación de los 60 – 70 de la Psicología Social. Es decir, en ese momento en los EE.UU. se decanta el aporte en 20 modelos de categorías psicosociales, desde liderazgo hasta auto eficacia, desde grupo hasta locus de control, desde cambios de actitudes con procedimientos más interesantes hasta representaciones sociales e

influencias minoritarias. Entonces, ¿qué hay en la mentalidad colectiva, de intelectuales, de progresistas, de los planificadores? Hay 20 núcleos fundamentales, o sea, ven la Psicología Social fundamentalmente como un aporte sociocognitivo colectivista para producir transformaciones operáticas. Eso es lo que hay, es el referente que hay en los usuarios externos. No ven lo nuestro como aporte, simplemente no nos ven, no hemos sido capaces de posicionarnos.

Al interior de los procesos formativos, partiendo de esta cláusula de posicionamiento político de la Psicología Social, esta no logró lo que parecía que íbamos a conseguir avanzados los 80, un rol en lo político, como Psicología Política, como Psicología Social de la transformación o como Psicología Social del desarrollo. Incluso no logramos poner a nadie políticamente en una situación de liderazgo, o los que lo hicieron fueron más bien parte de un aparato de gestión política y no de desarrollo de la Psicología Social, pero que era significado, sin embargo, al interior del mundo de los psicólogos. Nunca antes había habido tantos doctorados en Psicología Social. Nunca antes, en toda la historia del país, un número significativamente alto de postgrados en Psicología Social, con proyección de intervención, la mayor parte de ellos. Nunca antes había habido tantos números de revistas orientadas y tantos artículos, todos con una fuerte fractura de comunicación, lo que plantea todo un tema que no permite expandir la memoria y la visión de futuro de esta Psicología Social de carácter más fuertemente interventivo o analítico, crítico. Hay fractura.

Pero nunca antes habían existido estas condiciones de masa crítica. Esta masa crítica no puede seguir dedicada a no más de 30 ó 50 pensadores de la Psicología Social de alto nivel. Tenemos cinco, siete programas de postgrado de orientación psicosocial interventiva; tenemos

dos revistas que dedican atención preferente de nivel internacional en Chile y Latinoamérica a estos temas, etc.

Ahora bien, en los procesos de formación, creo que se ha dado, bajo un eje fundamentalmente ecléctico, un intento depurativo de formación, en base a fundamentos epistemológicos y, por lo tanto, en general el modelo ha sido instalar un programa de Psicología Social crítica o de Psicología Comunitaria, con gran referencia a los modelos simbólicos del análisis, del cambio social, etc. Y después instalar una trilogía de aparatos de formación en prácticas. Algunos, ponen más énfasis en el trabajo de tipo grupal, una suerte de Psicología de grupos e intervención con distintos nombres. Otros, ponen el acento más bien en patologías sociales y actuación, lo que se llama psicopatología social. Y hay quienes han puesto el foco de análisis en la Psicología de orientación más institucional, con influencia francesa y con un carácter más analítico. Y a esto se le agrega el gran aporte de los cambios en la tecnología del diseño y la evaluación. Se le ha agregado una especie de mochila de herramientas de formación tecnológica, de diseño, técnicas de evaluación, técnicas de explicación de acción, y esto hace una alianza mucho más afinada con la Psicología Social de origen, como la Psicología Social cognitiva, es decir, hace una alianza mucho más de sentido, con la mayor fuente en los núcleos fundamentales de la Psicología. Porque si observas, Albert Bandura, Alipio Sanchez, cuando introducen lo tecnológico, introducen lo tecnológico socio-biomédico, es decir, una suerte de epidemiología del daño, y la epidemiología del daño es mucho más contrastable con el tercer cambio de medición psicosocial, que son los cuestionarios en las escalas.

Tenemos, entonces, una oferta de cálculo, unas 120 escalas desde si eres más feliz o infeliz, cómo afrontar los problemas, cuánto te quieren los amigos, cómo te llevas con tu jefe, todo escalarizado, y eso hace mucho más afinidad con el aporte de los núcleos fundamentales,

que llamo yo, de carácter socio-cognitivos, con dinámicas grupales, de grupo o colectivo. Entonces ahí se produce una alianza interesante y hacia eso ha girado nuestra formación, hacia una tecnificación. Creo que en este momento se está dando el paso de transformación en eso. Pero el sistema de formación está sometido reactivamente a una demanda externa, entonces lo que me impresiona a mí es que creo que las escuelas van a bajar el nivel de formación a cuatro años, tratando de integrar en esos cuatro años, fundamentalmente poniendo énfasis en la formación de un Psicólogo de problemas sociales. Después de ahí, desde el PRAIS hasta el Fondo de Solidaridad e Inversión Social, COSAM, a esto otro. La verdad es que para trabajar ahí, en lo que se está pidiendo ahora, no se requieren cinco o seis años.

Menos con todas las restricciones que tú planteas.

Menos con todas esas restricciones. Por lo tanto, mi impresión es que vamos a formar un trabajador de primera línea en cuatro años, y vamos a decir, venga al magíster a formarse como psicólogo comunitario, como psicólogo social, como psicólogo de intervención social, en alguna área de especialización, en el mundo de la seguridad ciudadana, por ejemplo, que creo va a ser la gran demanda, en el mundo de los forenses, en el mundo de los procesos socioeducativos, donde creo que todavía estamos muy atrás, muy, muy atrás, muy rezagados. Es un proceso en el cual los gobiernos de la transición han puesto gran énfasis.

Y ahí, probablemente, se va a dar la integración. Entonces, creo que hemos respondido bien, en cierto modo, a la demanda técnica y a la formación técnica. Se ha actualizado bastante, hemos respondido con formación, transformando en parte la Psicología Social e intentamos resolver algo que no tiene mucha solución. La tradición en los fundamentos de la Psicología Social latinoamericana, casi ahora, más impuesta por lo manuales europeos que nos dicen cómo somos, que por nosotros mismos, y las demandas de las políticas públicas, las demandas de

operaciones, las tecnologías y las cartografías específicas que surgen ahí, pero todavía con mucho retraso, porque creo que la gran área de retraso nuestro es el nuevo modelo.

El modelo psicosocial, que alcanzó su *peak* en el proyecto PUENTE, va a mantener su primacía en las políticas públicas. Este modelo, siempre lo he percibido como triangulando al actuar sobre el individuo, tener referencias a lo colectivo y tomar en cuenta algo de la historia también, pero fundamentalmente actuamos sobre el individuo. Obtuvo su *peak* con el gobierno del ex Presidente Lagos. El proyecto PUENTE va a mantenerse, pero la presidenta Michelle Bachelet está pensando un país que pase al 7º lugar de exportadores de alimentos. No podemos seguir teniendo gente que necesita ser permanentemente intervenida psicosocialmente para que mantenga la esperanza de seguir viviendo y no se descalabre, ni se descalabre su familia, etc. Por lo tanto, va a pasar a un modelo de gestión local, de desarrollo local, de descentralización, de gestión territorial. Muchas zonas van a tener un nuevo tipo de gestión, necesitamos psicólogos que estén mucho más en procesos colectivos, en gestión de territorio, gestión local, desarrollo.

Jaime Alfaro hizo un trabajo, hace muchos años atrás, donde mostraba cómo todos se representaban la acción del psicólogo, del psicólogo clínico, al final del camino, cuando el individuo está destruido, y no lo percibían en la promoción. Creo que esa representación ha cambiado enormemente, pero no estamos nosotros apropiándonos y apoderándonos al interior del municipio.

El psicólogo era un odontólogo de la política económica. Es decir, concurría a desdentar o a reforzar dentadura, donde la política económica, en sus procesos de transformación comunitaria, lo requería. Está muy bien, porque se descentraliza, está muy mal porque se nos ocurrió que a los obreros, obreros mineros, se los podía transformar en choferes de taxis o en

peluqueros, lo cual es un absurdo. Pero también aparece ahí toda una experiencia interesante de acción laboral, etc.

La culpa no es de las personas tampoco.

Aquí también están las universidades, que nunca generaron centros de desarrollo, centros de estudios. Se orientaron solo al flujo de la demanda del estudiante, del proceso formativo del estudiante. Nunca invirtieron en proyecto de futuro e, individualmente, era muy difícil sostener proyectos de futuro, sobre todo si uno no estaba integrado a aparatos de elaboración de políticas públicas, que quedaron fundamentalmente en manos de ingenieros.

Nos interesa que nos hagas una cronología, una historia más concreta. De alguna manera, la Psicología Comunitaria nace en algún minuto, o aparece la palabra, aparece la referencia. Tú has sido protagonista de esa historia. Me gustaría saber ¿cuándo conoces tú la Psicología Comunitaria? Y ¿cómo crees que se fue instalando, en qué universidades? ¿Nos puedes hacer una cronología?

Hay tres elementos que, yo diría, son claves. Uno es en la historia chilena: Juan Marconi. Pero Marconi insistió siempre en llamar Psiquiatría Comunitaria a su visión de acción en la base social. Por lo tanto, había una fuerte tensión en el interior del grupo de Marconi, en el sentido de si eso era Psiquiatría o era Psicología Comunitaria.

¿Pero se discutía?

Se discutió, porque ya existía y, de hecho, como Marconi va a EE.UU. y conoce en Nebraska las experiencias de la reforma Kennedy, los centros de salud mental, la descentralización del hospicio, la regulación del gran hospital psiquiátrico. Los centros de salud mental... eran centros de salud mental comunitarios situados al interior de las poblaciones, no por un problema de locomoción o de tránsito de la familia, sino por actuar proactivamente al interior

de la transformación de la vida de esas personas en su comunidad. Producían transformaciones en el ámbito cultural sobre la enfermedad mental para facilitar la reinserción del sujeto, sin desarticularlo de lo social.

Entonces, claramente, eso era Psicología Comunitaria. Entonces, las revistas que teníamos eran de Community, que generaban fuerte debate. Pero al estar inserto en la Facultad de Medicina era Psiquiatría Comunitaria. Marconi ve la solución a eso en los 70 y le dio un enfoque comunitario, prefería llamarlo comunitario, acción comunitaria. Había también en Chile una larga tradición de trabajo social campesino influenciado por la Iglesia Católica y por la experiencia rusa. Creo que también por la Democracia Cristiana, algunos de cuyos integrantes después pasaron a ser MAPU, de trabajo también en desarrollo local, con alguna inspiración freudiana... por ejemplo, cuando estuvo Paulo Freire, pero se llamaba trabajo social comunitario, no Psicología Comunitaria. Fue en aquel momento que apareció la Psicología Comunitaria.

¿De qué año estamos hablando?

Estamos hablando de los años 68-69, Psicología Comunitaria en esos años. Juan Marconi la institucionalizó, sin embargo, como Psiquiatría Comunitaria, a pesar de que ya durante la UP hablaba de trabajo comunitario, para unir tanto trabajo social, que ya se conocía desde el desarrollo campesino, y el que había conocido de la experiencia con los mapuches, y este otro tipo de servicio.

La gran novedad fue durante el gobierno de la Unidad Popular, y después casi lo logra con el ex Presidente Augusto Pinochet, cuando le asignan el área sur de Santiago a Marconi, como área de demostración del modelo comunitario, pero se llamaba modelo comunitario, ya no Psiquiatría Comunitaria, ni tampoco Psicología Comunitaria.

Esa tensión que señalas ha cruzado la historia, porque son los seguidores de Marconi los que se hacen cargo del Ministerio de Salud. Ha cruzado hasta hoy día la historia. De modo que, todavía, en el Ministerio de Salud las tensiones son muy fuertes, si esto es Psiquiatría Comunitaria o Psicología Comunitaria. Esa tensión nunca resuelta que marcó Marconi, con el modelo maoísta, de que esto era comunitario en el sentido de que no había saber institucional, y que tenía que surgir el saber popular, se encontró mucho con la visión, diríamos, etnográfica mapuche, que también tenía Marconi.

Eso se resuelve en los 80, cuando definitivamente aparece en el escenario nacional, antes que los autores latinoamericanos, Escobar, la Psicología Social post-crisis del 1973, que había estado actuando en Chile, no muy descrita. En Chile, durante la Unidad Popular, hubo dos grandes encuentros de Psicología Social. Uno, particularmente en Viña del Mar, que está referido en el artículo de Ricardo Zúñiga. En ese artículo, la Psicología norteamericana da cuenta de esos hechos. Entonces, con Zúñiga precisamente, aparece la Psicología Social norteamericana, y ahí son claves, los doce libros de Zúñiga; las ediciones de Valparaíso. Aparece una Psicología Social que pensaba. Y en Chile esto se entroncó con la teoría de tendencias. Es fundamentalmente Psicología norteamericana, hay algunos autores latinoamericanos, más bien ensayistas.

Aparece una Psicología Social latinoamericana, de la cual se podría derivar una acción comunitaria de transformación, de cómo un pueblo decide transformarse a sí mismo. Eso alcanzó a ser pensado, pero yo diría que en los últimos seis meses de la Unidad Popular. Cómo una sociedad se transformaba a sí misma y en qué sentido. Aparecía ahí, Tyler, Escobar, y otro actor que no me acuerdo muy bien; también se conoció a otro autor, seguidor de Rotter, del locus de control, como núcleo fundamental, Salazar, que alcanzó a producir, por el año 76, el artículo “La mentalidad dependiente”. Se conoció a Salazar antes que a Maritza Montero.

Por eso es que los exiliados chilenos forman rápidamente la ALAPSO (La Asociación Latinoamericana de Psicología Social). Lo que se conoce en Chile y que comenzó a expresarse como Psicología Social Comunitaria, fue el impacto de esta Psicología Social progresista, post crisis, cuando los psicólogos, más bien de campo, deciden salir del laboratorio y responder a las demandas del Estado sobre los grandes problemas sociales, y eso entroncaba mucho con la mentalidad funcionaria que tenemos los psicólogos en Chile, de que si el Estado lo pide, está bien, está construido ya socialmente.

En 2004, había escuchado de Alipio Sánchez Vidal, que recién en el año 78-79, en un encuentro de estos organismos internacionales, por primera vez los psicólogos latinoamericanos se habían dado cuenta de que ellos estaban haciendo Psicología Comunitaria en sus prácticas. Lo que me interesa saber es ¿cuándo empezamos nosotros, cuándo ponen nuestras referencias, nuestra cátedra, cuándo empezamos a conversar de Psicología Comunitaria?

En 77-78, creo yo, empezamos. Por lo menos el material es harto mayor. Según la Facultad de Medicina había disminuido. Se comenzó a hablar de Psicología Comunitaria.

Como Marconi se había ido, cuando vuelve, estamos muy silenciosos. Ahí comenzó una labor de discusión, y se dan dos referentes que marcaron mucho: Maritza Montero e Ignacio Martín-Baró. Entonces comenzamos la labor de difusión de esto. Diría que, desgraciadamente, más hacia el sur que hacia el norte, o sea, desde la región Metropolitana hasta Temuco.

No al oriente de la RM.

Estamos trabajando los referentes del pacto social. Estamos apuntando al cambio del sujeto. Dejar que las contradicciones se agudicen porque sí, en un modelo que no tiene las posibilidades de agudizar sus diferencias, o te haces cargo de hacer algo por el control de abrir un local con desarrollo de bienes sociales. En los 80, aparece ya, claramente, diría que 78-79.

Tienen razón, o sea, en los congresos de Lima, es donde apareció la figura de Ignacio Martín-Baró y se conoció a Martiza Montero, ya en el congreso, no recuerdo bien el año. Este año se hace, en Cuba de nuevo, el congreso de la SIP, donde llegó un montón de gente. Ya en los años 77-78 estábamos disputando con la dictadura, en el Colegio de Psicólogos, la posibilidad de una reunión latinoamericana, sobre modificación del comportamiento con la Psicología Social. Y de ahí comienza esta recuperación y estos jóvenes psicólogos, que conocen eso, lo meten en todos los programas de desarrollo de los 80 en las ONG'S. Todos llegan con ese referente simbólico, con esa memoria institucional, a esta especie de archivo de memoria, de una Psicología Social posible comprometida con un proceso de cambio social. Los referentes del compromiso, los referentes de este tipo son centrales y entroncan muy bien, por eso que el peak que nunca hemos estudiado bien, el peak de la Psicología Comunitaria en su versión más latinoamericanista en Chile y no tan ligado a la visión estadounidense, que veo firme en nuestra tradición, más allá de que uno la comparta o no. Se produce en los 80, pero se produce por la institucionalidad ONG.

¿Cuándo aparece la primera escuela? Ahí hay disputas. ¿Cuál es la primera escuela que instala el curso Psicología Comunitaria?

La Universidad Diego Portales lo puso primero. El curso lo hizo Rubén Alvarado. También casi en los mismos años, debe haber sido como en los años 84-85, la Universidad de la Frontera y la Universidad Católica.

En la Universidad Diego Portales se introduce en 1983, así que no pudo haber sido antes de eso. Pero no tengo la noción de que haya habido antes de eso Psicología Comunitaria. Desde los años 85-86-87 hicimos el primer curso de Psicología Comunitaria. Los primeros procesos de formación en enfoque comunitario son de Max-Neef.

No obstante, la Psicología Comunitaria se instala en las mallas recién desde la década del 90 en adelante. Se fue detectando que había un espacio y dos referentes. Además de la posibilidad de intervención. Entonces empezaron a buscar rápidamente elementos comunes y la necesidad de dar cuenta de la tradición histórica, olvidando, muchas veces, o mistificando, la tradición histórica nacional. Con buen sentido y amplificando la visión histórica de la comunidad, que también está un poco amplificada.

En relación con la formación profesional y la tensión entre una formación clínica en contraposición con una social o comunitaria, ¿habría que separar la formación y hacer una escuela de Psicología Social aparte?

Tengo la impresión de que en Psicología esa decisión habría que haberla tomado hace cinco años atrás, y ya no la tomamos, para variar.

Yo tenía la impresión de que había que tener escuelas de Psicología Social específicamente, y de formación más psicosocial y con no más de un año en común, y hacerlo así. Tengo esa impresión, pero ya no lo hicimos, y el problema es que ahora, dada la situación de la seguridad ciudadana, en la medida en que la misma, por su visión más integral, incluye los grandes procesos de marginación, los grandes procesos de exclusión social laboral, sobre todo, o educativa. Incluye la transformación de la familia y la mujer, el desamparo en la socialización tradicional de los niños pequeños, la aparición de una suerte de amenaza anómica juvenil, la pauperización de sectores sociales que no logran calificación para la transformación del mercado laboral, en la medida en que está bastante claro el delito, que era lo que estábamos persiguiendo antes. Todo va a ir hacia allá, y si todo va a ir a parar allí, muchos jóvenes que he entrevistado en el último tiempo, trabajadores, me dicen: “yo me alegro de no haber dejado tan de lado la formación clínica”, porque intervención en crisis, escucha del dolor, aparece ahora coherente.

Entonces, claramente, estamos apuntando a esta primacía, hacia un modelo de formación socio-clínico o clínico social.

Volvemos a esta veta histórica, de que, en definitiva, el tema de la salud mental ha sido siempre prioritario en Chile. Lo que pasa es que, en algún momento histórico, las coordenadas de la transformación política, el carácter político de los tiempos, hicieron que la salud mental pudiera ser conceptualizada en los 70, en los 60 con Juan Marconi y con la reforma agraria y en los 80 con la Iglesia y la restauración democrática, pudiera ser estructurada en un proceso de gran transformación social, donde el cambio era individual. Lo grupal familiar, las pautas culturales de convivencia cotidiana, podrían ser enmarcadas en un gran proceso histórico de transformación. El problema es que hoy día el gran proceso histórico de transformación es cómo nos integramos al mundo desarrollado haciéndola cortita, digamos a la chilena, y entonces, dentro de eso, los grandes intelectuales que cultivamos son todos críticos, lo cual es paradójico. Mira tú la cátedra presidencial, la de la Presidencia de la República. Los grandes pensadores que vinieron aquí a Chile a aconsejar: Saramago, Darío Fo. Si tú ves, hoy día en la plataforma de Darío Fo, como alcalde de Milán, dice: “Si ustedes esperan que yo sea moderado, están perdidos, no soy moderado. Los moderados son los que están siempre al centro, son los que no les queda la contaminación ambiental, yo no soy moderado”.

Tenemos esa vieja situación del impacto en la subjetividad, de la sociedad que se soñó y nunca se construyó, que influye y que, diríamos, está como sueño en los procesos de formación. Yo creo que los procesos de formación van a seguir estructurados en torno a la demanda. Es la salud mental chilena la que no ha logrado soportar el peso de la transformación y, por lo tanto, ahí deberíamos trabajar. Yo apostaría que si Michelle Bachelet desea generar una mejor colaboración entre esta Psicología Social confusa, y a veces perdida frente a los cambios sociales

del país, pero con una gran voluntad de apoyar el proceso de instalación sólido de la democracia y de la justicia social, de esta famosa igualdad de oportunidades, debería encaminar a alguna mujer o a algún joven talentoso que esté dispuesto a transformar radicalmente la institucionalidad de la salud mental en Chile.

En la línea de la relación entre las políticas sociales y la Psicología Comunitaria se plantea una tensión permanente, se ha planteado que la focalización atenta contra el trabajo comunitario. ¿Cómo ves la relación entre política social y Psicología Comunitaria? ¿Es posible una Psicología Comunitaria al margen de la política social?

Uno podría pensar que con el peso, no menor, de la población mapuche en Chile, podríamos tener una Psicología Comunitaria al estilo de la peruana o de la boliviana, como existía en los 80 en Chile. Existía, pero con un carácter todavía muy controlador, policial. Lo que hace que todo pueda ser visto como secuelas del autoritarismo. Si seguimos teniendo como enemigo interno a los mapuches, no hay una Psicología Comunitaria al día, posible de desarrollarse. Y lo más probable es que lo que más se haya logrado sea desarrollar una suerte de, todavía al margen de la Psicología, trabajo de intervención o de transporte en el área de la medicina, la educación, en el área, incluso, de las técnicas de la revolución tecnológica e informática del país. Los psicólogos están trabajando, por ejemplo, la digitalización del idioma mapuche. Quizás sea lo más que se pueda hacer, una especie de Psicología Comunitaria de la diversidad cultural. Pero, en torno a la emergencia en el campesino, como uno lo ve en Cochabamba, en el Perú, es menos posible.

En el tema de la desigualdad social no veo ninguna posibilidad. Si la política social chilena se desmonopolizara y probablemente Sebastián Piñera estaba más dispuesto a desmonopolizarla o privatizarla, claro, pero no a convertirla en una sociedad civil.

Si la política social chilena y sus enormes recursos financieros, que son verdaderamente enormes, lo cual implica, como dice el politólogo, separar la Concertación del poder, va a ser más difícil que separar la Iglesia del Estado. No es que la concertación sea el PRI, pero se parece. Si se entregara a la sociedad civil y a sus agencias, si hubiera un acuerdo social, pero así como están no salvan mucho. Pero si a antes de la sociedad civil se les entregara buena parte de los fondos, de los recursos, con garantías distintas para los profesionales, a las regiones, como no lo hizo el grupo que decide (Ominami, Foxley, Aninat, Velasco, etc.), creo que podríamos pensar en una Psicología Comunitaria que imponga algunos elementos de política social. Tal como está ahora, altamente centralizada, no lo veo posible y, por lo tanto, lo que tendríamos que tener es una mayor visibilización de la Psicología Comunitaria en una suerte de lobby, frente a los intelectuales que asesoran las políticas sociales de gobierno.

Entonces uno podría confiar, pero necesitamos que alguien se instale en salud definitivamente, un equipo sólido. Necesitamos que la Psicología Comunitaria, en una suerte de lobby político, y sobre todo preservando el capital de experiencia que se ha desarrollado, porque ustedes estarán claros de que en todo lo que hemos hablado de la formación, de los consensos, como la gente de servicio país, el capital es volátil y se evapora por lo que hay una gran rotación, se ha producido banalidad y, en muchas partes, la gente no está expresando todo lo que sabe, se está más bien encargando de ver cómo consigue ir para el evento final del programa de televisión Rojo VIP. Es decir, el colegio, que ahora parece que está reemergiendo, debiera pedir trámites de pasantía, unas veinte becas de pasantías en Psicología Comunitaria, en muchos lugares de América Latina y Europa, de EE.UU., para ver cómo compatibilizamos las experiencias. Deberíamos tener intercambios de equipos, sustentabilidad de equipos, compromisos para mantener los equipos, no podemos estar esperando.

El trabajo comunitario es el mayor incendio forestal del país, produce una mayor quemazón de profesionales posibles, tanto educadores como psicólogos y trabajadores sociales. Es muy directo en los ojos del drama, es muy estar en la línea de fuego, muy fustigado por supervisores idiotas de la cadena de ineptitud del gobierno. Entonces... me parece que hay un gran tema ahí, en las políticas sociales... La concertación termina tres gobiernos, piensen en la relación del ex presidente Ricardo Lagos con los jóvenes, no hay relación más fría, más autoritaria, más pinochetista que la de Lagos, todo un autócrata. Por ejemplo, la tragedia de Antuco, casi cincuenta muchachos muertos por bajar con polera en tormenta, el Instituto Nacional de la Juventud castigado por hacer un afiche en donde mostraba un milímetro de glúteo.

Por último, nos parece interesante abordar la distinción entre intervención psicosocial y Psicología Comunitaria. ¿Es importante hacer esta distinción? ¿Tiene efectos prácticos o es algo netamente academicista?

Yo creo que la Psicología Comunitaria, con el paso del tiempo, es el telón de fondo sobre el cual se contrastan las distintas modalidades de intervención. Con respecto a las cuales hemos tratado de construir en Chile una suerte de integración de planteamiento. Yo creo que la Psicología comunitaria es el telón de fondo, más bien un sentido de expansión de memoria histórica, y de visiones socio-políticas. Pero lo que predomina hoy día es la intervención. Hay una suerte de modelo criollo en donde está lo que tú llamas redes, habilidades sociales, amplificación socio-cultural. Lo que pasa es que la intervención social en Chile no es un cóctel, le tiene que llegar pisco, si es un pisco sour. Y qué es el pisco: el enfoque de redes, con una gotita de cacao, de género, digamos, para que le dé sabor más actualizado, más de cambio cultural, enfoque de redes. Pero no puede dejar de llevar limón, porque es lo que le da la fuerza:

esas son las habilidades sociales. Pero la yema del huevo, le da un brillo, un color, una cosa distinta. Entonces le metes un poquito de ampliación sociocultural, y eso que no te pilló el jefe, como la tesis de Carolina Saavedra, es que tenga que ver con tu historia, como estipula. O sea, el psicólogo comunitario es un barman, en ese espacio de creatividad. En general, diría que intervención es técnica. Desgraciadamente, en Chile, es la parte que veo más grave de construcción del problema. Aunque, en general, en Chile el problema es por destape, por alguna crisis, por alguna situación de los involucrados, de los actores sociales que emergen, como el mundo gay, como el mundo de la mujer y del maltrato. En ese Chile, nosotros no estamos preparados para participar en la construcción del problema como actores sociales relevantes, salvo como epidemiólogos psicosociales, demostrando casuística colectiva, mostrando representaciones sociales distintas, luchando... Por ejemplo, la falla del apoyo social hace que los chicos fracasen en la escuela, pero no tenemos el rol de los grandes constructores del problema. Entonces trabajan en las líneas paradigmáticas, en el esquema ese de las líneas de la acción, pero no en la construcción del problema. La construcción del problema en Chile, la tiene monopolizada el Estado. El Estado decide ahí y la visión de intervención que hay en él, es la visión de intervención de Frank C., de Fontaine, de la gran inversión con rentabilidad. Por lo tanto, el Estado privilegia las miradas del Ministerio de Hacienda, las miradas económicas, y de ver con qué éxito se puede intervenir en esto, no me vengan a hablar del desgaste profesional de Burnout. No tienen técnicas para resolverlo. Creo que, en la parte intermedia, en la parte de la construcción institucional de la jerarquización de las respuestas, de la jerarquización de la primera demanda, qué se va a hacer, qué sujeto va a surgir más allá de reparar el supuesto daño, ahí tenemos muy poca participación. Entonces nuestra intervención social, tiende a tener esta relación, a veces tremendamente ambivalente y contradictoria, con un telón de fondo de

Psicología Comunitaria, hecho sobre una memoria no terminada de construir con referentes simbólicos o imaginarios, muy de deseo en torno al gran cambio social, pero que no ha generado, que no ha cristalizado en un cuerpo propio. Seguimos considerando la intervención como intervención sociológica, porque aquí hay un río, hace falta un puente, y para el puente hay que especular acerca de cuántos clavos va a tener, cuánto cemento se va a invertir, cuál es la fuerza de la corriente...no hay pensamiento todavía, no hemos terminado.

Jaime Alfaro

La entrevista será estructurada alrededor de dos puntos: por una parte, las transformaciones de la Psicología Comunitaria desde los 90 en adelante y, por otra, la Psicología Comunitaria en la actualidad. Estos son los dos grandes tópicos que vamos a abordar. En relación con el primero: ¿cuáles han sido las transformaciones que, a su juicio, se han dado en las prácticas de intervención y cuáles han sido los modelos teóricos de referencia?

Una idea de suma importancia para entender el origen y el desarrollo de las prácticas de intervención comunitaria en el país, ha sido el constatar que, no obstante los antecedentes que estas prácticas tienen en Chile de fines de los años 50 y 60, así como de los 70 y 80, las mismas son reconocidas como actividades profesionales de la Psicología y como especialidad profesional, referidas, recién durante los 90, a la Psicología Comunitaria o intervención psicosocial.

En los 60 hay una serie de experiencias valiosas de intervención comunitaria, interesantes, aportes relevantes, sin duda, como la de Weinstein, por ejemplo, o las de Marconi, que incluso tienen la potencialidad de ser internacionales en la materia.

Estas experiencias surgen, en particular, en paralelo con los desarrollos ocurridos en los países centrales. Si uno revisa la historia y hace los cruces con el desarrollo de la Psicología o Psiquiatría Comunitaria, en EE.UU. y en Europa, estas experiencias nacionales nacen con alguna autonomía y con aportes propios y cierta diferenciación; quiero decir que no solo son una copia de la Psicología Comunitaria norteamericana o de los países centrales. Chile posee fuentes propias, con énfasis propios, incluso con ribetes de aporte. Hay aspectos de Weinstein y Marconi que contribuyen significativamente a las ideas que circulaban en esa época. O experiencias gloriosas, como las de los 80 en Chile, de psicólogos comprometidos con la lucha antidictatorial, que trabajaron en semejantes condiciones. Algunos de estos trabajos han sido destacados y quizás no sistematizados, pero, por lo menos, en la práctica concreta ha habido muchos aportes propios y distintivos.

Pero no obstante la riqueza de estas experiencias, ellas no dejan de ser puntuales, gloriosas, pero específicas, no reconocidas por el *establishment* o por la institución universitaria a cargo de la formación en Psicología. Antes de los 90 no existía un reconocimiento formal de estas prácticas y, por tanto, no tenían cabida, ni estaban instaladas en los currículos formativos ni eran reconocidas como campo de especialización de la Psicología.

Recién después de los 90, debido una serie de transformaciones fuera de la Psicología, que tienen que ver con la importancia central que empiezan a adquirir las dimensiones subjetivas y psicosociales en la comprensión e intervención en problemas sociales y, por consiguiente, en las políticas sociales, en las estrategias de desarrollo social que subyacen a estas, comienza a demandarse la incorporación de profesionales psicólogos en los programas y proyectos destinados a abordar interventivamente estos problemas sociales. Antes de esto estas

dimensiones, también llamadas intangibles, no eran consideradas, y tampoco miradas como relevantes para comprender la superación de estas problemáticas.

En estos cambios ocurridos en la conceptualización base de las políticas sociales ocupan un espacio importante los cambios y ampliación de la noción de pobreza. La pobreza empieza a ser vista no solo como un problema económico y social, y se le van incorporando otras dimensiones, más de tipo cultural, relativa a los contextos micro sociales en los cuales ella se da. En relación con ello, se generan programas y respuestas frente a los problemas sociales que demandan la participación de nociones y habilidades propias de la Psicología y de los psicólogos.

Dicho de otra manera, las prácticas de intervención psicosocial y comunitarias comienzan un proceso de institucionalización a raíz del dinamismo que genera el surgimiento de programas sociales para abordar problemas de esa índole, o dimensiones psicosociales de los mismos, que instalan la demanda de cuerpos técnicos y la necesidad de insertar a los psicólogos en el quehacer y en las prácticas interventivas de estos programas.

La demanda de profesionales para el abordaje interventivo de los problemas sociales, jerarquizados por esta nueva generación de políticas sociales, provoca que, gradualmente, las escuelas de Psicología incorporen en su currículum las primeras cátedras destinadas a la formación en estos campos, conceptuados, desde los equipos académicos, como Psicología Comunitaria o como Intervención Psicosocial. De tal manera que entre los años 94 y 96 surgen los primeros e incipientes gérmenes de un currículum psicosocial, como parte de las mallas básicas y estándar de formación de pregrado de psicólogos en el país.

Podríamos situar en este hito el nacimiento propiamente tal de la Psicología Comunitaria o la Intervención Psicosocial en el país. Recién ahí empiezan a amalgamarse las prácticas de

intervención que ya venían desarrollándose, con estas nuevas prácticas institucionales disciplinares y de formación. Antes eran experiencias que hacía un psicólogo “a nombre de” ciertas referencias, no siempre a nombre de la Psicología Comunitaria. Por ejemplo, un dato importante para considerar es que la primera vez que aparece la noción de Psicología Comunitaria en el país es hacia fines de los 80, cerca del 90, tomado de Maritza Montero, quien comenzaba a difundir esta noción en los circuitos académicos de la región.

Entonces, si queremos revisar el desarrollo de la Psicología Comunitaria desde los 90 en adelante, una primera idea necesaria de hacer notar, es que la Psicología Comunitaria se constituye como especialidad de la Psicología propiamente tal, en esa década, y más específicamente, a mediados de ella, como fruto de la articulación entre la inserción de psicólogos en programas sociales, y la instalación de instancias y espacios de formación universitaria básica, a través de nuevas mallas curriculares que reconocen el campo e integran temas psicosociales y comunitarios.

Luego, es también importante en este recorrido por la trayectoria de las prácticas de intervención psicosocial durante los 90, reconocer como un hecho central que este desarrollo ha estado marcado por las lógicas técnicas y de estrategia que portan las orientaciones que subyacen a los programas sociales de las nuevas políticas sociales.

Se da una paradoja que es interesante observar: el mismo dinamismo que permite reconocer y validar estas prácticas, en sus inicios en referencia a la Psicología Comunitaria y como planteamiento genérico de la misma, llevarlo a las aulas e instituciones universitarias, es el mismo que trae aparejado el surgimiento gradual, cada vez más relevante, de nuevas prácticas de trabajo que provocan el alejamiento de las orientaciones indicadas desde la referencia a la Psicología Comunitaria tradicional, utilizada generalmente en la época.

La lógica de las políticas sociales instalada a través de los programas sociales y de abordaje de problemas psicosociales, generó también otras prácticas que se alejan de la idea genérica de la Psicología Comunitaria como práctica que actúa en los colectivos, en torno al cambio de las relaciones sociales, que incorpora la participación como tema central y que aborda los problemas sociales, integrando, de manera protagónica, los sujetos, diluyendo así la separación entre interventores e intervenidos.

Quiero decir que justamente este dinamismo que instaló la Psicología Comunitaria en las mallas, gradualmente ha ido instalando prácticas en donde los diagnósticos de los problemas vienen desde fuera, en los cuales no se incorpora la comunidad o, si se lo hace, es de una manera muy leve, con el foco de intervención puesto en el individuo, sin entender los problemas en los contextos comunitarios, sin integrar a la comunidad sino al sujeto afectado, o sea, al sujeto que porta el problema. Se actúa, de alguna manera, desde la carencia.

Al referirnos al proceso de desarrollo de las prácticas de los psicólogos en el marco de los programas sociales durante los 90 y en adelante, debiéramos distinguir, como característica central, la gradual instalación de formas de trabajo que diluyen las orientaciones tradicionales de la Psicología Comunitaria y fortalecen otras prácticas basadas en estrategias más dirigidas y poco participativas, convirtiendo así este nuevo campo de especialización profesional de la Psicología en un quehacer tensionado, plural y diverso en donde conviven estrategias disímiles que no siempre corresponden a aquellas que colocan el énfasis principal en la generación de actoría y protagonismo de los sujetos afectados por las problemáticas abordadas, haciendo aconsejable utilizar una denominación más genérica para referirse a este campo, en el cual quepan estrategias diversas, tal como ocurre al utilizar la denominación Intervención Psicosocial.

Si miramos lo que sucede en el marco de los nuevos programas de Salud Mental, de Prevención de Drogas, de Pobreza, etc., surgidos en la época, cada vez con mayor dinamismo, encontramos que, desde los 90 en adelante, el centro de las práctica de los psicólogos en el abordaje de problemas psicosociales no es solo la clásica estrategia comunitaria propia de la Psicología Comunitaria, sino el desarrollo de estrategias dirigidas, usando la clasificación de Marisela Montenegro, que conviven con algunas prácticas participativas que sí corresponden más a la Psicología Comunitaria clásica, así como otras que Montenegro llama Intervenciones Situadas, que reconocen y dan centralidad a las significaciones y proceso de producción de conocimiento local.

Dicho esto desde el análisis de las tradiciones de trabajo en intervención social, que presento en el libro *Discusiones en Psicología Comunitaria*, podríamos precisar que durante los 90 y en adelante, mayoritariamente se desarrollan prácticas de la tradición o modelo de Competencias, junto a prácticas, aunque en menor medida, correspondientes a la tradición de Amplificación Sociocultural, así como también, en una menor medida, otras vinculadas a los temas de redes y, más que nada, a la Ecología Social, siendo escasas y muy puntuales aquellas correspondientes o referidas al modelo Red de Redes, muy distinto de lo ocurrido antes de los 90, en que las prácticas interventivas en que participaron psicólogos fueron básica y principalmente de Amplificación Sociocultural, o con fuerte énfasis en la participación.

¿Cómo sitúas desde las prácticas estos dos ordenamientos conceptuales? ¿Cómo ves el desarrollo académico de la formación del psicólogo comunitario?

Constato un tremendo desfase entre el quehacer o las orientaciones surgidas desde los programas sociales de los 90 en adelante que, por una parte, colocan el centro de la intervención en los individuos con el propósito básico de la Integración Social, y, por otra, una Psicología

Comunitaria académica en la cual se da un tremendo peso, muchas veces central e incluso único, al cambio social, al protagonismo y actorización de los miembros de la comunidad en donde se implementan las intervenciones. En relación con este desfase me hace mucho sentido el trabajo de María Isabel Reyes.

En otras palabras, un desfase y un vacío técnico surgido desde el desencuentro entre las prácticas guiadas de acuerdo con las orientaciones surgidas o portadas por los programas, con énfasis en temas como habilitación, resiliencia, desarrollo de habilidades, integración social, etc., y la formación y desarrollo de profesionales psicólogos para el trabajo en intervenciones desde paradigmas muy lejanos a estas orientaciones técnicas, que distinguen más bien dinamismos comunitarios, que ponen el acento en el desarrollo de conciencia en los participantes y que buscan, ojalá, una autogestión de los programas.

Este desfase y tremendo vacío técnico, entre la formación habitual de los interventores psicólogos y las demandas que realizan los programas, explica, a mi juicio, el gran malestar, la incomodidad que normalmente vivencian los psicólogos en sus inserciones en programas. En general, los psicólogos mejor formados en Psicología Comunitaria están muy incómodos en las políticas sociales, en los programas que son los espacios reales de operación de la Psicología Comunitaria. Están muy molestos, no están en su lugar, a diferencia de otros que vienen recién llegando, que tienen menos formación, que han llegado por razones laborales más que opcionales.

Creo que aquí hay un gran tema necesario de abordar, estudiar y modificar. Me refiero a buscar los puntos de enlace entre las demandas técnicas concretas que emanan de los programas y las capacidades efectivamente formadas y desarrolladas en los profesionales desde las instancias docentes y académicas. Mi impresión es que ambos planos, el de los programas y el de

los procesos formativos, están aún muy lejanos y la potenciación y proyección de la especialidad profesional exige procesos de investigación y desarrollo formativos que permitan el diálogo e inter influencia de ambos planos constitutivos y determinantes de las prácticas interventivas de los psicólogos en problemáticas psicosociales.

¿La diferencia se marca de los 90 en adelante, o desde ese momento hasta la actualidad se observa este desfase?

Durante los 90, los temas de Infancia, Salud Mental, Discapacidad Psíquica, Embarazo Adolescente, en fin, el trabajo en Pobreza estuvo muy orientado por esos modelos. Cerca de 2000 empiezan a agotarse, comienzan a aparecer otros conceptos que abren nuevas posibilidades, que generan contextos favorables para impulsar intervenciones de tipo sociocultural. y se dan mayores condiciones para hacer una Psicología Comunitaria más clásica. Estos conceptos como “Capital Social”, vulneración de derechos, empoderamiento, empiezan a ser recogidos, valorados y tomados en cuenta desde los 2000 en adelante, dando más importancia a lo colectivo. Son temas vinculados con la crítica a la Focalización como estrategia de abordaje de la pobreza, que no considera ni permite tener en cuenta dimensiones propiamente comunitarias. Comienza a valorarse la dimensión comunitaria, como un plano que integra dinámicas colectivas, que va más allá de lo psicosocial, lo psicológico y social, por separado.

En los gobiernos de la Concertación, a fines del gobierno de Frei y comienzos del de Lagos, aparecen categorías que abren más posibilidades o al menos más esperanzas. Avanzados los 2000, empiezan a emerger categorías como las de “Vulneración de Derechos”, superando —o al menos diferenciándose de— categorías como “Vulnerabilidad” que, junto a Factores de Riesgo, Habilitación, señaladas, hegemonizaron y coparon el registro analítico de problemas y

fundamentación de programas antes del 2000, lo que permite integrar dimensiones de lo colectivo, del sistema social como un todo, de los sistemas locales y de la cultura local.

¿Actualmente, se difuminó, recicló o perdió aquella noción más clásica de cambio social, utilizada por la Psicología Comunitaria?

El cambio social es una noción genérica que tiene distintas aproximaciones. Detrás de todos los modelos desarrollados en el campo de la intervención social, siempre está presente, en distintas formas, la referencia al cambio social y, por tanto, siempre se incluye, de una u otra forma, algún tipo de planteamiento respecto de él.

En algunas de estas aproximaciones, lo social es integrado diluidamente, como en los modelos de la tradición de Competencias, en los cuales es visto como ambiente y/ o entorno del individuo, reconociéndosele el espacio de proveedor de recursos, o como factor de estrés y, en esa medida, como factor de riesgo que incide sobre el equilibrio del sujeto y por ese medio participa en la generación de disfunciones o alteraciones.

En modelos como estos, el énfasis para la generación de cambio está puesto en los individuos, en la intervención y generación de cambio de los recursos cognitivos o de las habilidades de los sujetos para manejarse en lo social, en el entorno, sin excluir la posibilidad de actuar sobre ello para generar cambio en los individuos. Lo social se concibe como un plano dado, no construido, objetivado, pero igual se lo concibe y considera, aunque secundariamente, en el cambio que persigue la intervención.

El cambio social, en el modelo de Ecología Social, por poner otro ejemplo, está concebido como la dinámica sistémica de interdependencia entre los componentes que hacen parte del todo sistémico, en donde participan los contextos, escenarios, límites, redes de intercambio, recursos personales y sociales, que generan, mantienen, incrementan y / o reducen

una situación problema. Por tanto, en esta perspectiva el cambio social refiere a la superación de las dinámicas de disfuncionalidad, o la incapacidad del todo sistémico para funcionar armónicamente, proveyendo los recursos necesarios, que impiden el surgimiento de un problema social específico.

En estos modelos no es que no se considere el cambio social, si no que más bien se lo entiende como un cambio de la funcionalidad sistémica, y no de relaciones sociales, como en la mirada de la Psicología Social Comunitaria Latinoamericana, modelo que suele verse como el más expresivo y representativo de la Psicología Comunitaria tradicional, no distinguiendo ni haciendo notar que es uno, entre varios otros, que ha sido desarrollado o utilizado como recurso posible de ser usado en la instalación de intervenciones.

En la tradición de la Psicología Comunitaria Latinoamericanas, es donde está más instalada la noción de cambio social que resalta el cambio de la estructura social. En las relaciones sociales es donde lo social adquiere mayor centralidad, y se constituye como campo conformado por relaciones sociales de poder desde donde se conforma la realidad social.

Para esta aproximación, la noción de cambio refiere a la superación de las condiciones de control social e invasión cultural, a través de la potenciación y actorización de colectivos, toma de conciencia o problematización de las conciencias por medio de la construcción de relaciones sociales de diálogo, concebidas como alternativas y antagónicas a las relaciones sociales de control y dominación, en donde radicaría el origen de los problemas.

Hoy, en las prácticas que realizamos en el país, creo que ha perdido centralidad el uso de una noción de cambio desde las relaciones sociales; a lo más, se ha dado relevancia a las estructuras culturales, en la última generación de programas de intervención, como en los programas de abordaje de la pobreza, o en los trabajos en abusos sexuales con menores en

condiciones de riesgo, pero solo en programas de innovación y más bien con carácter de experiencias piloto, recién en emergencia y aún no consolidados como estrategia de trabajo generalizada.

Solo en algunos programas, y en ningún caso en la mayoría, se podría decir que hoy las políticas sociales reconocen e intervienen en dimensiones culturales y, menos aún, resaltan y valoran las relaciones sociales de diálogo y/o poder. Es decir, el cambio social como cambio de estructura social, como lo definen Freire y Maritza Montero, no tiene la presencia que tenía en los 60 u 80 en el trabajo de los psicólogos insertos en el abordaje de problemas sociales.

¿Se ha ido perdiendo, en el espacio de formación académica, en el diseño de mallas curriculares, ese origen vinculado a componentes ideológicos, políticos y, asimismo, se ha ido tecnificando?

Sí, así ocurre en cierta forma en la experiencia de Valparaíso, realizada por el equipo de Psicología Comunitaria de la Universidad de Valparaíso. En la formación en el magíster, se ha ido incorporando gradualmente más tecnología, se ha puesto más énfasis en la entrega de recursos para el trabajo de los psicólogos en contextos de servicios o programas sociales; en temas de planificación social, de manejo de la política social como lógicas necesarias de considerar en la organización de las prácticas.

Y eso también desde fines de los 90 y también en el 2000. Se ha ido enriqueciendo la formación con otros conceptos, pero durante los 90, en la formación primó básicamente el uso de nociones generadas desde la Psicología Comunitaria Latinoamericana, y las herramientas y nociones de planificación social eran anexos, complementos, cuestiones secundarias.

Todavía no se enseña, con plenitud, la gama de recursos conceptuales disponibles por la Psicología Comunitaria. No conozco, hasta donde llegan mis conocimientos, experiencias de

formación en modelos sistémicos, no creo que se enseñe Psicología Comunitaria ecológica, por ejemplo. Se sigue, todavía, con algunas referencias genéricas de la Psicología Comunitaria Latinoamericana, que continúan siendo hegemónicas en la formación de los psicólogos. La incorporación de estas categorías nuevas es gradual y no siempre viene desde la Psicología Comunitaria misma. Los psicólogos adquieren formación en temas como el empoderamiento, capital social, desde fuentes vinculadas al ejercicio de la política social, pero creo que aún no está en Psicología Comunitaria el centro de las propuestas formativas universitarias de las mallas curriculares.

¿El concepto de Intervención Psicosocial viene a suplir algunos aspectos de la Psicología Comunitaria? ¿Son conceptos complementarios o distintos?

Todos los conceptos son llenados de sentido desde los procesos de debate que ocurren en el mundo universitario. Quiero decir que, a mi modo de ver, la noción de Intervención Psicosocial es un concepto en construcción, y que aún no termina de consensuarse una acepción única del mismo, coexistiendo todavía perspectivas diferentes al respecto.

En un sentido, la noción de Intervención Psicosocial, en cuanto supone la diferenciación y distinción de planos distintos; lo “psico” y lo “social”, podría concebirse o suponerse vinculada con un encuadre ambientalista, en cuanto separa y distingue lo individual de lo social, lo “psico”, de lo “social, dándole a este un carácter de entorno, o medioambiente. Correspondería, por tanto, esta denominación a la Psicología Social Clásica, la vertiente norteamericana, de la Psicología Social, en cuanto refiere a una perspectiva en que lo psicológico y lo social están separados.

Desde ahí uno puede pensar que la referencia a Intervención Psicosocial no es neutra, expresaría una perspectiva paradigmática, portando, por tanto, una concepción teórica particular y, asociado a ello, estaría vinculada también a una determinada estrategia de intervención. Pienso

que debido a ello se le ha dado la connotación o referencia a una forma de intervención que no pone acento en los procesos colectivos–comunitarios de construcción social de realidad; una concepción en donde lo social es visto como dado y no construido. Los enfoques psicosociales estarían de este modo más cercanos al abordaje no participativo, a los enfoques que Marisela Montenegro distingue como Intervenciones Sociales Dirigidas, aquellos que no ponen énfasis en las dinámicas culturales, comunitarias, en las relaciones sociales.

En los encuadres más socioculturales, más próximos a perspectivas como la de Amplificación Sociocultural, lo psicosocial como categoría no tiene cabida, no aparece, no es distinguido, ni concebido. Desde estas perspectivas se distingue la subjetividad, no como plano o dimensión individual, sino como construcción resultante de las relaciones sociales. No hay separación entre lo individual y lo colectivo, entre la subjetividad y la sociedad. Los procesos subjetivos, representaciones sociales, discursos, se conciben más bien como un momento de construcción de lo social, como un plano articulado en una misma dinámica relacional. A ello me refiero con que la categoría “psicosocial” supone o porta una determinada perspectiva, paradigmática y teórica, y ello con implicaciones metodológicas o interventivas.

Pero también, en la práctica concreta, en los usos habituales que se da al término en el medio académico y profesional, es común que esta noción sea concebida como un paraguas más genérico que refiere a prácticas interventivas de los psicólogos en problemas sociales, con aproximaciones diversas. Es decir, la Intervención Psicosocial sería una referencia genérica al conjunto de las aproximaciones de intervención desde la Psicología, en donde caben las aproximaciones objetivistas, como el trabajo en Apoyo Social, así como las culturales sistémicas: trabajo en redes o Ecología Social y, por cierto, también perspectivas tradicionales como la Psicología Comunitaria, que también suele usarse como referencia genérica a estas prácticas

interventivas, junto a otras aproximaciones sociocríticas, como la Psicología Social Comunitaria, la Amplificación Sociocultural, entre otras.

La Intervención Psicosocial sería la forma que se utilizaría para denominar ampliamente la especialidad profesional de los psicólogos, la cual surgida de la inserción de estos en programas sociales destinados a intervenir, preventiva y promocionalmente, en problemas sociales, o más precisamente, área profesional de la Psicología especializada en la intervención en dimensiones psicosociales de los problemas sociales. De manera que se trataría de una denominación muy vasta, que integra y refiere a la amplia gama de perspectivas de modelos, técnicas y estrategias para la intervención de los psicólogos en problemas sociales.

Ahora bien, usar y llamar a esta especialidad de la Psicología, en plena emergencia, Psicología Comunitaria, tal como ocurrió y sigue ocurriendo, me parece un tanto limitante y, en cierta forma, inapropiado, en cuanto esta perspectiva, la de la Psicología Comunitaria en general, y particularmente la lectura que de ella se ha hecho desde los desarrollos latinoamericanos, refiere habitualmente solo a parte de las aproximaciones posibles o disponibles para realizar y fundamentar intervenciones, que no integra fácilmente otras de base paradigmática diferente.

Si restringimos la acepción Psicología Comunitaria solo a desarrollos, de base paradigmática sociocrítica, como la Psicología Social Comunitaria o la Amplificación Sociocultural, resulta más adecuado e interesante usar Intervención Psicosocial, por su amplitud, la cual permite reconocer la gama de modelos y formas de intervención posibles en el campo.

Sin embargo, si asumimos una acepción abierta de la Psicología Comunitaria, en que ella se reconozca multiparadigmática, en construcción y no solo referida a desarrollos y planteamiento formulados desde los años sesenta, en donde quepan y sean reconocidos los desarrollos

sistémicos o socio cognitivos, por ejemplo, sería interesante y adecuado referirnos a este campo profesional desde la noción Psicología Comunitaria.

Mi opinión es que podemos usar tanto Intervención Psicosocial como Psicología Comunitaria, siempre y cuando ello permita reconocer la heterogeneidad y características multiparadigmáticas de las aproximaciones disponibles dentro de este campo profesional de la Psicología especializado en intervenir en problemas sociales.

En todo caso, aquí hay una tarea aún pendiente. Debemos construir una denominación para este campo, o especialidad profesional, que sea consensual y dé cuenta de su real ámbito de acción y que reconozca que él se encuentran tensionado desde abordajes diversos y plurales paradigmáticamente.

¿Qué se está haciendo ahora, qué modelos teóricos, qué prácticas está utilizando?

Un tema importante de señalar es que sabemos poco de lo que se hace en la práctica comunitaria. Conocemos muy poco acerca de lo que ha ocurrido con las prácticas interventivas surgidas desde los 90, cuando proliferaron programas en torno a la tercera edad, salud mental, embarazo adolescente. Sabemos que se generaron espacios de acción de los psicólogos en programas sociales, pero ese proceso no ha sido suficientemente observado, conocido, estudiado, ni tampoco fundamentado y acompañado de procesos formativos.

Hay que pensar, por ejemplo, que la formación especializada de postgrados recién parte en los 2000 y que la primera incorporación de cátedras de Psicología Comunitaria o de Intervención Psicosocial en las mallas, es de alrededor de 1995. Vale decir que tenemos apenas diez años de reconocimiento formal desde las instituciones universitarias a través de la incorporación en las mallas, y cinco años de formación especializada de postgrado. Es muy poco tiempo para la generación de cuadros técnicos especializados en este campo profesional.

Aún no ha llegado el momento de poder hacer un seguimiento, de tener un conocimiento cabal, un ordenamiento y una orientación más clara de las prácticas de los psicólogos en programas sociales preventivos promocionales. Sabemos poco. Actualmente, los psicólogos, y es una tarea pendiente, tenemos que investigar, sistematizar una mayor cantidad de datos. Hasta ahora solo tenemos los estudios realizados hacia fines de los 90 por Mariane Krause, y después no hay nada más hasta el trabajo realizado en la Universidad de Valparaíso, y el que hizo Carolina Saavedra en su tesis de Magíster. No hay mucho más. Lo demás son reflexiones especulativas, sin datos empíricos, como el análisis que yo hice de la relación entre prácticas interventivas y políticas sociales en los 60, 80 y 90.

Lo que se observa, desde las miradas no sistemáticas, y desde los pocos datos que antes señalaba, es que el trabajo de los psicólogos insertos en los programas están, en general, dirigidos a grupos específicos definidos en torno a sus déficit, sus carencias, en los cuales, los procesos de organización comunitaria, de activación de recursos comunitarios no son la norma, siendo lo habitual el uso de nociones como la de habilitación de sujetos individuales, estando el trabajo orientado al sujeto carente para dotarlo de ciertos recursos y hacerlo competente.

Son pocos los programas en donde se desarrollan estrategias comunitarias y de empoderamiento de colectivos. La mayoría de las experiencias, hasta donde podemos estimar, están dirigidas y operan sobre sujetos individuales, dejando de lado totalmente el cambio en los contextos sociales y relacionales donde surgen los problemas.

¿Y las intervenciones más sistematizadas, se realizan dentro del aparato del Estado? ¿Son posibles fuera?

No se puede ser categórico en este ámbito. Si uno revisa empíricamente las prácticas, incluso las realizadas antes de los 90, se advierte que la Psicología Comunitaria siempre, en

Chile al menos, y tengo la impresión de que también la mayoría de las experiencias internacionales, casi en su absoluta mayoría, fueron efectuadas en el marco de la acción estatal. Incluso, las experiencias privadas, como las de las ONG's, de alguna manera también fueron y son influenciadas por la acción del Estado, es decir, financiadas o como complemento de la acción o el encuadre de las orientaciones de intervención generadas desde el Estado.

Ahora bien, las políticas sociales son diversas, van cambiando de época en época y también están tensionadas relativamente durante un mismo periodo histórico. No es lo mismo una política social en torno a las políticas universales de los años 60 que una política focalizada en los 80 o una selectiva como la de los 90 en adelante. Pero siempre ha sido en torno al Estado, incluso la experiencia de los psicólogos comunitarios durante la dictadura, no es en torno a este, pero de alguna manera lo es alrededor de las ONG's, como lo planteo en el libro *Discusiones*, las cuales actúan en nombre del Estado, de ese Estado capturado, tomado, secuestrado por la dictadura. En cierta forma, el trabajo de las ONG's era financiado y se orientaba justamente a remplazar al Estado en aquello que no hacía debido el contexto autoritario de la época; y, en ese sentido, podríamos decir que buscaban suplir, de alguna manera, la función estatal ausente, pero guiadas por un interés público.

Las prácticas de intervención en dimensiones psicosociales de problemas sociales, como entiendo la Psicología Comunitaria o la Intervención Psicosocial, en cuanto abordaje preventivo-promocional de los problemas sociales, deben necesariamente estar fundadas en el interés de un ente colectivo o actor social preocupado del desarrollo social, y es por ello que el principal y más habitual actor que les da fundamento material y técnico es el Estado.

Quizás se podría pensar que detrás de la acción interventiva que implican estas prácticas siempre existe un tema de responsabilidad social. Quiero colocar el tema de la responsabilidad

social para considerar que también en este marco pueden existir otros organismos sociales, que no sean el Estado, como una alternativa para el desarrollo de la intervención social. Sin embargo, de todas formas ello siempre ha sido, hasta ahora, marginal, y en forma alguna constituye la base desde donde se pueda concebir el sostén de las intervenciones sociales preventivas promocionales ante los problemas sociales de una sociedad determinada.

No es concebible, hasta ahora, una Psicología Comunitaria o una Intervención Psicosocial al margen de las políticas sociales. Las prácticas de los psicólogos insertas en los programas sociales están, por definición, condicionadas por las políticas sociales y estas últimas no solamente son una posibilidad, sino que son el contexto del quehacer de estas prácticas.

Y algo muy central. Ellas no constituyen solamente el contexto material, sino que son también un importante, aunque no exclusivo, determinante ideológico y técnico, de estas prácticas, reconociendo, por supuesto, que una política social siempre presenta diversidad y matices como expresión de las tensiones y luchas que se entrecruzan en el mismo Estado.

Pero lo que quiero resaltar es que la política social como marco institucional para las prácticas de intervención que realizamos los psicólogos en nombre de la Psicología Comunitaria o de la Intervención Psicosocial, no son solo un marco material, sino que son, básicamente, un marco técnico e ideológico, por cuanto ellas portan una concepción de las causas de los problemas, una noción de cómo se resuelven y se interviene y una idea de cambio. No podemos imaginar nuestras prácticas interventivas al margen de esas políticas. Quizás, desde una posición crítica, resistente, siempre debamos considerar ese marco que entrega la política social.

¿Crees que los cuerpos académicos se nutren o incorporan las políticas sociales en los espacios de formación de los psicólogos?

Creo que gradualmente se ha ido incorporando la dimensión política social cada vez más en la formación de nuestros profesionales. Se ha ido incorporando, modernizando, adaptando esta formación a las demandas y contextos reales y concretos que enfrentan los psicólogos en los programas sociales. Se han ido, asimismo, agregando tecnologías vinculadas al diseño de proyectos, a los marcos lógicos, a la planificación, todo lo cual ha sido más fuerte que la incorporación de una reflexión acabada sobre las políticas sociales y sus lógicas de organización. Creo que en lo académico no está suficientemente instalada la necesidad de reflexionar sobre las políticas sociales, en cuanto psicólogos que trabajan y habitan esas políticas. Pienso que en lo académico deberían tener mucha más fuerza, mucho más espacio, mucha más concentración los temas de las políticas sociales. Los psicólogos comunitarios debieran ser una suerte de expertos en políticas sociales. Creo que los académicos no han integrado aún suficientemente la centralidad de pensar, comprender, discutir y desarrollar planteamientos ante las políticas sociales. No he realizado una revisión completa de las mallas, pero tengo la impresión de que normalmente no se pone el acento en los procesos de formación.

¿Qué pasa con la evaluación de las prácticas? ¿Cómo se mide el impacto de lo que se está haciendo, la propia evaluación, los instrumentos que se utilizan?

La política social ha avanzado muchísimo en términos de evaluación. En los 90, a medida que empezaron a proliferar programas, la política social sufrió una revolución. Surgió una nueva institucionalidad en torno a las políticas sociales. Grandes sectores: juventud, mujer, tercera edad, han emergido, se han ido fortaleciendo. Han aparecido nuevas líneas programáticas como la de droga, violencia, etc. Ha habido una tremenda transformación y gradualmente ha ido desarrollándose, junto a eso, una necesidad de evaluar esas prácticas. Las políticas sociales cada día se evalúan más, no todo lo necesario. Hoy existe un programa de la DIPRES dedicado

centralmente a evaluar una parte importante de estos programas; y cada vez más, todos los años se incorporan nuevos que son evaluados, y ello se toma en cuenta para la asignación de presupuesto.

Pero, no creo que haya una línea de evaluación específica de estas prácticas de los psicólogos en programas sociales. Existen tecnologías, recursos. La evaluación de proyectos es un área de desarrollo de la intervención social, existiendo alternativas de corte cualitativo y cuantitativo; evaluación de procesos, de resultados, de impactos, etc. Hay recursos, algunos más de corte cualitativo, como la sistematización. Son menos utilizadas las evaluaciones iluminativas, pero también existen y están disponibles como recursos.

Tenemos tecnología y herramientas, pero no hemos evaluado ni sistematizado nuestras prácticas, no estamos en condiciones de dar cuenta de una evaluación de resultados, de logros, de procesos en las prácticas específicas de los psicólogos en los programas sociales.

¿Cuál es tu opinión de futuro acerca de las prácticas y formación académica de la Psicología Comunitaria?

Tengo esperanzas en los desarrollos formativos generados a partir de los magísteres surgidos desde el 2000 en adelante. Recién están operando tres en el país. Seguramente van a surgir otros en los próximos años. Esto permitirá mejorar la producción de cuadros técnicos de un nivel más avanzado, lo que posibilitará, a su vez, el surgimiento de reflexiones nuevas y evaluaciones más específicas sobre las prácticas. También permitirá, me imagino, producción, desafíos o proyectos de producción y discusión conceptuales. Por ahí se abre una veta.

Pienso que por todo lo anterior, la Psicología Comunitaria dará saltos; quizás se diversificará su capacidad técnica, en la medida que se cuente con cuadros técnicos de mayor formación. Si te fijas, son acotadísimos los cuadros técnicos formados a nivel de postgrado en

Psicología Comunitaria que circulan en el país. Hay mucha gente formada a nivel doctoral en Psicología Social, pero en Psicología Comunitaria propiamente tal son muy pocos. Hay escasez de cuadros técnicos especializados. La producción que generen los magísteres va a permitir una mejora en ese campo.

Por otro lado, las transformaciones de la política social, dependiendo de las circunstancias políticas que se generen, puede ser que abra espacio técnico para una mayor diversidad en la gama de alternativas paradigmáticas posibles de usar en los programas. Puede ser que se generen cambios en las estrategias dominantes en políticas sociales que permitan mejores posibilidades para la instalación de estrategias más diversas.

Hasta ahora, el énfasis de las políticas sociales ha estado puesto en perspectivas tales como vulnerabilidad, en tanto noción para entender los problemas sociales. Dependiendo de las dinámicas políticas, puede que se abran nuevos escenarios en relación con la incorporación de la dimensión participación, de la intervención en sujetos colectivos, que haga más necesario y relevante trabajar en comunidad. Hay señales que permiten moderadas esperanzas de que ocurran algunos cambios, tales como el surgimiento de conceptos como el de Capital Social, el de Vulneración de Derechos, etc. O la consideración de dimensiones culturales de exclusión en el abordaje de problemas sociales.

Al menos vislumbro que, en los próximos años, vamos a tener mejores recursos técnicos como para fortalecer más la Psicología Comunitaria y que estamos abiertos a las dinámicas que van a surgir de las políticas sociales. Quizás estos cuadros técnicos, la diversificación de los mismos, nos permitan iniciar, y es el principal desafío de futuro para la Psicología Comunitaria, la toma de posiciones frente a la política social y asumir posturas analíticas, investigativas y participativas en debates técnicos de las políticas.

Nosotros, hasta ahora, hemos jugado roles de “operador”. En la medida en que diversifiquemos nuestra capacidad técnica, quizás podamos interlocutar con la política social, demandar, dar cuenta, recoger, usar lo acumulado en Psicología Comunitaria. Poner en el debate conceptos generados desde las prácticas de la Psicología Comunitaria, como el del empoderamiento, redes, significación y problemas sociales.

Una idea clave es que las prácticas de los psicólogos en programas sociales, reconocidas como especialidad de la Psicología, están recién naciendo desde mediados de los años 90. Si asumimos esta idea, debemos asumir que llevamos recién diez años de desarrollo. Es poco y, por lo tanto, está todo por construirse, recién están las bases mínimas de instalación. Existe la Psicología Comunitaria, tiene centros y líneas de formación, está instalada como un espacio legítimo dentro de la formación estándar en Psicología. Tenemos formación de postgrado. Ahora viene un proceso abierto y que posee una probabilidad de desarrollo positiva. Existen mejores condiciones.

Mariane Krause

Para comenzar esta entrevista, nos gustaría abordar las transformaciones de la Psicología Comunitaria desde los años noventa hasta la actualidad, tanto en el ámbito de las prácticas de intervención, como en el de las prácticas académicas. ¿Cómo lo ves tú?

En cuanto al tipo de intervención, yo creo que se ha seguido la línea del proceso de institucionalización, que se inició con los noventa. Una de las cosas que aparecen, como conclusión, en el libro *Intervenciones Psicológico-Comunitarias en Santiago de Chile*, que editamos junto con la colega Andrea Jaramillo, es que hay una suerte de institucionalización

distinta de la Psicología Comunitaria en Chile, lo cual es obvio y tiene que ver con el paso desde lo extragubernamental a lo gubernamental. Todos conocemos la historia de esa Psicología Comunitaria, primero ligada a la iglesia, a las ONGs, etcétera, que después pasa a ser asumida institucionalmente por el Estado chileno.

Me tocó estar en el extranjero desde el 87 hasta el 91, y eso me inspiró para que publicáramos este trabajo, porque me di cuenta de que algo había cambiado profundamente en la Psicología Comunitaria chilena. Al principio fue casi una sorpresa, porque estaba acostumbrada a la Psicología Comunitaria marginal, artesanal, alejada de los currículos universitarios. Esto de volver del extranjero y ser contratada para hacer un curso de Psicología Comunitaria fue una tremenda sorpresa y un momento inspirador. Creo que desde entonces la Psicología Comunitaria estuvo fuerte e institucionalmente presente en el sistema de salud, fortaleciéndose, cada vez más, a través de los centros de salud.

Pero lo nuevo de estos últimos años son las intervenciones en Psicología Comunitaria desde el gobierno; esa es la novedad de este milenio, algo que no aparecía antes. Son intervenciones que, si bien vienen del gobierno, no están a cargo de una institución específica, sino que son licitadas. Y es a partir de este esquema, que las ONGs antiguas, algunas de ellas actualmente bajo el nombre de “Consultoras”, encuentran, asimismo, un espacio para sus acciones de intervención. A mí me ha tocado participar en cuatro de estos proyectos de intervención comunitaria licitados por el gobierno, en particular, desde el Ministerio del Interior. Son proyectos ligados a los temas de violencia, seguridad ciudadana, consumo y/o tráfico de drogas, sobre todo. Esas son las temáticas, y están focalizadas en poblaciones, llamémosle, de alto riesgo, pobres y con altos índices de violencia. Si bien estos temas son tradicionales, los proyectos han tenido un enfoque, en cierto sentido, de vanguardia (aunque relevan conceptos

antiguos de la Psicología Comunitaria). Así, los temas han sido fomentar la participación, empoderar a la gente, fortalecer la organización comunitaria, las redes sociales y organizacionales, fomentar que los ciudadanos se re-apoderen de los espacios públicos, para arrancárselos al narcotráfico, a la violencia y volver a conquistarlos para la vida cotidiana comunitaria. Esta ha sido la inspiración de estos proyectos y, sin duda, ha sido una tremenda oportunidad para nuestra subdisciplina (la Psicología Comunitaria).

¿Es un periodo acotado o gradual? ¿Se podrá considerar el 2000 como un hito?

Yo creo que, más o menos alrededor del 2000, empiezan a haber estas iniciativas impulsadas desde el gobierno y pienso que tiene que ver con —lo que finalmente es el gatillo— el tema de seguridad ciudadana. Es decir, los temas de seguridad ciudadana habían estado ligados más bien a algunas organizaciones independientes del gobierno; yo vi de cerca el proceso y tengo la impresión de que, de pronto, el gobierno no pudo ignorar más el tema, por muy “colonizado” que estuviera —por decirlo de alguna manera—, porque es importante para la ciudadanía, y políticamente importante y que, obviamente, iba a estar sobre la mesa para las siguientes elecciones, como de hecho lo estuvo, y lo hemos visto en los medios de comunicación todo este tiempo. Entonces, creo que, bien tardíamente, cuando ya era inevitable, el gobierno se hace cargo. Pero, y eso es importante reconocerlo, lo hace de buena manera porque, en vez de entrar en una lucha con las instituciones que ya estaban realizando encuestas e intervenciones, como, por ejemplo Paz Ciudadana, se alía con ellas. Yo viví muy de cerca esos procesos y me consta que es así. Se creó la División de Seguridad Ciudadana dependiente del Ministerio del Interior, y el Gobierno se alió con Paz Ciudadana, que tenía la experticia, para muchos efectos. Además, invitaron a muchos investigadores e intelectuales de las Ciencias Sociales y el Derecho

(entre los primeros, yo misma), a participar tanto de los proyectos de intervención como de la generación de una Política de Seguridad Ciudadana para Chile.

Se formó una mesa de expertos, se consiguió financiamiento del BID para intervención y para empezar unos proyectos que, en ese momento, se llamaban “Intervenciones en Barrios Vulnerables”. Me tocó trabajar en uno de ellas, en la población La Victoria, durante dos años y medio. Ahora el programa se llama “Barrio Seguro”; así lo bautizamos en el segundo de los proyectos en que participé. Después de estos recursos de inicio se formuló un tremendo proyecto que tiene muchos aspectos distintos, incluye la Psicología Comunitaria, pero también otros temas como el trabajo de las policías, por ejemplo. Para ello, el gobierno consiguió un tremendo préstamo del BID y, obviamente, donde hay plata hay proyecto, hay que rendir, hay que evaluar, etcétera. Ese ha sido, entonces, el boom de los proyectos de intervención comunitaria de la primera década del 2000.

Antes de ese proceso que describes, el rol del psicólogo comunitario estaba más desperfilado, no había muchas alternativas de trabajo y se orientaba más, como lo planteas en tu libro, a intervenciones individuales. ¿Estás de acuerdo o crees que eso tiene sus matices?

A ver. Yo creo que las dos realidades coexisten en este minuto. Coexiste la realidad que consigna este libro de que la Psicología Comunitaria es la que se hace desde consultorios y desde otras instancias más pequeñas. La Psicología Comunitaria, si la entendemos sin un sesgo individualista, tiene que ser a mayor escala, pero para poder hacerla de este modo necesitas más recursos; necesitas, además, una población relativamente delimitada que vaya a ser tu destinatario, etcétera. Yo diría que mucho de lo que se hace en los centros de salud es de inspiración comunitaria, pero no es una intervención comunitaria propiamente tal en la que uno toma un barrio entero y dice: en este barrio entero, en todos los niveles que sea necesario, con

todos los actores, incluyendo intervenciones en términos de espacio físico, que es lo que se hace en todas aquellas de las que hablaba antes. O sea, de hecho, nosotros contratamos un arquitecto, por ejemplo, esas cosas son novedosas para Chile y entretenidas. Pero en los consultorios también pasan cosas interesantes. Allí está la idea de la participación, del empoderamiento, se llegan a formar monitores en salud, se hacen grupos de autoayuda, pero lo que es más novedoso, porque además muestra una desestigmatización de los problemas psicológicos, es que pueda haber una suerte de grupo de voluntarias, que son personas con problemas de salud mental o que han tenido problemas de salud mental y que, a su vez, hacen de voluntarias, eso es fenomenal. Hace poco me tocó un trabajo de una de mis alumnas del magíster que estaba apoyando, asesorando, a uno de esos grupos; eso es interesante.

Un tema que nos parece interesante abordar es la distinción entre intervención psicosocial y Psicología Comunitaria. ¿Es importante hacer esta distinción, tiene efectos prácticos o es algo netamente academicista?

Yo creo que estamos hablando de niveles distintos. Creo que todas las intervenciones que se hacen conceptualmente desde la Psicología Comunitaria son psicosociales, ese es el mega-concepto. Ahora, la intervención psicosocial como concepto es neutra, por lo tanto, bajo ese alero conceptual uno puede hacer intervenciones psicosociales inspiradas en el concepto de la Psicología Comunitaria, buscando el desarrollo de las comunidades, o realizar cosas terribles como intervenciones autoritarias, represivas, que igual se llamarían psicosociales en términos de qué es lo que abordan. Entiendo la Psicología Comunitaria como una subdisciplina de la psicología, que se hace parte de una modalidad de intervención que es la intervención psicosocial.

Entonces tú no haces la distinción entre una suerte de intervención psicosocial, como una forma de intervenir sobre los individuos con menos participación. Según Montenegro, sería una “intervención dirigida” versus otra que es más participativa, que trabaja más en colectivos más asociados a los contextos, que se incorpora mucho más a la comunidad y que refleja más el paradigma latinoamericano.

Son cosas de nombre, el cómo uno quiera usar uno u otro. Puede ser legítimo usar esos nombres para hacer esa diferenciación; yo, en realidad, no la hago, porque pienso que la expresión intervención psicosocial en sí misma es neutra; es como decir intervención psicológica, intervención médica, puede haber formas de intervención psicosocial mucho más inspiradas en la Psicología Comunitaria como pueden darse otras que estén inspiradas en una lógica más individualista.

Podríamos decir que no es una discusión tan relevante el hacer estas distinciones ¿no?

Yo no la encuentro tan relevante.

En otro tema, según tu experiencia ¿cómo ha evolucionado la Psicología Comunitaria en el ámbito académico?

En esta universidad, como en todas las demás, la Psicología Comunitaria quedó proscrita, o mejor dicho sin ocasión de desarrollarse en Chile, durante todo el periodo de la dictadura, y eso pasó también con otras disciplinas. Ciertas temáticas, llamémoslas “progresistas, en un concepto muy amplio”, implicaban cambios sociales que eran tremendamente amenazantes para el gobierno militar. Ahora, nuestra generación de psicólogos comunitarios se desarrolló y aprendió en ese contexto y no en otro; quizás por eso la sorpresa, cuando cambiaron las condiciones contextuales. Habíamos aprendido una Psicología Comunitaria con un tinte político, medio clandestina, que funcionaba al margen de la institucionalidad, y eso marcó la concepción

de nuestro quehacer. Aún así nos especializamos, varios nos fuimos al extranjero, yo misma me fui a Alemania e hice un doctorado en psicología clínica y comunitaria que era lo que quería, con mucho trabajo comunitario, y ahí aprendí una Psicología Comunitaria mucho más institucionalizada, y que existía en todo tipo de organizaciones: de gobierno, extra gobierno, fundaciones, pero también había como una red psicosocial en todas las comunas, un montón de cosas que acá no existían. Y ahí me acerqué a la noción de que la Psicología Comunitaria podía ser de otra manera, y que cuando es de esa otra manera no es necesariamente un grupo de “rebeldes” de pasada que están trabajando en contra del gobierno, sino que es una cuestión donde se dice: “bueno, acá queremos hacer un trabajo para mejorar las condiciones de vida de la gente, y esa es nuestra especialidad, para eso estamos”. Y al volver a Chile, en un contexto político distinto, era inconcebible que una universidad que se considerara seria, y una escuela de psicología que se considerara seria, con un currículo que pretende ser más o menos homologable a otros internacionales, no incorporara la Psicología Comunitaria como disciplina.

La Psicología Comunitaria, no sé si les pasa a ustedes o en otras universidades, siempre está un poquitito en la mira, como que fuese menos científica, como que fuese más intervención que ciencia. Claro, depende de qué entendemos por ciencia; ese es otro tema. Yo diría que hay que cuidarla siempre, porque en cualquier reforma curricular no faltará algún grupo de expertos en otra subdisciplina que se le pueda ocurrir que la Psicología Comunitaria es irrelevante, o que podría ser prescindible.

¿Dónde viene el dinamismo que instala la Psicología Comunitaria?

Hay una parte que viene desde dentro, en el sentido de que habían personas formadas que, a pesar de las condiciones adversas, habían logrado una experiencia tanto en intervención en el país, como en formación en el extranjero. Ya a principios de los noventa, cuando volví, diría

que había un boom de lo psicosocial, algo así como el deseo de reparar una deuda histórica y, así, se hicieron cambios curriculares en algunos currículos de psicología (entre ellos el nuestro) que tuvieron un énfasis en lo psicosocial. Esa tendencia se revirtió posteriormente, con el auge de lo cognitivo y, ahora último, de las neurociencias. Pero, en ese entonces, a principios de los noventa, había que reparar una deuda y había que repararla en todo el país, porque había quedado como ámbito de acción bastante proscrito y era preciso retomarlo. Afortunadamente había gente formada, esa fue la gran ventaja, de lo contrario la historia hubiese sido distinta.

Y eso tiene que ver con la formación que recibiste en Alemania, más institucionalizada de la Psicología Comunitaria, e incluso se habla de la psicología en servicios públicos, a diferencia de una Psicología Comunitaria Latinoamericana menos institucionalizada. ¿Cómo ves tú esta distinción?

Hace poco tuvimos un psicólogo comunitario invitado, Raymond Lorion, y antes tuvimos a otro, Marc Zimmerman; ambos de EE.UU. Los dos están involucrados con la intervención, y tienen una mirada muy crítica de la Psicología Comunitaria norteamericana, diciendo que, en realidad, es una Psicología Comunitaria muy “de investigación de escritorio”, con el problema grave de no hacer intervención comunitaria. En particular, hablaban de la carrera académica norteamericana, con su elevadísima exigencia en términos de publicación, etcétera, la que es difícil de compatibilizar con una práctica comunitaria y que, por lo tanto, lo que había pasado con la mayoría de los académicos, es que se habían ido desvinculando de la práctica comunitaria. Lorion, ante esta realidad, con la frustración de este desarrollo a cuestas, se había ido de la psicología, para radicarse en una facultad de educación, desde donde podía hacer trabajo comunitario con los profesores jóvenes, a quienes destinó al desarrollo de un barrio pobre.

Eso pasa en el mundo: en las universidades empieza a ser difícil, acá en Chile mucho menos, y menos gracias a estos proyectos pagados e inspirados por el gobierno; pero, en otros países es súper difícil mantener las dos cosas a la vez, o sea, tener una carrera académica y, a la vez, estar haciendo intervención comunitaria.

Y estas tensiones entre los académicos, en la producción de los psicólogos comunitarios chilenos en general, ¿cómo lo ves tú?

Yo veo que hay algo de eso acá también, y por eso me di la larga vuelta por EE.UU., y hay un prejuicio incluso al interior de las instituciones. Como nadie es profeta en su tierra, durante mucho tiempo, acá en esta escuela, se decía “no, lo que pasa es que acá no hacemos intervención comunitaria”, hasta que tuvieron que darse cuenta de que había un grupo que sí la hacía y que llevaba mucho tiempo haciéndola. Pero no ha sido fácil incorporar esto, incluso a la autopercepción de esta escuela de psicología. Creo que en este minuto está claro, porque es demasiado evidente, pero hay colegas que no, que no hacen intervención, entonces se produce una tensión entre cuál es más Psicología Comunitaria y, de repente, unos desprecios mutuos también, o sea, que los que estamos más con la intervención, decimos que aquellos solamente investigan, y estos, por su parte, que a nosotros nos faltan los conceptos. Es una vieja disputa.

Algunos autores plantean un choque entre una Psicología Comunitaria más académica, que se funda en ciertos valores comunitaristas y plantea el cambio social, encarnada por las propuestas desarrolladas en Psicología Comunitaria en Latinoamérica, en contraste con una práctica de los psicólogos en torno a las políticas sociales que están más bien guiadas por una estrategia surgida desde una faceta liberal, centrada en el individuo, en la habilitación, en la integración al mercado. ¿Qué piensas tú de esa relación entre una psicología académica y un programa orientado por la política social? ¿Estarían en colisión?

Más o menos. Lo que yo estaba señalando, más bien tiene que ver con las prácticas de los psicólogos comunitarios. Algunos, dada su formación, llegan con todo un arsenal, más de investigación que de intervención, y terminan dedicándose a eso. Y cuando hay poca comunicación entre unos y otros, por supuesto que es problemático. Porque, lo que podría nutrir a la Psicología Comunitaria, finalmente, termina en un divorcio raro en que uno no mira el trabajo que hace el de al lado. Pero, no haría la distinción en relación con estos programas impulsados por el gobierno, de los que les estaba hablando, porque creo que estuvieron, al comienzo, carentes de concepto; estaba solamente la idea de hacer algo y con la avidez inicial se adoptaron muchos conceptos de la Psicología Comunitaria y, en particular, de la Psicología Comunitaria latinoamericana. Porque acá, además, hay que pensar que los que hacemos este tipo de intervención, y hay hartas acá en Chile que están aconteciendo paralelamente, somos varias universidades, varias ONGs o Consultoras o Consorcios entre varias Consultoras o entre Consultoras y universidades. Y hay distintas etapas de intervención, con distintos énfasis, algunos más sociales, en la línea de la promoción o de la prevención y otros más individuales, en la línea remedial.

Tú no reconoces ese polo más focalizado en lo individual como lo plantean estos autores. ¿Hay más diversidad, dirías tú?

Sí, exactamente. Hay algunas que se plantean mucho más como intervención secundaria y terciaria, por ejemplo, en el ámbito de las drogas y, claro, eso es tener un foco más individual, porque se trata de darles tratamiento a jóvenes que tienen adicción y, de alguna manera, insertarlos socialmente. Pero hay otros proyectos, en los cuales he trabajado, que no tienen ningún sesgo individualista, o sea, tú no trabajas con individuos, excepto en tanto su rol de

líderes, o porque son parte de una organización, pero no te metes con los problemas individuales; entonces ahí yo no veo ese sesgo.

Y, no lo veo, te repito, porque en esas intervenciones no había conceptos previos en el sentido de un sesgo individualista. Entonces, nosotros incorporamos a estas intervenciones los conceptos de la Psicología Comunitaria, que era lo que sabíamos; conceptos latinoamericanos, más vinculados al cambio social, pero tampoco en el sentido más antiguo del concepto de “cambio social estructural”, porque, mal que mal, estábamos trabajando al alero del gobierno.

Lo que sí hicimos, y mucho, fue cambiar las relaciones sociales y las estructuras existentes en las comunidades locales en que trabajamos y, a veces, en su relación con instituciones sociales y con el gobierno.

¿Y en eso las políticas sociales del 2000 en adelante serían más propicias para incorporar este tipo de contenidos?

No son todas las políticas sociales, sino estos proyectos en particular. Otras políticas o proyectos sociales tienen un sesgo mucho más tradicional, individual y asistencial. Entonces, los diferentes tipos de proyectos coexisten.

En la línea de la relación de las políticas sociales con la Psicología Comunitaria, se plantea una tensión permanente, se ha planteado que la focalización atenta contra el trabajo comunitario. ¿Cómo ves la relación entre política social y Psicología Comunitaria?

Creo que la implementación de las políticas sociales es peligrosa cuando se establece una relación demasiado directa entre individuos o familias con una determinada institución y no se pasa a través de organizaciones propias de la comunidad, porque, al final, se desempodera a las personas en vez de empoderarlas, se les quita fuerza en vez de dársela, y la intervención se transforma en una cuestión asistencialista. Muchos programas sociales han trabajado así, han

convocado más a personas o familias que a organizaciones o comunidades y, por ende, son cuestionables y criticables en ese punto. No es que a las personas individuales estos programas no le aporten; sí lo hacen, por ejemplo cuando obtienen apoyo económico o capacitación, pero se destruye algo que es muy importante en la sociedad, que es la posibilidad de que la gente, por sí misma y con sus recursos, pueda crear algo, que al final es lo que se sostiene en el tiempo, más que el hecho de recibir algo y que después los “benefactores” se vayan. Entonces, creo que muchos de los programas que llevan más tiempo existiendo adolecen de ese problema; no así estas intervenciones nuevas, porque en ellas no se da nada directamente... eso es lo interesante, sino que lo que se hace, es tratar de fortalecer las comunidades.

Y lo otro que atenta contra el trabajo comunitario, cuando la focalización implica más bien categorías sociales y no poblaciones, barrios o comunidades específicas —que es la crítica que hice antes—, es que no haya territorios acotados y definidos para la intervención. Creo que no se puede hacer una buena intervención comunitaria si uno no acota una población definida, delimitada y que, además, sea una población real, conformada por un grupo de individuos con una trayectoria, que están vinculados, que tienen redes, etcétera. Por lo tanto, si uno no trabaja con esas características, no va a haber realmente una intervención comunitaria como nosotros la entendemos, sino otro tipo de intervención psicosocial, pero que no fortalece la comunidad al fin y al cabo.

¿Y tú crees que la política social es neutra en esto, favorecería el trabajo con una comunidad real, territorial, cultural o al contrario la dificulta, o eso dependería de los programas?

Depende de los programas y de cuánto estos se vinculen con la autoridad política local, o sea, los programas que se bypassen las municipalidades y que no trabajan con los agentes locales cometen justamente ese error, pero los que sí intentan trabajar, como algunos de los

proyectos del CONACE, que sí intentan trabajar con los Municipios, bien o mal —es súper difícil trabajar con los municipios—, por lo menos trabajan con una población acotada y no cometen el error. El error se comete en tanto el programa focaliza en el individuo, o en un conjunto de individuos con una determinada problemática, pero desvinculándolo —conceptual y prácticamente— de su familia, de su entorno, de su grupo natural, de las autoridades políticas locales. Hay programas que cometen este error, y otros que no lo cometen.

¿Y tú crees que es la tendencia? Uno podría pensar que eso ha ido cambiando en el 2000.

Los noventa eran de una gran ignorancia en todas estas cosas, pero en el 2000 hay mucho más conocimiento de que puedes destruir redes sociales, de que la organización de la gente es importante.

Surge una serie de programas y servicios nuevos en el país, por ejemplo FOSIS, que no tienen referencia, que no han existido nunca. ¿Tú dirías que hay una maduración de las prácticas intervencionistas en el país?

Hay cosas bien bonitas. No sé si conocen las intervenciones de las que estoy hablando que son a las que estoy más vinculada. Llevo cuatro años en esto y ha habido una evolución también. En un principio, el primer proyecto era considerado “distinto” en cuanto a los conceptos de la Psicología Comunitaria involucrados: participación, empoderamiento, fortalecimiento de las organizaciones, de las redes, como modo de enfrentar los problemas de violencia, delincuencia, e inseguridad ciudadana, en general. Nos miraron raro y tuvimos algunos problemas al defender cuáles eran nuestros objetivos, porque eran poco tangibles. Para algunos es bastante poco tangible decir que vamos a favorecer la participación, las redes organizacionales. Después, se nos ocurrió la idea de que había que constituir una especie de foro, reuniones de coordinación, en que estuvieran todos los agentes de la comunidad presentes (tanto

externos como locales), y lo hicimos en La Moneda con todos los agentes que hacían algún trabajo comunitario en esa comunidad, que era nada menos que la población La Victoria. Participaban los dirigentes poblacionales, también la gente de los colegios, de los consultorios, y nos juntamos en La Moneda una vez al mes. Eso ya habla de madurez en la forma de entender las intervenciones, la participación y es una ruptura entre los roles de “agente” y “destinatario”. La cuestión es que ahora es obligación de las intervenciones comunitarias de este tipo, financiadas desde el Ministerio de Interior, constituir una “Mesa Barrial” (que es como se llama el Foro actualmente) en la que, de hecho, se juntan todos los actores sociales relevantes, que están haciendo algún tipo de intervención, sean de la misma comunidad o externos, y se discute y se toman las decisiones políticas. Esto suena muy bonito, no siempre la cosa es sin conflicto, pero se decantó; y así muchas cosas se adelantaron que ahora son obvias: ahora es obvio que no puedes llegar desde afuera y hacer una intervención sin sentarte, físicamente, a la mesa con la gente de la comunidad. Eso, como un pequeño ejemplo.

En relación con la formación universitaria, ¿qué piensas tú sobre la evolución de la formación, crees que está bien, que va por buen camino la formación de los cuadros técnicos de psicólogos comunitarios o hay inconvenientes?

Creo que necesitamos mucho una mejor formación. De partida, pienso que hay que crear puentes entre estas dos realidades: entre los que están haciendo investigación y los que están haciendo intervención. Incluso acá en Chile existe ese divorcio y también dentro de las instituciones. Por lo tanto, que uno pueda hacer intervención en verdad seriamente alimentada de elementos que son “científicamente sustentables”, avaladas por experiencias anteriores, evaluadas; en esto nos cabe una tremenda responsabilidad en formar a nuestros estudiantes en aquellas cosas que sabemos que funcionan. Uno tiene su marco ideológico, valórico, etcétera, y

es importante tenerlo, pero creo que la Psicología Comunitaria no debe funcionar solamente desde el valor de lo que se considera bueno; creo que debe funcionar también desde el conocimiento de que tal o cual cosa funciona o, si no, es sumamente irresponsable, desde el minuto en que tenemos recursos para hacer intervenciones, y a uno le cuesta, éticamente siento la tensión cuando estamos aplicando cosas que decimos “creo que va a funcionar, pero solo creo, no estoy 100% segura”. Y, de hecho, el gobierno, y ahí sí que puedo hacer la crítica, pone recursos para intervenir, pero muchas veces no pone recursos para evaluar, entonces esto es como “pan para hoy pero hambre para mañana”, porque si no podemos evaluar lo que funciona, entonces tampoco podemos diseñar, formar los cuadros técnicos, es complicado, se empiezan a dar palos de ciego.

¿Sería necesaria más producción de conocimiento y más cercanía con la comunidad?

Más producción de conocimiento, más cercanía entre esta producción de conocimiento y la aplicación del conocimiento, y más evaluación de las intervenciones, sobre todo lo último. Creo que los psicólogos comunitarios no tenemos la cultura que se tiene en algunas subdisciplinas de la psicología y en otras disciplinas en general, como la medicina, por ejemplo, donde más claramente se ve que los profesionales están ávidos de ver los nuevos tratamientos existentes y de saber cuáles son los estudios que avalan o no avalan tal o cual procedimiento. Bueno, nosotros tenemos que hacer lo mismo, no hay ningún argumento para decir que no es necesario, todo lo contrario. No tomar en cuenta la investigación, los resultados de evaluaciones de intervenciones anteriores, es súper irresponsable, creo que todavía estamos haciendo intervención comunitaria sumamente irresponsable, todos.

¿Cómo crees tú que está la producción empírica de datos en Chile, en relación con las intervenciones y producción conceptual? ¿Dónde ves los centros de desarrollo?

Creo que no hay mucha producción conceptual en Chile en Psicología Comunitaria. Hay algo, pero no mucho. Hay más en otros países latinoamericanos, pero también creo que no todo se debe producir en Chile, que existen conceptos en Psicología Comunitaria que todavía nos sirven y que nos son muy útiles, creo que no nos falta tanto la teoría, por lo menos las “grandes teorías”, como esto otro que decía antes, la evaluación muy específica, acerca de qué tipo de intervención que funciona o no funciona, lo que está a otro nivel, no al nivel de la teoría. Y acá no hay grandes centros, los psicólogos comunitarios hemos estado desperdigados, cada uno en su institución, haciendo sus cosas; además, se hace mucha intervención comunitaria desde gente que no es psicólogo y eso está bien, pero habría que compartir lo que se hace.

Tú nos planteabas que el Estado no pone suficientes recursos para realizar las evaluaciones de las intervenciones. Si estuviesen esos recursos, ¿tenemos los instrumentos para evaluar adecuadamente lo que estamos realizando?

Sí, en parte los tenemos y, además, se pueden desarrollar, eso no es tan difícil. No es una gran ciencia aplicar algunas encuestas u otros métodos para poder evaluar alguna intervención; y sí, eso está, el conocimiento técnico está. De hecho, nosotros, en la última intervención, queríamos hacer una evaluación pre-post, y no nos dieron recursos para eso, lo cual fue muy lamentable, teníamos un instrumento humilde, pero algo al fin, para evaluar lo que estábamos haciendo, y lo habíamos aplicado previamente en otra intervención, por lo tanto, teníamos con qué comparar.

Evaluaciones se hacen, pero más bien a nivel programático, se evalúa el programa ¿no?

¡Claro! Cumplimiento de objetivos, de metas, tareas, pero no de efectos o de impacto...

A nivel de las herramientas, una cosa más metodológica, más técnica, ¿qué requerimiento ves tú en la academia en tanto formación acerca de estos contenidos más técnicos?

Creo que el gran desafío para una institución de educación superior que quiere formar personas que hagan intervención y no solamente investigación, es que tiene que tener en su interior personas que hagan intervención. Es un asunto lógico, porque no puedes enseñar lo que no sabes, y la intervención definitivamente no se aprende en los libros; los libros pueden ser útiles, pero mientras tú no has pisado terreno, no has trabajado directamente, no puedes enseñarlo. Entonces, en este ámbito el gran desafío de las universidades es mantener este brazo en terreno, y mantenerlo a toda costa, lo que significa postular a proyectos, o financiarlos desde la universidad, pero dejar esa “pata en tierra”. Lo mismo vale para otras disciplinas también. Si no tuvieras personas que la ejercen, es lo mismo, tampoco podrías enseñarlas.

En relación con el futuro, creo que a los psicólogos nos falta bastante de análisis de los espacios y los entornos físicos, ¿cómo ves tú el tema del trabajo interdisciplinario?

Es esencial, absolutamente esencial, no sé si más o menos que en otras subdisciplinas de la Psicología. Sin embargo, para hablar de espacios o entornos físicos, necesitas de la noción de barrio, la que también ha sido cuestionada, porque hay comunidades independientes del barrio. Pero como sea, en Chile quedan todavía suficientes barrios propiamente tales donde trabajar. En un barrio hay dimensiones que se juntan, que van mucho más allá de lo psicológico o lo psicosocial: todo el tema del espacio físico, del espacio público, es muy importante; creo que una intervención seria tiene que hacerse, también, sobre esos aspectos, eso es muy importante. Y lo otro es que hay toda una dimensión de comunicación que escapa con creces de lo que es la Psicología Comunitaria. Hoy en día no trabajar con medios de comunicación me parece extraño, y todos los medios de comunicación posibles, que puede ser desde afiches y carteles, pasando por una radio o televisión barrial.

¿Podrías profundizar eso de “nutrir con conocimiento de calidad la formación”?

Claro, les dije que nosotros tenemos que hacernos de un pool de conocimientos que lleven el sello de “control de calidad”. El control de calidad lo da la evaluación y la investigación, las que, por lo demás, tampoco veo tan distintas: la evaluación es una forma de investigación.

Lo otro que es absolutamente esencial, y es un desafío permanente, es la influencia que nosotros tengamos en el nivel de las políticas públicas. Y eso significa, desde participar en la generación de políticas, como fue ahora en esta última experiencia que pude tener, hasta, y eso va junto, el que nosotros tenemos la obligación de meter en el lenguaje, en el discurso de los políticos, o de los que están en el gobierno, nuestros conceptos. O sea, nadie nos va a pagar por hacer nuestra pega si nosotros no logramos meter esos conceptos en los discursos; por eso me gustó tanto cuando escuché a Insulza hablando de empoderamiento en una inauguración de un parque en La Victoria, dije: “gol”, porque solo cuando ciertos conceptos pasan a formar parte del lenguaje, sobre todo de quienes toman las decisiones, tenemos un espacio para ejercer nuestra disciplina.

Quienes saben de empoderamiento van a preguntar...

Claro, además te van a decir, “lo que queremos son comunidades empoderadas” o “fortalecidas”, a pesar de que acá en Chile ese concepto alternativo es un poco más vago. Eso es muy importante, y es uno de los mayores desafíos. Hay que trabajar en este nivel del contexto político: uno tiene que entenderse también como alguien que ejerce influencia, y no ser víctima o dependiente del contexto, esperando “a ver si nos quieren o no nos quieren”; hay un claro rol de influir y generar toma de conciencia en las autoridades políticas o locales, hasta el gobierno central, de insertarnos, porque tenemos mucho que aportar desde la Psicología Comunitaria.

Georg Unger

La entrevista tiene que ver con dos grandes áreas: las transformaciones ocurridas en la Psicología Comunitaria desde los 90 en adelante y la Psicología Comunitaria actual. A su vez, cada una de ellas se cruza con dos dimensiones: las prácticas y el desarrollo académico. En la primera, la de las transformaciones, queremos saber tu opinión sobre las transformaciones que percibes en la Psicología Comunitaria desde los 90 en adelante respecto de estrategias, niveles de atención o de intervención, rol de los profesionales, modelos teóricos utilizados, incluso, niveles de satisfacción y de identidad ocurridos en las prácticas... Y lo otro, acerca de las transformaciones ocurridas en el ámbito académico en términos de formación, presencia en las mallas, desarrollos investigativos y conceptuales en la formación de postgrado y también respecto de la construcción de conocimiento a través de las prácticas.

Desde mi perspectiva, las transformaciones han sido bastante profundas. En principio, por razones históricas y socioculturales. En un artículo que escribí en 1992 sostenía que no era apropiado pensar el desarrollo de la perspectiva comunitaria en el campo de la Psicología solo como un movimiento en su interior o desde su interior. El desarrollo y defensa de las comunidades locales, su riqueza y diversidad, como objeto privilegiado en los orígenes de la Psicología Social Comunitaria latinoamericana, es un problema que desborda, incluso, la perspectiva inter o transdisciplinaria, cuestiona los propósitos de la ciencia hegemónica y su racionalidad.

Para nuestra generación, la de quienes nacimos alrededor de los 60, esta perspectiva está marcada socialmente. Cuando entramos a estudiar la carrera, a fines de los 70 y principios de los 80, nuestra conciencia política nos llevó a articular espacios y prácticas de resistencia contra la

intervención militar en la universidad y, dentro de nuestras precarias condiciones de vida, marcadas por el dolor, la amenaza y la esperanza, actuamos con la convicción de que en el futuro construiríamos una Psicología al servicio de causas sociales solidarias y transformadoras.

Al margen de los espacios universitarios y junto a las juventudes políticas, se desarrollaba un amplio movimiento que actuó desde la unidad de la Iglesia de base latinoamericana, enmarcada en la Teología de la Liberación, la defensa irrestricta de las víctimas de las distintas formas de terrorismo de Estado y contra las estructuras de la injusticia social. Este movimiento se extendió por toda Sudamérica y Centroamérica; aportó a la construcción social de un discurso por la unidad latinoamericana y la defensa de su diversidad constituyente y generó un movimiento de resistencia cultural y artística que dialogaba con las generaciones anteriores. Nos motivaban las luchas que se gestaban en otros continentes y nos preocupaban las amenazas globales.

Después del golpe de Estado, muchos conservamos la memoria del país anterior, con todas sus contradicciones, precisamente, la memoria de un país comunitario. La centralización y la destrucción de la propiedad y las formas de trabajo comunitario fue el objetivo central del la dictadura cívico–militar y los gobiernos de la Concertación no han querido, no han sabido o, en el mejor de los casos, no han podido revertir este proceso de enajenación y destrucción de las comunidades. En el peor de ellos, se ha reposicionado una ideología que sigue defendiendo el principio autoritario de la conducción de elites.

Las apuestas que construíamos eran radicalmente distintas a las actuales e incluían, por supuesto, pensar una universidad diferente. Recuerdo las reuniones entre psicólogos (as) y estudiantes en el Colegio de Psicólogos de la calle Normandía o directamente en la calle, para sostener el valor de la vida y la solidaridad contra la muerte, la injusticia y la mercantilización

del ser humano. Nuestra conversación conectaba con una conversación social más amplia, que tenía como puntos de referencia resistir y combatir la violencia política, particularmente del Estado terrorista, pero también el de pensar y practicar otra Psicología.

Desde la Enseñanza Media, participé activamente en comunidades de la periferia de Santiago, en grupos culturales, políticos, pastorales y artísticos. En 1979 me asocié a un grupo de acción social y política que tenía su centro en el Colegio San Juan Evangelista; publicábamos una revista y trabajábamos con niños y jóvenes que vivían en la población Colón Oriente. En este período, en el que me incorporé también a las actividades de la Parroquia Universitaria, me impactó particularmente la lectura de la Conferencia de Puebla y vídeos que registraban las luchas en Nicaragua y El Salvador. En este contexto conocí la Teología de la Liberación que predica contra las estructuras de injusticia y el pecado que se comete contra el ser humano. En este período participé en algunas experiencias de apoyo psicosocial en la población La Faena y en un sector de la José María Caro. Me incorporé al Taller 666, agrupación cultural que funcionaba en una casona en el Barrio Bellavista. Al entrar a la universidad continué participando en este tipo de colectivos y en algunos que creamos al interior de la Escuela de Psicología.

En este tiempo se desencadenó una crisis económica que duró varios años. Comenzó la política de erradicación de campamentos a la periferia de la ciudad y muchos profesionales y universitarios empezamos a abogar por las condiciones de vida de niños y jóvenes en los sectores marginalizados. Me incluí en varios grupos que desarrollaban experiencias de apoyo psicosocial en la periferia de Santiago. Hacia 1985 me asocié al trabajo comunitario que las ONG's y grupos de Iglesia realizaban en Peñalolén. En todo este lapso nos involucramos activamente en las movilizaciones sociales contra la dictadura.

En 1987 me asocié a la Unidad de Salud Mental de la Facultad de Medicina Oriente de la Universidad de Chile en una línea de proyectos de liderazgo juvenil y aspectos psicosociales de la atención primaria, auspiciados por la Fundación W. K. Kellogg, animados por la socióloga Nina Horwitz y la pediatra Matilde Maddaleno. A partir de 1989, me incorporé al Departamento de Psicología de la Universidad de Chile y en 1990 a la ONG PAESMI.

En estos espacios, desarrollamos acciones y estrategias con base a marcos de referencia que privilegiaban el fortalecimiento y la reconstrucción del tejido social comunitario: entre otros, el modelo de Atención Primaria de Salud, las recomendaciones de la Carta de Ottawa para la Promoción de Salud, el modelo de Tecnologías Socialmente Apropriadas que en Chile promovía Manuel Baquedano y las propuestas de Educación Popular, Animación Sociocultural, Investigación Iluminativa y Desarrollo Local que promovían el rico entramado de ONG's que actuaban en los territorios.

La mayoría de nosotros nos inscribimos en experiencias de formación que integraban líneas críticas de pensamiento latinoamericano. El rasgo más evidente de todas nuestras prácticas era que se desarrollaban como formas de lo que hoy se llama investigación acción- participativa y me atrevería a señalar que eran más bien formas de investigación acción- comunitaria, vale decir con un énfasis en la organización comunitaria para la participación, orientada por los intereses de los actores sociales, que coincidían con los nuestros. No era una tarea sencilla ya que un amplio sector de la población no participaba en organizaciones comunitarias. Debe recordarse el contexto político social de la época para valorar apropiadamente esta amplia concertación para proteger las comunidades.

Desde estos lugares y prácticas, por lo tanto con una perspectiva limitada y posibilitada por ellos, me es posible afirmar que las prácticas comunitarias tuvieron (y tienen) un fuerte

componente político. A diferencia de lo que sostiene Maritza Montero, y tal vez por un problema semántico, nuestras prácticas comunitarias eran básicamente activistas, en el sentido de una fuerte voluntad de abogacía y transformación social. En los 70 y 80, actuábamos desde los intersticios y los márgenes sociales, intentando practicar un hacer y un pensar que aportara a la creación colectiva de sentidos y a la multiplicación de soportes sociales para el desarrollo de comunidades, pero con contenidos y una carga política muy distinta a la que tiene hoy día la Psicología Comunitaria.

Un rasgo importante de toda esta evolución es que la Psicología Comunitaria se ha despolitizado, en algunos sentidos, y se ha repolitizado, en otros. Aquí hay un tema que tiene que ver con la memoria, con el desarrollo contradictorio que ha experimentado Chile y el mundo y, en particular, Latinoamérica. Se han invisibilizado estos fundamentos, que intento expresar entrelíneas, al margen de la autorreferencia. No discuto la relevancia de la formalización de la Psicología Comunitaria, pero las consecuencias de este proceso han generado contradicciones entre los discursos y las prácticas actuales, posiciones desconectadas y una dispersión de los contenidos. Este problema dice relación con marcos históricos y culturales, vale decir, con controversias más amplias que trascienden al campo que intentamos delimitar.

En el pasado estas acciones se sostenían más en principios y colectividades que en personalidades o instituciones. Debe recordarse que actuar en estos campos, al margen de las instituciones, era sumamente peligroso, así que nuestras reuniones de trabajo siempre tuvieron un tinte de clandestinidad. En una de estas instancias, conocí a Domingo Asún. Fue hacia 1983 en la desaparecida Vicaría Pastoral Juvenil. Los estudiantes, profesionales y actores sociales que nos reuníamos allí estábamos profundamente conmovidos por el daño que estaba sufriendo la infancia por las medidas represivas y económicas del gobierno militar.

Anticipamos desde otro lugar, lo que más tarde, a principios de los 90, los organismos técnicos de Naciones Unidas llamaron “las generaciones perdidas de Latinoamérica” y que los gobiernos resemantizan con el eufemismo de la “deuda social”. Nuestra crítica se dirigía a las estructuras sociales y a las ideologías que reproducen estas condiciones de vida y la destrucción de las comunidades locales y su riqueza. Por esta causa, con todas las limitaciones del caso, he intentado practicar una Psicología Social Comunitaria Latinoamericana.

¿Cuál fue tu primera aproximación a la Psicología Comunitaria?

Como señalé anteriormente, la construcción de una perspectiva comunitaria de la Psicología está indisociablemente conectada con una creación discursiva y práctica inmersa en una conversación social más amplia, que hoy en Chile se experimenta como relativamente clausurada. Al parecer, este es un fenómeno bastante global, salvo en la periferia que, como señala Fernando Robles, sostiene una solidaridad obligada por la sobrevivencia.

Diría que sin un lenguaje ni una caja de herramientas muy precisa, los estudiantes y psicólogos que fuimos contribuyendo a construir esta perspectiva y práctica en Chile, desarrollábamos una Psicología Crítica. Crítica de la realidad que nos llevó a criticar la Psicología Oficial. A la luz de mi experiencia como alumno del magíster de Psicología Social Crítica que dicta la Universidad Arcis con la Universidad Autónoma de Barcelona he podido tomar mayor conciencia de esta razón.

Para quienes estudiábamos Psicología en la Universidad de Chile y la Universidad Católica, fueron, en principio, centrales las conversaciones académicas sostenidas en torno a la relación entre pobreza y desarrollo psicosocial. En la Escuela de Psicología de la Universidad Católica, sus académicos y estudiantes tuvieron más posibilidades de ir denunciando esta realidad. Desde marcos tan heterogéneos como la Psicoantropología de la Pobreza, la crítica a la

sociología practicada por Wright Mills y ciertos desarrollos cognitivistas, básicamente neoconductistas, se generó un clima de opinión que apuntaba en esta dirección. Era un espacio medianamente tolerado por las autoridades de la época.

Mi insatisfacción con esta corriente de pensamiento radicaba en el tratamiento de la pobreza como una variable independiente y como una condición de falta de integración al sistema que confrontábamos. No encontraba herramientas generativas o de transformación social en este tipo de análisis, al margen de sus valorables aplicaciones psicosociales. En la asignatura de Psicología Social y la de Psicología de la Comunicación leímos a varios autores críticos. Nos familiarizamos bastante con la Antipsiquiatría europea y estadounidense. Las prácticas clínicas nos fueron acercando a la realidad de los servicios de salud mental y psiquiatría que eran escasos y precarios. Por fortuna, conocí otras maneras de aproximación a la práctica clínica y psiquiátrica por medio del trabajo con Teresa Hunneus y Julia Cortés. Más tarde tomaron sentido social para mí en las experiencias auspiciadas por la Cooperación Italiana, que no fueron continuados en democracia de manera decidida.

Hacia 1985 cayeron en mis manos dos textos fotocopiados. Reproducían artículos publicados en la Revista Latinoamericana de Psicología. Uno, cuyo autor es Gerardo Marín, publicado en 1980, se titula “Hacia una Psicología Social Comunitaria” y otro, más sistemático, fue escrito por Maritza Montero y publicado en 1984, y en él daba cuenta del desarrollo de una Psicología Comunitaria en Estados Unidos y Latinoamérica. Desde 1988 circularon fotocopias de libros editados en España. Debe recordarse que en Chile estábamos aislados de los materiales críticos de que hoy día disponemos y que la dictadura destruyó nuestra condición de centro editorial para América Latina, condición que compartíamos con Argentina y México. En este período, no se cómo explicarlo más claramente, asimilé el hecho de que yo había entrado a

estudiar Psicología para encontrarme con estos marcos de referencia y fundamentalmente con estos principios. En estos años conocí también el trabajo de Elizabeth Lira, el ILAS y el de Ignacio Martín Baró. El trabajo clínico en centros de salud periféricos y mi tesis de grado, me llevaron a explorar la relación entre Psicología Clínica y Violencia Política, particularmente desde un punto de vista estructural. La práctica clínica, en las miserables condiciones en que las desarrollábamos en los 80 en la periferia, me llevó a indagar formas de intervención psicosocial alternativas a los marcos psicoanalíticos de intervención en los que me había formado. Esto nos sucedió a muchos clínicos infanto–juveniles.

Al tomar la perspectiva psicosocial y comunitaria como puntos de referencia, junto a otros para leer y fundamentar las prácticas en que me incluí, lo que no logré comprender acabadamente es por qué Maritza Montero incluyó la Psicología Social Comunitaria en la Psicología Comunitaria y Alipio Sanchez, a la inversa, la Salud Mental Comunitaria en la Psicología Comunitaria. Quizá por trabajar paralelamente en ONG's y OG's, en prácticas clínicas y sociales-comunitarias, en una Facultad de Medicina y una de Ciencias Sociales, desde un comienzo fue necesario trabajar la distinción entre Psicología Clínica, Psicología Comunitaria y Psicología Social Comunitaria. Las diferencié de otros campos interdisciplinarios como Salud Mental Comunitaria, Salud Comunitaria y Salud Pública, de la Psicología de la Salud, Psicología Sanitaria, Medicina Social, Psiquiatría Social y Psiquiatría Comunitaria. Para esto recopilé y sistematicé obras especializadas sobre la materia. La docencia en estos campos, en pregrado y cursos de especialización destinados a públicos diversos me obligó a aterrizar estas distinciones. Desde un punto de vista crítico e histórico, construyen problematizaciones distintas de los campos clínicos y comunitarios. La falta de atención a éstas y otras diferencias ha contribuido significativamente a las contradicciones entre las llamadas intervenciones psicosociales y las

intervenciones comunitarias que se reproduce en los programas y proyectos sociales, incluidos los del sector salud. Los límites son variables en la práctica y en los servicios, pero las distinciones son relevantes para pensar, sistematizar y comprender los aportes que prestan cada una de estas disciplinas.

Quizás por esta causa cuando dicté, en el primer semestre de 1990, un electivo para representar estos campos emergentes, en la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, lo titulé “Elementos para la acción del psicólogo en el campo de la Psicología Preventiva y Comunitaria”. Los materiales del curso eran bastante heterogéneos y precarios. Intentaba organizarlos en la distinción entre el discurso de la prevención y el de la reconstrucción y la creación comunitaria. Al hablar de Psicología Preventiva intenté sin éxito, aportar al desarrollo de una Psicología Sanitaria.

En el segundo semestre de 1990, Willy Steil se interesó por mi trabajo en el departamento. Buscamos puntos de contacto y dictamos un curso de Salud Mental Comunitaria.

Cuando se incorpora Germán Rozas al departamento de Psicología de la Universidad de Chile, organizamos la Unidad de Psicología Comunitaria, junto a Willy Steil y la antropóloga Sara Godoy. Germán Rozas asumió la coordinación de la Unidad que funcionó hasta una reforma curricular de la carrera y logró incorporar la asignatura Psicología Comunitaria a la malla. En ese período, asumí el cargo de coordinador del área social comunitaria de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional Andrés Bello. En la Universidad de Chile reduje mi carga horaria y me incorporé a la cátedra de Psicología Social. Junto a Victor Molina y Domingo Asún animamos por un año un seminario interuniversitario que rotábamos en las sedes de la Universidad de Chile, la Universidad Diego Portales y la Universidad Nacional Andrés Bello para crear un programa base para reorientar la formación en el campo de la Psicología Social.

En 1993, Domingo Asún nos invitó, junto a Rosario Correa, a presentar el primer libro que compilaba la teoría y la práctica de la Psicología Comunitaria y la Salud Mental Comunitaria en Chile. Jaime Alfaro me invitó a dictar un curso de intervención comunitaria en un programa de actualización en Psicología Comunitaria. Me llamó la atención la heterogeneidad de las apuestas que dialogaban al interior de la Universidad Diego Portales y, en segundo lugar, el intento por conectar la historia de la Psicología Comunitaria con intentos de reforma psiquiátrica en los 60 y durante el gobierno de Salvador Allende. La verdad, yo desconocía esta parte de la historia.

En los 90 se van incorporando a muchas mallas de carreras de Psicología en todo el país, ramos obligatorios y electivos relacionados con la Psicología Comunitaria, la Psicología Política, la Salud Mental y la Vulnerabilidad Social. Se habían instalado con fuerza las corrientes “sistémicas” en los campos clínicos. Tuvieron lugar muchos encuentros, seminarios y grupos de trabajo y dispusimos de recursos y apoyos heterogéneos para llevarlos a cabo.

A finales de la década comienzan a impartirse magísteres de Psicología Comunitaria. Es un gran reconocimiento si se atiende al hecho de que estos programas se iniciaron en la Universidad de Chile y en la Universidad Católica. No conozco internamente los postgrados, pero los colegas que los desarrollaron contribuyeron, sin duda, a institucionalizar y validar el campo de formación de psicólogos comunitarios en el país. Son las dos universidades que iniciaron la formación de psicólogos en Chile; es substancial que existan en ellas esos espacios.

Contribuí desde lugares y colectivos variados a la promoción de programas de salud integral del adolescente en el sistema escolar, la creación de programas y políticas de atención de salud del adolescente, la incorporación del psicólogo a la atención primaria de salud y a los intentos de desarrollo de una reforma psiquiátrica. Sin embargo, las experiencias de trabajo en

comunidades me marcaron significativamente, me llevaron a privilegiar en estos programas y en la docencia una apuesta por el trabajo con las organizaciones territoriales, por la cultura popular, la diversidad cultural, la recomposición del tejido social, una resistencia crítica de los lugares, la recuperación de la memoria local. La perspectiva psicosocial y comunitaria, defendida por los profesionales de la salud en general, ha contribuido significativamente a la atención de salud en Chile, pero el desarrollo comunitario trasciende para mí esta dimensión fundamental.

Hoy entiendo que en los 70, los 80 y los 90, en distintos campos sociales, hubo actores que confrontaron los saberes hegemónicos y las prácticas prescritas por ellos, intentando construir una nueva cultura y una nueva realidad social. Eran prácticas de conexión que intentaban abogar por aquello que defendía, entre otros, Ignacio Martín Baró. En esta línea trabajaron también destacados psicólogos y psicólogas clínicas, en el terreno de los derechos humanos, la violencia contra la mujer, los derechos de la mujer, la violencia contra niños y adolescentes, la atención y derechos de pacientes psiquiátricos, la reforma de la educación formal. El contexto político lo favoreció. A finales de los 80 y principios de los 90, las políticas de extensión universitaria y de las ONG's apuntaban a fortalecer el tejido social y a instalar estos y otros temas en lo público, en un diálogo continuado con los actores de la cultura y el desarrollo de las comunidades locales.

Tú hablas de una despolitización y, a la vez de una politización... ¿A qué te refieres con eso?

Esta reflexión dice relación con varios giros: en las prácticas, modelos y estrategias de intervención, pero también en los colectivos sociales y en las agencias que intervienen. Con respecto a las transformaciones en las prácticas de intervención, en lo personal me costó explicitar las lógicas de transformación social que construimos con el mundo popular en los 80 y

trasladarlas a la universidad. Por esta causa invité muchas veces a actores locales a los espacios universitarios y hasta 1999 trabajé permanentemente con los alumnos y alumnas que optaban por esta formación en los espacios locales, con el apoyo de ONG's, Fundaciones, la Iglesia de base y agrupaciones territoriales. Antes de 1990, pocas personas hablábamos de Psicología Comunitaria en Chile, y lo hacíamos con otros términos y con otros actores. Los textos que mencioné más arriba también apuntaban a cuestiones muy diversas y, por lo mismo, nos servían para legitimar lo que estábamos haciendo varios, independientemente, al interior de la Psicología. Todavía no teníamos una formación epistemológica, sobre todo en Chile, para ligar estos recursos con una nueva Psicología Social, que es otro proceso que a mí me ha interesado por años y que he practicado en distintas universidades y que actualmente estoy enriqueciendo gracias al magíster que estoy cursando. Un intento pionero por ligar la Psicología Comunitaria con estos campos se encuentra en la apuesta de Jaime Alfaro, que escribió un libro en el que trató de conectarlos, particularmente con la perspectiva socioconstruccionista.

Inicialmente, traté de conectar la práctica comunitaria con la investigación-acción comunitaria, la investigación iluminativa y la Teoría Crítica. En su momento, estos intentos de articulación eran prácticas de apertura, y los materiales con los que trabajábamos eran precarios. Por esta causa, no fueron siempre plenamente logradas. No teníamos un lenguaje común y no creo que hoy lo tengamos tampoco, pero por otras causas. Creíamos que teníamos que anticiparnos con nuestras prácticas críticas, porque las necesidades de transformación eran no solo inconmensurables sino también imperiosas. Pero estos espacios no funcionaban sólo en la universidad. Me atrevería a decir que era donde menos nos encontrábamos. A diario, por muchos años, practicamos la Psicología Comunitaria en los espacios locales. Intentábamos

descolonizar y resignificar los espacios comunitarios y los actores locales y estudiantes universitarios fueron protagonistas centrales de este proceso.

Las políticas sociales de los gobiernos de la Concertación generaron un conjunto de servicios comunitarios, particularmente en el sector de la salud. No desconozco la relevancia de las políticas sociales y de salud impulsadas en democracia. Mi crítica no apunta a lo que ha sido politizado, sino a lo que ha sido despolitizado, invisibilizado o resignificado: las prácticas y saberes desplegados en los espacios locales. Era un universo que prometía algo nuevo, solidario; opino que esta es una característica que se ha ido perdiendo. Una construcción de la Psicología Comunitaria solidaria, entre clases, entre profesionales y actores sociales del territorio, entre ONG's, OG's y asociaciones comunitarias, mucho más horizontal y con base a modelos de investigación-acción comunitaria. El discurso de la prevención se instaló más decididamente, porque el sistema no toleraba referencias tan comunitarias, de la cultura popular y por las particularidades de la transición chilena. En la última década este tejido social se ha debilitado.

Diría que las apuestas iniciales de la Psicología Comunitaria en Chile, de los que nos incluimos en estos entramados solidarios, se articulaban desde este espacio crítico; para nosotros era más que o antes que una cuestión institucional, disciplinaria o gremial, un problema asociado a los sentidos de la acción. Esto es muy importante remarcarlo. Por esto me llamaban la atención marcos como los de la psicoantropología de la pobreza. Los actores sociales con los que yo trabajaba vivían de la esperanza, resistiendo, organizándose. Debería escribirse una Antropología de la Riqueza de las comunidades latinoamericanas.

En los inicios, la Psicología Comunitaria fue posible por los espacios de libertad conquistados en las luchas y movimientos sociales que la precedieron.

Algunos sostienen que en esta etapa la Psicología Comunitaria encuentra un nicho en las universidades y en el Estado. Yo creo más bien que la perspectiva comunitaria, clausurada por la dictadura, fue defendida en distintos campos, preservados y reconstruidos en la memoria colectiva y los psicólogos y psicólogas tuvieron, desde 1990, la posibilidad de ser formados en esta perspectiva y en esta práctica. Adicionalmente el giro en las políticas sociales y, por extensión, la implementación de variados servicios comunitarios, creó un nuevo campo laboral.

Otros sostienen que en esta etapa se recuperaron lógicas de psiquiatría social y comunitaria clausuradas por mucho tiempo. La apuesta por los COSAM y la Reforma Psiquiátrica tuvo esa intención. Sin embargo, desde el inicio se organizó una fuerte reacción a este proceso. Lo meritorio de este intento es que instaló servicios de salud mental y psiquiatría a los que la población no tenía acceso. Sin embargo, en Chile, no ha habido en rigor una reforma psiquiátrica de fondo. Me parece un tanto arbitrario defender esta tesis.

Bajo el gobierno de E. Frei empezó a generarse un proceso menos participativo, menos solidario en el campo comunitario. En el gobierno de Aylwin se intencionaba todavía un proceso de construcción colectiva de saberes y prácticas en los territorios. Luego, tomó un cariz más tecnocrático, vale decir de proyectos, generados y sostenidos desde afuera y desde arriba. Esto impactó también en la formación universitaria.

Observo, en este sentido, la necesidad de revisar críticamente lo que estamos haciendo formalmente. Actualmente, encuentro lineal la perspectiva histórica que defendíamos hace algunos años. Que en Estados Unidos, la institucionalización de la Psicología Comunitaria antecedió a la práctica y que, en América Latina, la práctica antecedió a la institucionalización. Para mí, con la perspectiva del tiempo, esto no tiene sentido. En su obra principal, Rappaport documenta una crítica a la Psicología y a la Psiquiatría hegemónicas como base del movimiento

que condujo a la Conferencia de Boston y que da origen a la Psicología Comunitaria como disciplina técnica y científica. Documenta que luego se produjo un proceso de formalización e institucionalización universitaria y política, y después, un proceso de declive, ya que el propio Estado y el medio universitario se dieron cuenta de que estaban enriqueciendo un caballo de Troya.

Considero que el objetivo de Paulo Freire, de Orlando Fals Borda y de Ignacio Martín Baró no fue el de formalizar un campo científico. Por lo menos no en el sentido convencional de la retórica y la práctica científico-tecnológica. En cambio, sus planteamientos y su trabajo me parecen plenamente coherentes con los problemas que Horkheimer y Adorno construyeron en su crítica a la sociedad, la universidad y la ciencia burguesas. Quisieron fundamentar o construir un lenguaje y una práctica de transformación social para lo cual invirtieron la lógica de la producción de saber y de poder. Resignificaron ciertos materiales críticos y otros no tanto, a la luz de procesos comunicativos situados y sostenidos colectivamente, para dialogar con intereses hermenéuticos y emancipatorios.

Por ello, cuando escribí el artículo que fue publicado en 1995 en la Revista Chilena de Psicología, me referí a los orígenes de la perspectiva comunitaria en la Psicología como un proceso dialéctico en distintos campos y de problematización de distintos conceptos, como el de comunidad o el de desarrollo, y sostuve que su inadecuación se volvía evidente para el actor social comprometido. También sostuve que la comunidad es un horizonte reflexivo e histórico más que una realidad superada o lograda. Sostuve que el compromiso con comunidades marginalizadas genera una reacción, a veces violenta, que alcanza a los propios interventores. La formación sociológica y filosófica me ha permitido esclarecer el alcance de estas intuiciones.

¿Cómo era la politización y cómo comienza la despolitización?

No estoy planteando que antes la Psicología Comunitaria era política y hoy no lo es. Rappaport y Montero coinciden en que uno de los principios básicos de la Psicología Comunitaria es la acción política. Esto no es posible de ser realizado fuera del campo de las relaciones de poder; sería como un simple momento analítico, es decir, estéril, desde el punto de vista de la transformación social. Yo he sostenido que ciertos aspectos de la Psicología que practicábamos antes han sido despolitizados o invisibilizados, cooptados o prohibidos y otros han sido politizados, formalizados, institucionalizados.

Estas contradicciones conectan con luchas y problemas sociales más amplios. Requieren de conciencia histórica y sociológica. Por esta causa muchos actores sociales critican los discursos y las prácticas asociadas a las formas de gobierno que se han instalado en el Estado y en las universidades.

Modelos como los de Desarrollo Local, Animación Sociocultural, Atención Primaria, Tecnologías Socialmente Apropriadas, no son simples propuestas tecnológicas. En ellas lo tecnológico es subsidiario de una visión del desarrollo comunitario, visión que confronta abierta y directamente los campos de reproducción de retóricas de dominio y saber sobre la ecología humana, la educación, la cultura, el desarrollo y la salud.

Hoy, con otras versiones del cuento del realismo, se ha perdido de vista la comunidad como proyecto y se pone el acento en conceptos o medios desconectados de los marcos donde tienen sentido. Por esta causa, el trabajo comunitario tiende a adquirir un carácter ritual, que se reproduce en nombre de la autogestión, la resiliencia, el empoderamiento, la prevención o la promoción, da lo mismo. Como afirma Pablo Fernández Christlieb, el problema es que intentamos las soluciones con la misma lógica con que producimos los problemas. De hecho, muchos de estos proyectos se sostienen actualmente en la retórica de los indicadores y los

factores de riesgo. Creo que algunas preguntas están erróneamente formuladas, como la de las fuentes de financiamiento o la de las necesidades dictadas por la práctica o la realidad.

En el pasado, hubo un esfuerzo colectivo por reconstruir el tejido social y fortalecerlo, practicar promoción popular, cooperativismo y comunitarismo. Inicialmente la Psicología Comunitaria se inscribió en la recuperación de este tejido y conversación comunitarios. Luego fue girando hacia la cuestión de las políticas sociales. Se asumió que lo nuevo político era responsabilidad del Estado y los actores se redujeron significativamente. Incluso con ciertos discursos de la postmodernidad, la discusión sobre las comunidades condujo a su desterritorialización y su deshabitación. Como el individuo, se tiende a homogeneizarlas. Se las concibe como un entorno.

El período anterior se sostenía en un discurso bastante épico. Creíamos que estábamos siendo convocados para construir un país nuevo, básicamente antiautoritario y por extensión solidario, democrático, comunitario, inclusivo, tolerante.

En este contexto se demandaba, sobre todo, coherencia entre el discurso y la acción. Las prácticas en que yo me inscribí o las que animé se instalaban con actores heterogéneos. Eran menos relevantes las segmentaciones y más relevantes los puntos de conexión. Nuestra memoria y futuro, nuestras reuniones, no se referían exclusiva o excluyentemente a un horizonte técnico o académico: comportaban un horizonte ético y político y sus contenidos se construían, precisamente, a causa de ese horizonte que compartíamos. Era un horizonte inclusivo. Siempre fue un campo contradictorio, heterogéneo. Esta fue la concertación original. Un proyecto intergeneracional e interclasista. Nadie venía a enseñar qué diferencia había entre actuar en nombre de la comunidad o junto a ella. Era un a priori práctico, antitotalitario, existencial. Este aspecto es el más difícil de transmitir en el contexto de la profesionalización de la Psicología

Comunitaria. No tiene relación alguna con practicar “salidas a terreno” o prácticas clínicas en sectores periféricos.

Cierto tipo de personas no aceptan estos espacios, les provocan desconcierto. Me refiero evidentemente a los sujetos ortodoxos.

Como señalé anteriormente, durante el gobierno de Frei el trabajo comunitario dejó de ser un lugar o pivote desde el que se discutieran apuestas de gobernabilidad y desarrollo. Volvió a ser un destino de políticas pensadas desde arriba. En este contexto comienza a cobrar interés el problema de la intervención comunitaria. La concertación de actores y colectivos que se articuló contra la dictadura se fractura arriba y abajo. Bajo el gobierno de Juan Pablo II, la Iglesia de base también va siendo desarticulada.

Es en este período cuando se institucionaliza la Psicología Comunitaria. Se define como un campo técnico-profesional en relativa igualdad con otros al interior de la Psicología chilena.

En otros países de Latinoamérica, dependiendo de múltiples marcos históricosociales, la deriva de la perspectiva comunitaria en la Psicología vive otras particularidades. Evidentemente, las condiciones políticas, incluyendo las del medio universitario en las que se desarrolla la disciplina, por ejemplo en Venezuela o en Puerto Rico, tienen particularidades que las diferencian de las que marcan su desarrollo en Chile, Colombia, Brasil o Argentina. En España, por ejemplo, la favoreció las políticas de desarrollo local impulsadas por el PSOE tras la muerte de Franco.

La Psicología Comunitaria, al formalizarse, lo hace dentro de sedimentaciones, posibilidades y constricciones institucionales objetivas. Sociológica e históricamente, estamos hablando de procesos y actores que forman consensos, discursividades y prácticas por oposición o en relación con otros procesos y actores; de fuerzas que se juegan en lo micro y lo macro social

y de la deriva de las agencias donde la perspectiva comunitaria de la Psicología busca canales de expresión y recibe o se le resta respaldo institucional.

Sigamos en tu observación de la actual repolitización, ¿qué hay en la repolitización? ¿Una derechización, la integración de una tecnocracia? ¿Qué ves ahí?

En parte es un proceso de derechización, por la exclusión de muchos actores y colectivos críticos. De hecho, la derecha comienza a incluir mediáticamente a los excluidos. Es un proceso de resemantización que es base de las luchas del poder en el intercambio simbólico y el control de la historicidad en el Capitalismo Avanzado; particularmente en las relaciones entre la cultura burguesa y la cultura comunitaria o popular. Se practica con la retórica de la normalización institucional, de un nuevo universo de lo “posible” y de lo “realista”.

Los modelos de desarrollo comunitario y social que se fundan en un regionalismo crítico, como el que promovían Galeano, Faletto o Cardoso, no encuentran su nicho en el Estado y sus universidades. Por tanto cabría interrogar a la historización practicada por Maritza Montero; preguntar por cuál Psicología Comunitaria “encuentra su nicho” en las universidades. Esto es lo que quiero problematizar, con el respeto que me merecen las apuestas centradas en las instituciones.

Estos modelos fueron desactivados, reubicados y perdieron su carácter o fuerza crítica, constituyente de nuevos saberes y prácticas; incluyo a muchos que aún no conocíamos, porque estaban germinando todavía. Estábamos articulando un lenguaje y una praxis, en la acción comunitaria en los territorios. Sobreviven en las huellas borradas de muchas prácticas desconectadas de los territorios y actores locales, aunque se realizan en nombre de la autogestión, el empoderamiento, la concientización, el capital social, las competencias psicosociales, las metodologías cualitativas o participativas.

La Psicología Social Comunitaria y la Psicología Social de la Liberación, fueron desactivadas en la institucionalización de la Psicología Comunitaria y la Psicología Social Aplicada. Opino que podrían tener su propio lugar junto a estas perspectivas, tal como intentó demostrar Gerardo Marín.

Hoy en día, el trabajo comunitario es, en la mayoría de las políticas sociales, meramente estratégico, un modo de colonizar los territorios con las lógicas de elites tecnocráticas, y esto, en el mejor de los casos. No representan un fin en sí mismo, no se practica descentralización alguna.

Y desde tu perspectiva, siguiendo esa misma lógica ¿qué sería lo comunitario o qué sería hacer Psicología Comunitaria?

Hoy me queda más claro aún, que la mayoría de quienes intentamos construir una perspectiva comunitaria para el desarrollo de la Psicología, clínicos o sociales, en realidad intentamos practicar aperturas críticas; vale decir, practicar formas de resistencia y liberación al margen y contra la reproducción de saberes y prácticas hegemónicas, dominantes, en el sentido de que eran y son formas de dominación que se sostienen en aparatos ideológicos, aunque se disfracen de argumentos críticos. Los leíamos en otros y entre nosotros, en nosotros mismos. Yo las he llamado, en ausencia de otra idea, formas de descolonización. Nos causaban extrañeza nuestros propios marcos de referencia. Esto sucedía particularmente en los espacios que mencioné, aquellos que se creaban y que llevaban a la acción, desde un diálogo generativo, micropolítico, que no admitía ser monopolizado o conducido desde los portadores de una verdad revelada, sobreañadida a la creación misma. Con ello fuimos atrayendo más que promoviendo el reconocimiento sobre este campo. Nadie podría negarnos en el imperio de la normalización institucional, el derecho a la memoria del país anterior: la del país comunitario y la del país movilizado.

La perspectiva comunitaria es un proyecto y una concepción política que es especialmente válida para Latinoamérica. Muchos alumnos y alumnas y colegas que se han formado en esta perspectiva, me preguntan dónde podría ser plausible trabajar a futuro con esta perspectiva, transformar la realidad desde esta opción. Yo creo que es posible hacerlo aquí y ahora. Entonces, parece que hemos retrocedido en lo substancial, a pesar de la formalización de la disciplina, que debe reencontrarse ahora con otros sentidos y otras formas de creación.

Me queda muy claro tu mapa de la Psicología Comunitaria. ¿Qué pasa hoy día?

La Psicología Comunitaria tiene un nicho social y reconocimiento institucional. Además existen variados programas y proyectos psicosociales. La formación en Psicología Comunitaria figura en la publicidad y la declaración de misión de muchas unidades de enseñanza de Psicología. Existe una base que ha sido consolidada. Cuando hablo de formalización o re-politización estoy practicando un esfuerzo de problematización.

Intento defender un punto de vista que observa que los lugares de la conceptualización, la investigación y lo que llamamos intervención, han variado dramáticamente. Hoy se sospecha de los lugares que se distancian de la planificación social tradicional. Esto determina una relación más estrecha de estas tres dimensiones con la deriva del Estado, como si este fuera su curso natural. El problema es que en Latinoamérica la cuestión de las formas de gobierno y de desarrollo representa una tarea inacabada más que una discusión que la historia decidió.

La formalización de la disciplina también ha contribuido al diálogo entre la perspectiva comunitaria y otras al interior de la Psicología. Pero también me parece crucial, para el desarrollo de la Psicología Comunitaria, el diálogo interdisciplinario y con las ciencias de la complejidad, de lo tejido, como las llama E. Morin. Voy más allá, por la reconstrucción de

espacios de diálogo y acción en conjunto con los distintos actores que tienen derecho y no solo responsabilidad institucionalizada, para pensar el desarrollo comunitario o local.

También me parece interesante promover el diálogo entre la perspectiva comunitaria y la epistemología social y la Filosofía Social. El magíster que estoy concluyendo, ha enriquecido mi perspectiva de las posibilidades de la Psicología Social Comunitaria y creo que en él existen opciones que apuntan particularmente en esta dirección. Mi punto de vista, en todo caso, va más allá de los supuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos de la ciencia. Me interesa el metanivel crítico y ético social como horizonte donde todos estos momentos se reúnen y cobran sentido social.

Jorge, en esa misma línea, dijiste que había un núcleo socioconstruccionista en el libro de J. Alfaro. Estoy muy de acuerdo, pero también en ese mismo texto se habla de que hay otros vínculos que quizás no tienen tanta presencia en Chile, pero que sí los podemos visualizar con cierto futuro, como todo el trabajo sistémico, de las vías culturales o más bien de los procesos de significación...

En Chile, en general, se trabaja muy poco con modelos y con teorías interconectadas, escasamente. Las prácticas las determinan, en general, normas funcionarias. Destaco este texto por el esfuerzo de conexión que practica y que desde mi punto de vista se anticipa a las cuestiones que empezamos a valorar hoy día. Marqué la perspectiva socioconstruccionista, porque hasta hace poco nos sirvió para criticar la Psicología Social que veníamos reproduciendo, y esto impactó en ciertos desarrollos de la Psicología Comunitaria. En los textos de Maritza Montero este giro entre 1984 y 1994 es bastante evidente, de la base neoconductista a la socioconstruccionista. El propio Tomás Ibañez parte de este marco, para luego abandonarlo y a otros, más tempranamente o más tarde, nos ha sucedido lo mismo. Hay que recordar que en

Chile seguimos relativamente aislados de muchas posibilidades críticas. Tal vez por esto atendí en él a este discurso en particular. Además, Tomás Ibañez consideró inicialmente al socioconstruccionismo como una metateoría que incluía todas las alternativas al neoconductismo y el cognitivismo.

...la referencia a las políticas sociales, tú has hecho varias menciones...

Sí. La formalización de la Psicología Comunitaria ha colaborado en esta dirección. Antes colaboraba más decididamente en la línea de la defensa y desarrollo de la riqueza de las diversidades culturales, territorios, memorias e identidades comunitarias y con los movimientos sociales. Yo mismo he colaborado directa e indirectamente en el diseño, la gestión y la evaluación de políticas sociales, no solo del sector sanitario. Creo que es necesario que continúe el desarrollo de la perspectiva comunitaria al interior de ellas. En la actualidad, creo que este debate se ha estancado y la intervención comunitaria se está convirtiendo en una dimensión meramente estratégica.

¿Cuál crees que es el condicionamiento, el efecto y la importancia de las políticas sociales? ¿Te imaginas una Psicología Comunitaria fuera de las políticas sociales? ¿Es posible?

Sí, absolutamente. De hecho la Psicología Comunitaria en Chile, no se desarrolló por las políticas sociales, sino en contra de ellas. Ahora creo que este es un problema global; por lo menos así lo está reflejando la Sociología y la Filosofía Social y Política desde hace más de cincuenta años. Es un terreno de controversias, donde se ha ido excluyendo a los destinatarios de las políticas. Esto sucede en Chile, en África, en Asia; en todas partes. En América Latina los problemas de gobernabilidad no pueden ser resueltos sin atender a la descomposición de este tejido y conversación social, el que tiene lugar cotidianamente.

También los espacios académicos tienden a funcionar asépticamente, funcionalmente, como si los profesionales se inscribieran en marcos teóricos o metodológicos y no en los entramados sociales históricos, en curso. Presuponemos autonomía donde no existe. Hay más libertad en los márgenes. En todo caso, las políticas sociales son instrumentos cruciales para cambiar las condiciones de vida a que nos enfrentamos actualmente. Deberían pensarse y focalizarse desde una perspectiva distinta.

¿Tú crees que lo que producen estos campos (comunitarios) no tienen coherencia?

No mucha, pero no es una barrera infranqueable. Para ponerlo en términos dialécticos, arribamos a un estado del campo que requiere nuevas conversaciones y apuestas y ya están tomando forma. Además, las estamos observando permanentemente en las sociedades latinoamericanas. En el Estado se ha confundido el problema de la participación con el de la integración y, por extensión, el de la participación comunitaria con el de la participación social. Quizás tenga conexión con el hecho de que, como lo documentan los críticos de la Teoría de la Dependencia Latinoamericana, los científicos sociales de derechas e izquierdas generalmente consideraron a las comunidades rurales y de pueblos originarios y a su mentalidad como el principal freno para la industrialización y la modernización. Trabajaron con las categorías abstractas de individuo y Estado y la mayoría sigue operando con esta lógica.

Las formas de participación social que se han instituido parecen querer promover la integración a un tipo de producción y consumo estrictamente delimitado, que hoy vuelve a disfrazarse con la retórica de la brecha tecnológica. Igual que cien años atrás. Un tipo de producción y consumo que es el que produce exclusión y destruye la ecología humana. Por esto muchas prácticas de los servicios comunitarios de salud, educación y sociales, en general, pueden ser efectivamente comprendidos como un aparato ortopédico.

Por lo tanto, dentro del campo de la política social pueden pasar cosas muy distintas...

Sí y en él estamos atrapados en los sectores e intersectores dentro de lógicas hegemónicas y otras que no lo son tanto. Cuando los colegas de distintas profesiones tratan de enfocar el problema del desarrollo de las comunidades, son escuchados, claro que son escuchados; pero, desde el momento en que el planificador toma y resemantiza esto y lo coloca en otro lugar, pierde su eficacia y sentido. Cuando tú afectas la lógica de producción de resultados, quitándole algunos componentes o sentidos, el logro presupuestado o no se realiza, o se transforma en otra objetivación, a veces más perjudicial, no necesariamente más beneficiosa. Una acción repetida sin sentido es ritual. Antes la llamábamos clientelista, un modo de justificar su presencia y a sus funcionarios. Entonces, dicho de otra manera, a veces no es que la Psicología Comunitaria no sea útil, sino que no se nos deja practicarla como se debe.

No se nos deja... ¿Quiénes no nos dejan? ¿Esas lógicas de poder?

Claro. De eso se viene hablando hace muchos años en el campo del pensamiento social crítico latinoamericano, que además trata de resistir, legítimamente, estas lógicas instaladas como verdaderas y realistas.

O sea, tú dices que no nos han dejado hacer Psicología Comunitaria...

No es lo que digo. De hecho la Psicología Comunitaria esta formalizada y hoy se desarrollan variados programas de intervención psicosocial y comunitaria. Una vez formalizada, la Psicología Comunitaria es como cualquier otro campo. En él se inscriben prácticas de control, de resistencia y de transformación. No estoy construyendo un obstáculo en sus fijaciones temporales o espaciales.

¿Y tú crees que es posible hacerla?

Se ha hecho y se hace. No es una apuesta que se pueda borrar porque representa además muchas memorias, identidades y sensibilidades reflexivas.

¿Y tú la puedes hacer en el marco del CONACE, en el marco del SENAME?

Creo que en estos lugares ha sido más lento el proceso, más difícil, pero ha habido avances significativos.

Pero tú crees que en una práctica de prevención de drogas como el PREVIENE ¿puede hacerse libremente Psicología Comunitaria? O, dicho de otro modo, ¿qué Psicología Comunitaria genera? Porque tú reconoces que hay distintas formas de hacer Psicología Comunitaria, una más cercana al control...

Lo que sucede es que en este caso no es necesariamente un problema de control sino de definiciones más claras de lo que entendemos por Psicología Comunitaria. El PREVIENE es un programa de gobierno que tiene un componente comunitario, porque su misión es practicar formas de prevención de un problema que en Chile, desde sus orígenes, siempre ha significado un problema para las comunidades, el de las adicciones, partiendo por el alcohol que es una droga legal. Es una realidad cultural, sumamente compleja y hoy en muchos países de la región se complica por sus ramificaciones económicas. Las comunidades van siendo cooptadas por este negocio porque no existen vías de participación e integración efectivas.

Hace quince años desarrollábamos la cuestión de las diversas juventudes; hoy volvemos a practicar visiones de superficie, que aterrizan en la delincuencia y la drogadicción juvenil. Son perspectivas de los fragmentos.

En Chile sería más apropiado implementar dispositivos asistenciales efectivos que articulen la prevención primaria, secundaria y terciaria de las adicciones y el alcoholismo. Todos estos programas funcionan separados de otros. Es algo bastante injustificado.

La apuesta de la Psicología Social Comunitaria es otra. Es una apuesta por el desarrollo comunitario. Habría que preguntarse qué instancia en Chile promueve el desarrollo local, al margen de las organizaciones territoriales que van quedando y que tienen que presentar proyectos a fondos concursables para subsistir. Igual creo que las personas hoy tienen más redes de protección social. Y cualitativamente diferentes al maltrato con que las direccionó el gobierno militar. Se han construido centros de salud y educacionales. Pero su desarrollo no ha sido pensado ni practicado desde una óptica de desarrollo local.

Debe recordarse que los servicios comunitarios crecen exponencialmente con la crisis urbana y que el problema de las megalópolis es particularmente complejo en Latinoamérica. Estos programas son necesarios, pero, al igual que otros intentan abarcar cuestiones que los superan, por lo menos a la luz de los presupuestos, infraestructura y recursos con que se manejan y las lógicas en que se asientan.

Entonces ¿a qué apunta el discurso de la prevención de todo? No lo entiendo. Por lo menos no al desarrollo comunitario, a pesar de los eslóganes con que se instalan ciertos programas o proyectos en la comunidad. Por lo mismo, la demanda asistencial empieza a sobrepasar los servicios localizados en los territorios. Adicionalmente, se los debiera estar gestionando con una epidemiología crítica hace décadas. Aparte, quienes trabajan en estas ofertas públicas, lo hacen en condiciones precarias y con formas de contrato y remuneraciones también bastante precarias. Los profesores y las profesiones médicas en el sistema público están bastante más protegidas. Los trabajadores comunitarios son considerados profesionales de tercera o cuarta categoría.

Hacia 1992, cuando surge el discurso de la intersectorialidad, algunos notaron que se había producido un desfase, precipicios, una desconexión entre el gobierno central, el local, los

profesionales en los servicios psicosociales y comunitarios, los actores sociales organizados y no organizados. Entre todos ellos. Evidentemente, esto no es algo que pueda leerse o resolverse desde la Psicología Comunitaria.

Tú dices que hay precipicios entre los diseñadores, los ejecutores y los actores territoriales...

Es una metáfora, es una metáfora respecto al saber y las posibilidades políticas. Creo que esos enlaces son los que fallan. La posibilidad de articular lo global con lo local o lo macro con lo micro político. Es además prácticamente imposible si no construimos una democracia participativa que dé sentido y regule la democracia residual o formal, ya que en Chile no se ha consolidado ni siquiera una democracia representativa. No dudo que en cada uno de estos segmentos exista un tremendo capital, no es un problema de los buenos y los malos, los lúcidos y los conscientes; son las articulaciones las que fallan, las significaciones que depositamos en el “inter”. Hablamos de lo intersectorial, hablamos de lo interdisciplinario, de lo intergeneracional, de lo interclasista, hablamos de todos esos conceptos, pero ¿y cómo los estamos pensando y objetivando?

¿Cuáles crees que son las orientaciones, las recomendaciones que nos podrías dar para construir esa Psicología Comunitaria?

Creo haberlas formulado entrelíneas. Por lo pronto, cuidar lo que se ha logrado y reconstruir el campo a la luz de las nuevas condiciones. Tanto las internas como las externas. Para mí es importante reconstruir la memoria de los principios y las prácticas que dieron origen a esta perspectiva en Latinoamérica. Con esto quiero representar un punto de vista colectivo y que tiene lugar todavía en los márgenes. Un campo como este debiera ser un espacio vivo y no formalizado, donde los psicólogos, con su perspectiva parcial pudieran dialogar con otros actores

comprometidos con el cambio social para el desarrollo de las comunidades, desde un punto de vista regionalista crítico; esto, por lo que se piensa y practica en nombre de la Psicología Comunitaria. Tendría que ser una práctica de enlace, de tejedores, como la Psicología Social hermenéutica y crítica. La Psicología Social Comunitaria sería un espacio generativo para hacer dialogar cualquier creación en Psicología desde el punto de vista del desarrollo de comunidad local, territorializada, con su historicidad, y sus diferencias situadas, encarnadas.

Las mallas habría que transformarlas...

Es un sentido o una discusión anterior a las mallas de pre y postgrado. Además, las mallas están cambiando actualmente y en muchos casos se está optando por relegar la formación en Psicología Social Comunitaria a un segundo plano. Existen alrededor de 100 unidades de enseñanza de la Psicología en Chile; bien podrían algunas privilegiar decididamente la formación social y comunitaria. El Estado debiera considerar mecanismos para formar recursos humanos calificados para los distintos campos, como sucede en otros países.

Por esto me parece cuestionable la pregunta por cómo estamos formando a la luz de “las necesidades de la práctica”. Me llama mucho la atención esa pregunta. Me suena una pregunta naturalizadora de ambos términos. Sucede que en Chile ya no hay universidades paradigmáticas, que anticipen y colaboren en la construcción social.

...ahí hay un tema justamente, porque está la idea de una práctica instalada y quiero opinar al respecto, hay un desfase, nosotros diagnosticamos un desfase entre el desarrollo académico de la Psicología Comunitaria, institucionalizada en las universidades, que de alguna manera le da sentido a este quehacer, pero no se nexa con el quehacer en los programas sociales. Ni siquiera me atrevo a decir con certeza que lo que se implementa en los programas sea

Psicología Comunitaria, lo único que queda claro es que es el quehacer de los psicólogos en los programas sociales.

Estoy de acuerdo con ello, pero la formación universitaria, los programas sociales y la práctica social no responden necesariamente a los mismos problemas ni comprometen a los mismos actores, aunque estén interrelacionados.

Afirmamos que somos en general sociocríticos y que estamos muy identificados con Mariza Montero y la hemos enseñado por años...

Creo que una reconstrucción de la Teoría de la Dependencia, la Psicología Social Crítica y la Psicología Social de la Liberación pueden aportarnos nuevas luces sobre como continuar practicando la Psicología Social Comunitaria Latinoamericana. Pero esta apuesta tiene que tener un horizonte comunitario. Opino que Maritza Montero ha intentado representar este punto de vista. En su trabajo considera estas líneas de acción como fundamentos de la Psicología Comunitaria latinoamericana.

...claro, ha sido clave, pero por otro lado nos hemos desconectado de los contextos de poder de las políticas sociales, entonces queremos ver qué nivel de conexión hay ahí, creo que la tesis es que hay desfase y eso genera caos y una tremenda dificultad de conducción. ¿Qué piensas?

Esto a mí, personalmente, también me inquieta. Pero particularmente me inquieta el problema del trabajo territorial y los efectos que las nuevas lógicas y prácticas están ocasionando. En Chile, por ejemplo, funcionan fondos culturales que están auspiciando a una elite. Las comunidades no tienen acceso a ellos. Para mí, junto al problema de la pobreza y la dependencia política, es central el problema de la riqueza cultural de nuestro continente. Es un patrimonio vivo y yo entiendo la Psicología Social Comunitaria como un compromiso con la

democratización cultural que conecta con el problema ecológico, la riqueza etnolingüística, las manifestaciones artísticas, la autonomía política de los pueblos originarios. Si los europeos han podido defender este patrimonio, por qué causa no podríamos hacerlo nosotros. La idea de “concientización”, empoderamiento o capitalización no alcanza a dar cuenta de este problema, que está alcanzando ribetes de genocidio. Hay que abrir una discusión democrática sobre los estilos de desarrollo, que no se realice con la retórica que excluye posibilidades contra hegemónicas, bautizándolas como “alternativas”.

Y tú crees que una tarea del futuro es esa...

En principio, son tareas pendientes. Creo que debiéramos situarnos detrás y situar delante el saber que tenemos que crear, la creación colectiva del saber; colaborar en esta dirección, crear espacios solidarios y generativos. La gente de inmediato comienza a calcular quién tiene que dirigir este proceso. Yo creo en los liderazgos situacionales y no en los formales. Mi interés no es desarrollar una disciplina más al interior de lo mismo.

¿A qué se debe esta desconexión? ¿Cómo lo entiendes tú?

A los distintos factores que he señalado. Primero, a los distintos orígenes y apuestas que condujeron al desarrollo de una perspectiva comunitaria de la Psicología Latinoamericana. Un pensamiento y un hacer posibilitado por diferentes marcos y solidaridades colectivas. El segundo elemento, refleja la transición política con todas sus complejidades. El tercero, un cambio global de la sociedad humana, al que aluden sociólogos como Beck. Al hecho de que hemos arribado a un nuevo tipo de sociedad donde sigue avanzando la fragmentación del tejido social y las amenazas globales, en la que el drama de la individualización se ha encerrado en los cuerpos, en los individuos aislados, donde nos relacionamos entre nosotros y no solo con los otros como extraños, donde tenemos que improvisar nuestra identidad en medio de la exclusión masificada.

Hasta los barrios de las ciudades se están desmantelando por el imperio de las formas de producción y consumo postindustriales. La Psicología Social Comunitaria debiera confrontar esta arquitectura.

La Psicología Comunitaria va a ser relevante en la medida en que la construyamos como un problema más que como un material o como una acumulación de saberes; un problema que se va haciendo históricamente siempre de nuevo y que lo tenemos que volver a leer bajo las nuevas condiciones. Por lo mismo, no me atrevo a hablar del futuro, de la idea que tenemos que formar para el futuro en un ámbito concreto. Tenemos que formar con las nuevas epistemologías. Tenemos nuestras cajas de herramientas conceptuales, metodológicas, críticas, socioconstruccionistas o sistémicas, lo que tú quieras, a mi parecer un poco precarias aún, pero con eso ya tenemos suficiente comparado a lo que teníamos antes; el asunto no se resuelve con la formulación de una teoría o un tema nuevamente totalizante, con la revelación de una verdad. No sacamos nada con hablar del construccionismo o de las epistemologías críticas, si no lo ponemos en práctica. Por esta razón considero una acción retórica llamar comunitarias a propuestas que no son tales y eso me lleva a una distinción mínima, la que Rapaport hace entre las intervenciones psicosociales y las comunitarias, vale decir, centradas en individuos o grupos y centradas en comunidades. Es la apuesta que diferencia la Psicología Social Comunitaria de la Psicología Comunitaria. Esta es una línea de pensamiento y acción de las Ciencias Sociales latinoamericanas, que no hay que confundir con la investigación cualitativa o la investigación-acción.

Es una distinción histórica y política. A mí me interesa practicar la Psicología Comunitaria porque quiero rescatar el pensamiento latinoamericano, no un latinoamericanismo separado del mundo, sino una visión desde la reflexión de nuestra memoria e identidad y hablar

al mundo que compartimos. Nosotros tenemos varios problemas en este sentido, en el caso chileno en concreto. En las facultades y carreras no hay una línea coherente de estudios latinoamericanos, como sí se da en Argentina o México. Nuestros alumnos están escasamente formados en Ciencias Políticas, Sociología o Filosofía Social.

¿Finalmente quiénes intervienen en el curso de una sociedad? No son los buenos o los ilustrados o los actores conscientes. Intervienen los que crean o administran formas de gobierno, en el amplio sentido de la expresión. Hay que conectar el poder con la solidaridad, vale decir, con la creación y el amor.

Yo quiero resolver el tema de la intervención psicosocial. Tú dices que hay una distinción importante ¿Cuál es la diferencia con la Psicología Comunitaria y al revés? Y si es que efectivamente estamos en una tensión hoy día en nuestras prácticas frente a esas dos alternativas...

Hay muchas distinciones entre la intervención psicosocial y comunitaria. Y también entre la intervención comunitaria y la Psicología Comunitaria y la Psicología Social Comunitaria. De hecho, el concepto de intervención es problemático. Junto a los argumentos que ya he presentado, a mí me hizo sentido hace varios años la distinción que Martín Baró planteó entre los grupos con historia y los grupos artificiales. Ya en el año 87, en un proyecto de la Universidad de Chile, pudimos observar que era bastante diferente trabajar con monitores formados por los programas y trabajar con líderes territoriales. El trabajo comunitario es largo y costoso, porque requiere reconocer a estos actores desde una perspectiva discursiva y émica. Luego requiere negociar los distintos intereses en juego, dialogar con las distintas bases de autoridad y poder, que están en OG's y ONG's y particularmente en asociaciones voluntarias que muchas veces carecen hasta de personalidad jurídica. En Peñalolén trabajamos varios años antes de lograr

armar la interrelación entre universidades, municipios, colectivos culturales, apoyos internacionales, la Iglesia de base y partidos políticos. Para ello fue indispensable construir el horizonte ético y político común al que ya hice referencia.

La distinción es por lo tanto central, hace tiempo que lo es. Por eso rompimos el modelo de espera clínico o el modelo de la aplicación tecnológica. En el proceso de democratización del país no fueron rescatados, como en otros países de la región, la acción política y los saberes comunitarios, que fueron críticos de los procesos anteriores a la democratización. De hecho quiero insistir en que, en la práctica, no gestioné estas organizaciones ni nada parecido, me inscribí en ellas y asumí el liderazgo que se me otorgó en muchas oportunidades, compartiéndolos con otros liderazgos. El imperio de la racionalidad instrumental y el fetichismo que la inscribe en los cuerpos, crea un entendimiento separado de estas posibilidades, del diálogo con la tradición y los afectos.

Animamos una movilización creciente que sacudió el miedo, la muerte, la amenaza, el exilio interno, por lo menos en el mundo popular, y los sectores medios; se armó ese encuentro entre prácticas y medios de resistencia que escribía la Psicología Comunitaria como una forma de abogacía social, para ponerlo en términos del cuestionario.

Eso es comunitaria, no son intervenciones psicosociales... ¿qué sería la intervención psicosocial?

Una crítica del modelo médico en el campo de las intervenciones de salud, cuestión con la que me identifico, pero que diferencio del problema de la Psicología Social Comunitaria. La controversia que se da en los campos clínicos también tiene alcances históricos y políticos. Numerosas historias de la Psicología, la Medicina y la Psiquiatría la documentan. Esto lo

defendimos al enfocar los aspectos psicosociales de la atención primaria, cuando el psicólogo se incorpora al nivel primario de atención de la salud, hacia 1993.

E. ¿La Psicología Comunitaria está muy distante de la Intervención Psicosocial?

Por experiencia y formación, me interesan los temas clínico-sociales y he insistido en que las fronteras entre ellos no son fronteras naturales; son fronteras críticas.

¿Qué crees tú que se hace más hoy día? ¿Comunitaria o intervención psicosocial?

Intervención psicosocial, a todas luces. Adicionalmente, políticas, programas y proyectos sociales gestionados desde arriba, desde el gobierno central o local. En todo caso, estos campos además de necesarios, también son dinámicos y contradictorios.

Alipio Sánchez-Vidal

Diálogo sobre la visión de los académicos chilenos respecto del desarrollo de la Psicología Comunitaria

Las entrevistas tienen cuatro ejes. Primero, el relato sobre las transformaciones de los 90, que tiene que ver con las prácticas, la formación y la institucionalización de la Psicología Comunitaria en Chile; qué pasa en esos años, una narración más histórica, desde esa fecha hasta 2005-2006. Segundo, cuál es la relación entre la política social y la Psicología Comunitaria, a partir de las transformaciones de ese período. Tercero, la posible antinomia entre intervención psicosocial y Psicología Comunitaria. Cuarto, cuál sería la orientación de las proyecciones futuras.

Hemos pensado que podríamos conversar espaciada y fragmentadamente a propósito de cada uno de estos ejes. Algo así como capítulos para facilitar la lectura de la entrevista. Y en este

sentido, nos han interesado dos niveles. El primero, que nos hicieras una especie de síntesis o comentario general respecto de cada eje y también un análisis de cómo ves esto y si se puede establecer un paralelismo entre lo que ocurre en España y Europa respecto de estas dimensiones.

Una opinión reflexiva crítica de lo que producen los autores de las entrevistas y una mirada personal respecto a esa toma de posición. ¿Te parece?

Primer eje: Transformaciones de la Psicología Comunitaria desde los 90 en adelante

A ver. Una primera consideración general: mi mirada sobre los temas que me planteáis tiene que ser desde fuera, teniendo en cuenta lo poquito que pude conocer de Chile por una visita intensa pero limitada y que tampoco he vivido el proceso histórico vivido por el país; entonces no tengo el referente esencial de lo que pasó y de la realidad presente que me permitiría hacer una lectura y comentario suficientemente informados. Eso me permitirá, como contrapartida, una mirada más “ingenua” y distanciada que pueda desafiar asunciones e ideas compartidas desde dentro y comparar las realidades revisadas, las que yo sí he conocido y vivido. Curiosamente hay un par de autores —Martínez y Krause, creo recordar— que por haber estado fuera un tiempo, aportan, también, ese tipo de mirada externa, pero al haberse criado en Chile, ellos tienen, lógicamente, las claves culturales que les permiten hacer una lectura histórica con sentido. Uso entonces como referente y “realidad” de partida lo que dicen los entrevistados y a eso me referiré sin hacer juicios de valor sobre lo que pasó o no pasó, que todos conocéis en Chile por haberlo vivido, aunque con perspectiva del tiempo el significado global y sentido de la historia de la PC hacéis distintas lecturas.

Una primera constatación al examinar las entrevistas es, de todos modos, la existencia de una variedad de visiones sobre qué hechos son significativos o qué hitos cruciales en la evolución de la PC chilena o, sobre todo, qué sentido global tiene esa evolución —y qué

valoración merece— a la vista de lo que está sucediendo hoy en día. Una segunda, son las coincidencias también presentes en las narraciones sobre, por ejemplo, las etapas del desarrollo cuyos ejes básicos dibuja Asún. Se señala una especie de etapa inicial en los 60 ó 70 del siglo pasado, que a partir de experiencias de desarrollo comunal, activismo popular o el trabajo de la salud mental, ligado a Marconi y otros, tras el trabajo de las ONGs y la resistencia a la dictadura, lleva, con el advenimiento de la democracia, a un asentamiento y expansión del campo que pasa a estar más vinculado a programas y acciones gubernamentales. O sea que parece haber una especie de prehistoria, en que se hace trabajo comunitario extra institucional o extra gubernamental ligado a la “sociedad civil” (ONGs, movimientos populares, sectores eclesiales, etc.), que en los 90 se institucionaliza a nivel académico y práctico como intervención comunitaria desde la psicología y en que los programas son básicamente estatales. Ese sería un gran paso, según coinciden casi todos los entrevistados. Otra cosa son las valoraciones que se hagan de ese paso como bueno o malo, conveniente o inconveniente, para la PC.

¿Cómo lo percibes desde las características de ese proceso, en sus planos académicos, formativos, docentes y también de práctica, también en comparación con la experiencia europea?

Bueno, la cuestión es que, como decía, yo no le he vivido; sólo puedo, por tanto, opinar sobre lo que dicen los distintos entrevistados. Sí lo he vivido yo aquí en España y en Cataluña. Y en el caso europeo no tengo tan claro que tengamos una visión común y tampoco hemos comentado estos temas abiertamente. Supongo que lo que pasa es que, al estar ya institucionalizada o estatuida la PC, se toma como un elemento dado, indiscutido en la medida en que el curso que ha tomado ya está, para bien o para mal, establecido en la sociedad y la academia y las decisiones tomadas —o evitadas— son parte del pasado, no del presente. Y en ese sentido, es bien interesante que vosotros habléis de estos procesos, porque los habéis vivido

recientemente; se nota que la PC esta viva allá: estáis hablando de lo que está pasando, de los cambios que se producen, os gusten o no, y de posibilidades o potencialidades aún abiertas.

Ahora, de vuestro proceso, lo que se percibe en las entrevistas, es una irrupción masiva de la iniciativa pública y gubernamental que, aunque casi nadie ve mal en general, provoca muchas dificultades y cuestionamientos. Se percibe que el Estado se hace cargo de los problemas sociales y de los programas que antes han sido abordados desde la iglesia, las ONGs o la iniciativa popular con influencias externas como, en el caso de Marconi, de la salud mental comunitaria norteamericana.

Esa sería una pata; otra, que está implícita, es el cambio que ha experimentado la sociedad chilena no solamente en el aspecto político, la transición democrática que también vivimos aquí en España. Me refiero al cambio más profundo de la sociedad, que yo sólo intuyo porque no lo he vivido, y que sólo puedo imaginar en función de la transformación que sucedió aquí, un cambio en dos niveles: en la estructura política y en la sociedad. Aquí en España, por lo menos, los dos cambios estaban ligados: la sociedad había avanzado tanto que llegó un momento en que la dictadura o el régimen autoritario resultaban social y culturalmente anacrónicos, no se correspondían con el sentir, los deseos y el dinamismo del conjunto de la sociedad. La respuesta de la academia y de la práctica social fue, aquí al menos, a los dos procesos el político formal y el social. Más, de hecho, a los cambios sociales, a las demandas de la sociedad, a las que a veces respondemos — y otras no— la academia y los profesionales.

Lo que está más explícito, me llega más de las descripciones de los entrevistados, son los cambios a nivel político, de los que Asún da una visión más social y global. Parece que la transformación social tiene mucho que ver con el desarrollo económico (un fenómeno también paralelo con lo sucedido en España) que, entre otras cosas, permite que haya dinero para los

programas sociales, un elemento omnipresente en las opiniones de los entrevistados. Teóricamente contar con mucho dinero es bueno, pero esa abundancia acaba con frecuencia introduciendo una especie de prostitución de la misión de la acción social, que queda condicionada en contenido y, peor, en enfoque por el dinero disponible y la filosofía desde la que ese dinero se asigna o distribuye.

Un tercer aspecto, más profundo, sería la destrucción de la comunidad que suele acompañar a la transformación cultural social implícita en el polémico tema de la modernización, más el cambio de la vida rural a la vida urbana —presente en varias entrevistas— y otros asociados como el individualismo —que varios señaláis como obstáculo para el trabajo comunitario—, la desterritorialización, la centralidad del trabajo y los aspectos productivos, o el surgimiento de los problemas sociales, tras el que aparece, “automáticamente”, el tema de la intervención psicosocial. Creo que esta transformación social merecería una reflexión, por parte vuestra, ya que es vuestra realidad y uno debe tener su propia posición al respecto para no adoptar, simplemente, la ajena que casi siempre se ha elaborado a partir de una realidad distinta. Una reflexión desde un doble punto de vista. Uno, la ecología de los cambios que se han producido, y los que se van a producir, en la sociedad; cómo, por ejemplo, aparecen una serie de problemáticas sociales (la “patología” del desarrollo económico, el “malestar del bienestar”) y cómo se tiende a responder además con métodos individualizados de trabajo con frecuencia contrarios a los valores y al punto de vista comunitario y muy influidos por las demandas de controlar lo que se hace por el Estado.

Y un último elemento de la transformación global, que sí está bien reflejado en las entrevistas, es el marco socio político más global, asociado a la dominancia de la ideología neoliberal, que parece que en Chile tiene un particular impacto a nivel de la dictadura, primero, y

a nivel de los gobiernos democráticos, después. Yo veo, que los psicólogos, los científicos e interventores sociales somos demagógicamente supercríticos con ese punto de vista sin querer plantearnos la contradicción de fondo. A ver: el neoliberalismo ha sido el motor de un desarrollo económico (un cierto tipo de desarrollo económico, cierto) que ha permitido impulsar y pagar programas sociales en los cuales estamos trabajando. Pero esa misma filosofía neoliberal ha contribuido, por otro lado, a disolver muchos elementos y tramas básicas de la comunidad y a crear las desigualdades que esos programas buscan aliviar. Ahora vistas las cosas a ras de tierra, desde la realidad, hay que preguntarse ¿hubiera sido mejor un modelo alternativo, una segunda Cuba con un modelo de planificación socialista total teniendo en cuenta no sólo las ventajas y logros pasados, sino también los costos sociales del sistema y su viabilidad en el Chile actual y en el mundo presente? Hay que plantearse esa pregunta e intentar resolverla con honestidad y sin demagogias sesentayochistas baratas: no se pueden poner sólo los inconvenientes en un enfoque y las ventajas en el otro. Si como analistas sociales, los psicólogos comunitarios somos incapaces de contemplar la realidad cara a cara, no estamos capacitados para actuar: la ideología (las preferencias ideológicas, quiero decir) pueden ayudarnos a ver esa realidad y entenderla mejor, pero nunca deberían deformarla o embellecerla para que se ajuste a nuestros deseos o preferencias.

¿Qué opinión te merece la instalación en Chile de una Psicología Comunitaria periférica, extra académica, durante este período?

Antes de responder, voy a tratar de resumir, si no te importa, las transformaciones citadas en la respuesta anterior. Parece que ha habido cambios a tres niveles: en la sociedad que lleva a demandar una nueva forma de intervención no clínica; en el sistema político, que junto al desarrollo económico permite dedicar recursos a los programas sociales y que el Estado se haga

cargo de lo que antes hacían las iniciativas populares o la sociedad civil o el pueblo. Y por fin, en el marco global, el neoliberalismo, que aunque tienes aspectos positivos y negativos, solemos verlo sólo como malo y negativo, sin contar con que la otra alternativa global no era, por lo que hemos visto, tras caer el muro de Berlín, mucho mejor. Yo he hablado, sobre todo, de los cambios en la sociedad y de su impacto en el tejido comunitario, que es, por cierto, el aspecto menos presente en las entrevistas; mientras que lo que sí se ve ampliamente comentado son los cambios políticos y gubernamentales de los que yo no voy a opinar, porque evidentemente no me corresponde.

Antes de entrar en esa pregunta, y para cerrar este punto, creo ver que percibes poca atención en la reflexión que hace la Psicología Comunitaria chilena sobre las transformaciones que ha habido en la sociedad y a las que debiera poner más atención.

Sí, sobre todo en el tema de la comunidad. Pero, a ver, esta falta de reflexión sobre los factores socioculturales y políticos que condicionan y acompañan del desarrollo de la PC es casi universal. Creo que la cuestión de fondo es que esos factores conforman el marco socio-cultural y político, por decirlo de algún modo, que no es parte de la PC, pero que condiciona enormemente cualquier intento de introducir cambios sociales, aunque no lo determinen. Hay una reflexión que sí se ha hecho, más en el sur que en el norte de América, y es la ligada al componente más directamente político (la línea de la “psicología comunitaria latinoamericana”), pero apenas se ha incidido en las transformaciones culturales y sociales más profundas que precisan, creo yo, un análisis más amplio y una reflexión más distanciada. Por ejemplo, el tema que a mí me preocupa mucho y que algunos (como Germán Rozas y otros reflejan) de la disolución de la comunidad y las vinculaciones sociales. En un primer momento, la visión de la PC puede ser más “técnica” o inmediata: podemos ver eso como el origen de muchos de los

problemas en que trabajamos, a la vez que de dificultad de trabajar con un enfoque psicosocial o comunitario que siempre supondrá algo de colectivo o, al menos, de relacional. Pero la cuestión de fondo es que si la sociedad se está transformando en una serie de planos que generan una serie de problemas (drogas, fracaso escolar, desvinculación, etc.), pero también una serie de beneficios como el desarrollo económico, nosotros, como analistas, debemos ser conscientes del sentido amplio de esos cambios y, como trabajadores de lo social, ver el papel global que colectivamente jugamos en esos procesos junto al que deberíamos jugar. Porque si al final lo que nosotros hacemos es eliminar los fallos y engrasar los engranajes de la máquina para que esta no chirríe y ayudamos a producir ciertos cambios beneficiosos para la gente y a adaptar a esa gente (lo que se presta a críticas a veces algo demagógicas), pero no nos dejan tocar los mecanismos básicos de la maquinaria, quizá es que, como colectivo, nos sentimos justificados o estamos relativamente satisfechos con ese nivel de actuación y no nos hemos parado a reflexionar suficientemente al respecto.

Me parece una reflexión pertinente para los psicólogos comunitarios chilenos, porque el país se está desarrollado económicamente mucho y hay que ver, desde el punto de vista comunitario, qué es lo que está pasando al nivel de las relaciones entre la gente y entre los grupos y con los valores y, sobre todo, qué está sucediendo con la comunidad, porque al final queremos hacer PC y no solo intervención psicosocial. Pero, incluso, si nos limitamos a eso, necesitamos saber qué está pasando con las vinculaciones y lo psicosocial en función de los cambios que se producen. Quizá no vayamos a ser los protagonistas de esos cambios en la sociedad, pero tenemos el deber, si somos analistas sociales más o menos lúcidos y críticos, de decirle a la gente lo que vemos y los efectos humanos negativos o positivos que eso está teniendo. Que la sociedad lo quiera o no es otro tema, pero nosotros hemos de ser conscientes de

esos efectos y hacer a la sociedad consciente de ellos; hacer un poco de notarios psicosociales o comunitarios, por decirlo así. Después si la sociedad quiere estar más o menos alienada en una ideología del bienestar o en un consumismo empobrecedor, al menos que no sea por cómoda ignorancia; que lo sepa porque nosotros (u otros) lo hemos denunciado. Y para eso lo tenemos que saber nosotros antes, claro.

¿Cuál sería tú opinión respecto de que este proceso de institucionalización de los 90 en adelante que los autores reflejan y que, a mi juicio, ocurre en todos los niveles — prácticas y, sobre todo, instalación académica del proyecto de la Psicología Comunitaria en Chile— se convierta en un espacio de formación específico que va adquiriendo cada vez más relevancia y más nichos particulares de formación?

Claro, y que es un proceso que en las entrevistas se refleja muy bien y que con unos u otros planteamientos y recibiendo unas u otras respuestas se ha vivido en todas partes y en todos los campos. Parece que en el caso de la PC preocupa más la institucionalización por el punto de partida: un movimiento muy crítico e idealista, a la vez, en el norte y en el sur. Un movimiento que va ligado en el sur, en los años 60 del siglo pasado, a una psicología social muy crítica y al “gran cambio social” (la “psicología comunitaria latinoamericana”) y a una alternativa política y social global (el socialismo, el comunismo), que en un momento dado desaparece como alternativa real. En el caso del norte, también hay algo de eso, pero emergen también los temas que mencioné: disolución de la comunidad, debilitamiento de los vínculos entre la gente, falta de sentido vital, búsqueda de una forma de vida más humana más enraizada y con sentido, más comunitaria. Pero en los dos casos la PC empieza como un movimiento utopista y politizado que busca un cambio profundo y que, claro, opera un poco como francotirador desde la periferia —

sino desde fuera— del “sistema” y aupado en un discurso trasgresor y hasta incendiario que encajaba bien con la academia, desde donde se podría hacer, digamos, “impunemente”.

El problema es cuando se intenta poner eso en práctica o cuando te ofrecen las oportunidades de materializar esas utopías y cambios, cuando te enfrentas a la realidad con grandes y bonitos discursos, pero sin los medios técnicos o de otro tipo apropiados. Ahí es donde surgen las grietas y se producen las discrepancias y, una de dos y simplificando, o te quedas impertérrito donde estás con tu verdad inamovible o cambias y reajustas tu discurso en vista de la realidad. O, como sugería antes, te mueves en distintos niveles, de forma que realizar una práctica determinada en un nivel no implica renunciar a la crítica social ni al reconocimiento de tus límites o de la presencia de múltiples actores e instituciones sociales en los procesos de cambio, en otro nivel. Y eso es lo que plantea la institucionalización en cualquier campo y sitio: tener que enfrentarse con determinadas tareas sociales con medios institucionales y responder de los resultados de lo que haces; ser parte del “sistema” y responder ante él.

En el campo académico esas contradicciones y tensiones se manifiestan sobre todo, como muestran bien las entrevistas, en dos niveles. Uno, en el discurso teórico muy ideologizado, con escasas apoyaturas empíricas, y con frecuencia alejado de las demandas de la realidad. Dos, en el precio que pagan los interventores que formamos en el campo de trabajo que van armados de grandes y bellas ideas sin tener una estrategia coherente para hacerlas realidad. Es algo así como mandar a las tropas a la batalla a tomar una colina, con la moral inflamada, pero resulta que no tienen casi armas, el terreno no es como pensaban y, encima, lo que les han dicho que hay que hacer no acaba de funcionar. Entonces produce el queme, el burn-out, el incendio más grande de América Latina como dice hiperbólicamente Asún. Y los docentes tenemos una gran responsabilidad por haber llenado la cabeza a los futuros profesionales de unas

ideas difícilmente viables en la práctica. Y desde ese punto de vista, la institucionalización académica y práctica ofrece una oportunidad para replantearse todos esos temas. Y varios entrevistados hacen un análisis bien lúcido — con cierta timidez y veteado a veces el pesimismo excesivo, otras por la esperanza— de varias facetas e implicaciones del fenómeno. Y creo que una parte de nuestra responsabilidad como académicos es formar adecuadamente a los futuros profesionales, equilibrando la teoría o ideología que les entregamos con los medios técnicos y prácticos para poner esas ideas en práctica e ir las reformulando sucesivamente, en vista de los resultados obtenidos de forma que ellos no paguen, personal o profesionalmente, el precio de nuestras veleidades retóricas o de la deficiente formación (por los que nosotros también acabamos pagando un precio, claro...). Y esa es una reflexión que hay que hacer, “aplicando” las conclusiones en la práctica.

Tú crees que en Chile estamos haciendo esta reflexión

Sí, claramente se ve.

A ver ¿qué se ve?

Bueno, que hay toda una línea que incluiría a Fals Borda, Escobar, Martín-Baro, Paulo Freire o Maritza Montero que ha ejercido una gran influencia en la PC latinoamericana y con su parte positiva pero que acaban siendo un poco como los santos que están en los altares y de los que da la impresión que cuesta despegarse para elaborar tu propia forma de pensar y actuar si ves que en esa línea hay elementos desconectados de la realidad que tú vives o que están, de alguna forma, en contradicción con esa realidad. Eso es particularmente cierto y agudo cuando, como en los magísteres, has de preparar a gente para actuar; y en las entrevistas hay una crítica entre tímida y respetuosa a ese tipo de discurso y un reconocimiento de la necesidad de modificaciones, nuevos aportes y perspectivas, de renovación del discurso y la perspectiva

teórica e ideológica en función de la praxis, vamos. Quizá se puede, y se debe, sostener el espíritu que soporta ese discurso sesentista, pero parece pedirse una reformulación a la vista de las nuevas realidades no una mera repetición del discurso como si todavía estuviéramos en los años 60.

Creí entender que en Chile estamos haciendo esa reflexión y no en Latinoamérica, que había algo particular en el caso chileno

No lo sé, es que esto de generalizar a toda Latinoamérica... yo, por lo menos, no me veo con el conocimiento o el atrevimiento para afirmar algo así. Ese es un examen y reflexión que los propios psicólogos comunitarios de toda América Latina tendríais que hacer. Pero, por poner un ejemplo, conozco algunos activistas y pensadores instalados en un pensamiento marxista “duro” que resultan tremendamente dogmáticos, que “saben” lo que la gente necesita y “que la van a concienciar” y cambiar desde su particular evangelio. Idéntica postura a la que tenían aquí (en España) algunos comunistas que siempre estaban en posesión de la verdad y si les discutías o contradecías, tú siempre estabas equivocado. Ese tipo de posturas o imposiciones (que refleja bien Martínez en su entrevista) son inaceptables y, desde luego, nada tienen que ver ni con la PC, ni con el desarrollo de las personas, ni con la autogestión social. Pero, claro, situemos las cosas: luego tú tienes análisis de orientación marxista que resultan espléndidos y mucho más esclarecedores que las lecturas empíricas o lineales de la realidad o de los procesos sociales.

Respecto a la psicología comunitaria, su fundación en otro momento histórico con un tema comunitarista muy fuerte, con un sentido de transformación social y con un llamado al cambio social muy intenso, asumiendo que se ha transformado esa realidad inicial, ¿crees que la psicología comunitaria ha hecho en su conjunto esa reflexión de ajuste?

Creo que no. Al menos en general y en el sentido de haberlo discutido en un foro llegando a conclusiones compartidas por la mayoría, porque nunca van a estar todos de acuerdo. Por ejemplo en nuestras reuniones, las de los europeos, por cambiar el foco del análisis, esos temas surgieron en algún momento, pero ni se mantuvieron ni fructificaron, porque los planteábamos algunos francotiradores; pero la gente no te seguía, parecían asumir que ya estábamos en otro momento y que esa discusión “no tocaba”. El punto de vista predominante, desde luego no el único, es que hay que adaptarse a los nuevos tiempos y realidades. Y yo no estoy de acuerdo con eso; creo que en los planteamientos iniciales de la PC (del norte o del sur) hay ideas y elementos muy valiosos y que el espíritu de la PC para nada se debe perder y que el cambio social sigue siendo un componente muy valioso a retener (con matices). Otros aspectos de aquellos planteamientos, como el dogmatismo y la forma cómo se presentó o una cierta rigidez y el punto de vista de aristocracia elitista que venía a decir nosotros sabemos cuáles son los problemas y además tenemos las soluciones, eso me parece que es hoy en día inaceptable (tan inaceptable como lo era en su momento, pero, bueno, se aceptaba).

¿Por qué? Porque, por un lado, como repiten varios entrevistados, la realidad social es cada vez más compleja; bueno, siempre fue compleja, lo que pasa es que ahora está más fragmentada por el impacto de las nuevas formas de vida. Eso requiere escoger aspectos conceptuales e ideológicos de distintas teorías que sean adecuados para entender y manejar esa complejidad. No se puede abrazar la teoría X como teoría única y verdadera. Y eso los entrevistados lo expresan en distintas partes defendiendo la necesidad de una reelaboración teórica que está en marcha, a veces cogiendo elementos de fuera de la psicología (como el capital social). Creo que hay que estar en contacto con la realidad, dialogando continuamente con ella y con las otras teorías o puntos de vista. Y pienso que las ideologías monolíticas como vía única de

acceso a “la verdad” o las explicaciones causales únicas de cualquier aspecto o proceso comunitario mínimamente complejo no tienen hoy sentido ni lo han tenido nunca; lo que pasa es que hubo un momento en que, por razones varias, eso parecía aceptable o cuando menos admisible. Y hubo gente que jugó esa baza en el contexto de un clima y unas aspiraciones colectivas que daban cobertura a estas líneas argumentales de pensamiento. Pero claro, ya se ve el precio que se paga: al cambiar el clima social te quedas con el culo teórico al aire como si dijésemos, esas ideas ya no tienen justificación ideológica y no has realizado acumulación de teoría verificable con alguna pretensión de validez a trans-histórica y trans-cultural.

Y, por otro lado, hay que tener en cuenta que el cambio comunitario es, lo mires como lo mires, un cambio con la gente, y si la gente no quiere cambiar o el clima social no es propicio no debemos imponerlo con justificaciones más o menos variopintas. Lo que nos enfrenta con el tema de la viabilidad de una PC verdaderamente transformadora hoy en día, al menos en las sociedades ricas en que la mayoría de la gente está globalmente contenta con el status quo y no sólo no quiere cambios, quiere, simplemente conservar su bienestar. Es una cuestión peliaguda que no es que no hayamos resuelto es que prácticamente no nos hemos planteado (especialmente la generación “histórica” de los 60 y 70).

Para intentar cerrar este primer eje ¿podrías hacer una síntesis del posible paralelismo entre la psicología comunitaria en Chile y en España?

Bueno, ya he hablado demasiado de mi punto de vista. Intento ahora resumir el vuestro, los cambios que vosotros, los entrevistados veis, en el proceso de institucionalización a nivel tanto de práctica como a nivel de formación académica.

Primero se habla de planificación sobre todo a nivel estatal y muchas veces centralizado que impediría la conexión con el trabajo comunitario local. Segundo, creo que es Asún quien

señala certeramente el problema de que lo que ese proceso hace es dejar que la definición o construcción del problema la haga el Estado, no nosotros y eso a un cierto nivel es difícilmente aceptable. Tercero, como señalan Germán Rozas y otros, las lógicas centralizadas seguidas han hecho cambiar el blanco (el objeto) de la intervención de la comunidad —que tiene un componente o enraizamiento territorial más propio de la vida rural— a los individuales con problemas sociales, relacionados con la desestructuración social que suele acompañar al proceso de modernización, al desarrollo industrial. Y que conlleva la pérdida de la lógica de lo colectivo, muy propia de Latinoamérica y también hasta cierto momento del sur de Europa. Y que esa lógica de análisis y trabajo no se debería perder porque lo comunitario es necesariamente colectivo. Y porque, además, el trabajo comunitario acaba teniendo que ver, como vosotros reflejáis, con la intervención psicosocial (o los problemas psicosociales) en que ni el elemento territorial ni el colectivo están siempre presente y sí domina, en cambio, el asunto de la individualización de la intervención. Contando con que la lógica administrativa estatal suele estar desterritorializada, la PC debería reivindicar el trabajo contextualizado y territorializado, en la comunidad, aunque se trate de problemas sociales.

Otro tema repetido es el inmediatismo de la acción con tiempos cada vez más cortos de realización dictados por el ritmo gubernamental que impiden el cambio a largo plazo y en profundidad. La cuestión estaría en esos programas, gubernamentales o estatales, en hacer ver a los gestores políticos la necesidad de una planificación a medio y largo plazo que permita una cierta continuidad de los programas. Ese es el ideal, pero no parece fácil convencer de eso a los políticos, pues cada cual tiene sus ideas y conveniencias y trata de convencer a los demás de la superior bondad de esas lógicas: el político quiere convencer al profesional, el profesional al político y así sucesivamente. Hay que añadir la importancia que se da a la evaluación de los

resultados y que esa importancia acaba casi determinando, muchas veces, el proceso y muchos elementos del contenido del programa. Con lo cual, sí nos definen el problema, los plazos y además nos condicionan el proceso y los contenidos de las acciones, lo que es preocupante.

Y el foco de intervención acaba muchas veces siendo —no sé si es por la evolución social o por el condicionamiento político— más los problemas psicosociales que los problemas de la comunidad que, en todo caso, quedan mejor reflejados en zonas rurales, donde la comunidad y no el tejido urbano más amorfo tiene más entidad (por ejemplo, en Temuco) o cuando se trabaja con los mapuches que —a diferencia de nosotros— forman “verdaderas” comunidades en muchos sentidos (cultural, enraizamiento territorial, vinculación, etc.). Otro elemento que sale en las entrevistas es la aportación masiva de dinero y recursos que, en principio, debería ser positiva y facilitar el trabajo comunitario, pero que al final acaba teniendo efectos mixtos, positivos y negativos. Se ve, por ejemplo, como si a la gente le das mucho dinero (o mucho poder) acabas introduciendo como una cierta prostitución en que ese dinero o ese poder acaban siendo más importantes que lo que se debe hacer con ellos; que, en otras palabras y como hemos comentado antes respecto de la evaluación, los medios acaben siendo más importantes que los fines. O que introduces un elemento importante de dependencia respecto de aquel que te da el dinero y las intenciones o fines que casi siempre lleva implícita esa entrega de poder o dinero. Con lo que se cierra un poco el doble círculo “venenoso”: los medios se convierten en fines y, casi peor, el interventor es instrumentalizado por el donante de dinero o poder. Pero claro, pongámonos en la otra alternativa, si uno contesta que tener dinero (y medios en general) es malo, volvemos a la PC pobre, hecha sólo de voluntarismo y buenas intenciones en que los interventores se quemen; y eso no sólo no es bueno, sino que es de lo que queríamos salir con la institucionalización.

Debería haber una forma de tener medios y usarlos de forma razonable en beneficio de la gente no de los donantes (que al final sólo administran el dinero y el poder de todos).

Hay una cosa curiosa, alguien dice en una entrevista que los chilenos quieren ser funcionarios; no sé si es así, pero aquí en España sucede lo mismo; la mayoría de estudiantes aspira a eso, supongo que tiene que ver con tener un trabajo fijo en vez de que te despidan al cabo de una semana o dos meses, como sucede ahora con tanta frecuencia. O sea que a veces uno es hipercrítico con lo suyo y sólo ve las cosas malas en su propia casa, cuando cosas negativas las hay en todas partes. Otro tema interesante es la distinta forma como se ve la institucionalización de la acción comunitaria en distinto sitios. Creo que nosotros y vosotros (europeos y latinoamericanos) pensamos que es el Estado el que debe resolver los problemas sociales, hacer frente a la pobreza por ejemplo. Entonces, cuando el Estado se hace cargo de los problemas sociales que antes estaban a cargo de ONGs y otras iniciativas particulares, no queda otra que felicitarse: eso es bueno. La cuestión es cómo encajamos —o hacemos al menos compatible— esa lógica organizada desde arriba con la lógica comunitaria de trabajo armada desde abajo.

Pero es que, además, frente a esta tradición europea, digamos socializante y estatalista, los anglosajones (y el modelo social neoliberal, si se puede hablar de eso porque en realidad es un modelo económico, impulsado desde ese mundo) están más en la tradición del dejar hacer, que cada uno resuelva sus propios problemas, de apoyar el voluntariado y las ONGs y de fortalecer la sociedad civil frente al Estado. Y creo que la idea de empowerment que ellos formulan tiene que ver casi directamente con esa concepción. Entonces la cuestión es ¿qué modelo es más comunitario y cuál —siendo más o menos comunitario, que más da al final— es mejor o peor?... pues vete tú a saber, pero es un tema importante para tener en cuenta. Bueno,

puede también suceder que determinado modelo sea más o menos apropiado para una sociedad u otra en función del grado de desigualdad o la cultura social de base. Si hay una gran desigualdad, la acción del Estado va a ser necesaria porque los ricos no van a traspasar graciosamente sus bienes y poder a los pobres. Y si no hay una cultura de iniciativa y organización de la gente o una sociedad civil fuerte, el modelo descentralizado de acción desde abajo será inviable.

En cuanto al paralelismo con el caso español, veo algunos puntos. Uno, la dictadura aunque no sé si el proceso fue similar. Parece haber un paralelismo al pasar los ayuntamientos a ser elegidos (antes eran nombrados a dedos desde arriba) de alguna forma tienen que responder a las necesidades y aspiraciones de la comunidad. Otro en el desarrollo económico, que aquí se había iniciado en los 60, bastante antes que cayera la dictadura (en 1975), lo que parece que también pasó allí. Y en el tema de la institucionalización, yo lo he vivido en Cataluña, en España y en Europa. Y siempre se planteaban temas similares a los que os planteáis vosotros: organizarse o no, disponer de más recursos y poder para difundir el mensaje y enfoque comunitario, pasar a ser parte del “sistema” (institucional o universitario) o seguir siendo francotiradores de él y “conciencia” de la psicología, etc. Y siempre ha habido una disparidad de puntos de vista que, claro, a la hora de tomar una decisión se ha decantado por la institucionalización —hablo sobre todo ahora a nivel organizativo— en el colegio profesional, en la universidad, etc. Pero siempre ha habido gente que no ha estado de acuerdo con esa opción y, desde luego, incluso los que estaban de acuerdo con la opción de la institucionalización tenía bastante ambivalencia y no pocas dudas. En el caso académico, por ejemplo, el echar a andar una asignatura que permita estudiar y transmitir la PC es extraordinario, pero, claro, también ves que te mete en un sistema con unas exigencias y reglas de funcionamiento (una determinada concepción de lo social, una organización burocrática, exigencias de publicación,

minusvaloración de la práctica en terreno, etc.) que o tiende a desnaturalizar el sentido de lo comunitario o al menos hace difícil compatibilizarlo con el trabajo académico, con lo cual o te decantas más hacia una u otra opción o tienes, como se dice a veces de las mujeres, tu particular doble jornada: tienes que atender a lo comunitario, por un lado, y a lo académico, por otro.

Puede ser una percepción errónea, pero me da la impresión de que en España, en algún momento, la psicología comunitaria, a nivel académico y de programas de especialización, tuvo una presencia importante que ha ido disminuyendo de un tiempo a esta parte. En Chile también me da la impresión que hay un momento de peak y ahora empieza a emerger esta nueva categoría, la intervención psicosocial, que luego discutiremos, pero que marca, de todas maneras, una baja de la psicología comunitaria en la presencia formal. ¿Se puede hacer ese paralelismo ¿Cómo lo ves tú?

Creo que esto de la intervención psicosocial, es un poco vuestro tema, en Valparaíso; fíjate cómo Germán Rozas trata de huir del nominalismo y prefiere hablar de un tipo de acción única que incluya una y otra forma de trabajo. Aquí en España apenas ha calado esa diferenciación, de hecho yo cuando empezaba a conceptualizar la intervención psicosocial, me daba impresión de que a la gente no le interesaba mucho el tema.

Pero vamos, primero, con el asunto de la bajada de la PC que creo sí se detecta a nivel de demanda académica y quizá a otros niveles, tras una institucionalización y expansión a fines de los 80 y 90 del siglo pasado que se vivió con la sensación de un cierto “éxito”, aunque no nos engañemos siempre hemos sido marginales, un poco la cola de león de la psicología social (o de otras ramas) en la academia. Pero durante unos años hubo una dinámica interesante, ilusionante: nos organizamos como grupo, nos reuníamos, hacíamos propuestas, libros, etc. En un momento dado tuvimos la sensación de “haber llegado”, pero no fuimos haciendo la reflexión colectiva

sobre lo que estaba pasando en la sociedad y en nuestro propio grupo, sobre por qué las cosas no iban tan bien tras ese progreso inicial, sobre si la PC era una necesidad real para la sociedad y para la psicología o, más bien, una especie de moda impulsada por las circunstancias políticas que deja de interesar cuando el clima social o político no acompaña o sobre cuáles eran los aspectos verdaderamente psicológicos en un campo tan pretencioso y tan de aluvión. Como aportación, creo que la PC ha hecho bastantes cuestionamientos clave y también ha construido algunos esbozos teóricos sostenibles sobre el sentimiento de comunidad y la comunidad, aunque no estamos haciendo lo suficiente en esa parte por la primacía del activismo en el campo (primacía por otra parte justificable hasta un punto). Luego hemos hecho un cierto cúmulo de técnicas aunque pocas tengan un carácter directamente psicológico y, claro, si lo que hacemos en la teoría o en la práctica no es esencialmente psicológico, olvidemos, mejor, el sustantivo “psicología” y hablemos de intervención comunitaria ¿no? Y hemos salido un poco (no lo suficiente desde luego) a la comunidad, hemos hablado con la gente y hemos presentado cosas en congresos, etc.

Pero la cuestión de fondo hoy es, creo, si la sociedad actual desea (¡o al menos tolera!) cambios profundos, reales. Me da la sensación de que seguimos hablando del cambio un poco por inercia y otro poco por la mala conciencia (que como suele decir exageradamente Beck la idea de cambio social se ha convertido en una especie de zombi conceptual sin apenas significado real), pero que la gente difícilmente va a aceptar un cambio que implique disminuir su bienestar a cambio de que las minorías internas o las mayorías externas (en el mundo) estén mejor. O de que en una sociedad montada en torno al egoísmo, el individualismo, la productividad y la competitividad, la idea de compartir con los demás para que haya más justicia encuentra toda clase de reticencias y resistencias. ¿A quién le interesa eso? Claro, cuando estás

económicamente peor o luchando contra una dictadura esas ideas e ideales tienen mejor acomodo, pero cuando vives de narices evitas, incluso, plantearte ese tipo de cuestiones que siempre acaban yendo contra tus propios intereses. Es lógico que los psicólogos comunitarios planteemos esas cuestiones, pero hay que pensar, también, sobre lo que quieren ellos y lo que queremos nosotros, no hay que extrapolar o trasladarles nuestros deseos sin más, ni esperar automáticamente que deseen lo mismo que nosotros.

Esa es una reflexión que no se ha hecho y, por tanto, no hemos pensado qué salidas puede tener. Por ejemplo, en la famosa queja de que la gente no participa, que mencionan Martínez o Winkler y se repite en todas partes. Y ahí las sugerencias son lógicas (como señalan varios entrevistados): hay que reajustar las expectativas y mantener el contacto con la realidad —lo que no quiere decir que haya que adaptarse a ella— porque probablemente partíamos de unos ideales y un utopismo que, sin confrontación con la realidad, generaban unas expectativas imposibles en los trabajadores comunitarios de a pie que, claro, se frustraban casi siempre. Y teníamos un sentido exagerado de lo que podíamos lograr en relación con los conocimientos y técnicas con que contábamos. Nos creíamos un poco superhéroes que creamos la PC y, claro, somos gente normal que tiene que preparar a chicos y chicas ilusionados, pero de carne y hueso, para trabajar en el terreno, no para investigar en la academia, y que tenemos que convencer a los demás que lo que proponemos, lejos de ser self-evident, válido sin más, es interesante para ellos y tiene resultados positivos en sus vidas y en las relaciones con los demás. O sea, hay que desterrar del campo esa visión providencialista o megalómana, común cuando hablamos de lo nuestro, porque hemos tenido que defender y justificar el campo cuando se le negaba autonomía o relevancia académica o práctica.

Desde luego hay soluciones para el tema del trabajo comunitario y el queme, varias de ellas las apuntan los entrevistados. Una es la actoría (o agencia): considerar que los psicólogos comunitarios, como colectivo, hemos de ser actores en la elaboración —en parte por lo menos— de la política social. Eso me parece razonable con ciertos límites: uno, que primariamente somos ejecutores de políticas sociales decididas —en un sistema democrático— por los representantes de la sociedad o comunidad y dos, que somos sólo uno de los varios actores presentes, no el único. Y esa cualidad de actores está avalada, entre otras cosas, por lo que yo he definido como autoridad técnica del psicólogo. Porque como psicólogos tenemos que saber algo de por qué la gente se mueve (se motiva, dirían los anglosajones) o no se mueve y también por qué se está en contacto más o menos directo con la realidad comunitaria y los problemas de la gente en un territorio y, tercero, por qué tenemos que saber algo sobre el desarrollo humano y, en función de todo eso, hacer un poco de educadores de los políticos que es algo que siempre se ha dicho en varios sentidos y que varios entrevistados reflejan. Por otro lado, sería necesario que el diseño de la política social fuera participativo, aunque sólo fuera por razones de motivación; me parece que lo dices tú también en un momento determinado, respecto del Estado. Si resulta que los dirigentes o gestores se limitan a darte un programa ya diseñado y “precocinado” para que tú lo apliques y nadie te ha preguntado nada sobre plazos, métodos, si algo se puede hacer o no, eso, además de poco eficaz (vete tú a saber si lo que te plantean se puede hacer o se hace de la mejor manera), no es ilusionante para el “ejecutor” de los programas y, además y no menos importante, lo excluye de la cadena de crecimiento persona que siempre se deriva de ser sujeto activo.

Naturalmente, que las políticas sociales sean participativas, no solo implica que participemos nosotros los psicólogos u otros profesionales, sino que participe, también y sobre todo, la gente, los representantes de los distintos sectores sociales. Ahí entra en juego el dilema

que antes discutíamos entre sociedad civil y el Estado. ¿En qué sentido? Pues en el de que las políticas sociales reflejan, además de los problemas que se quiere solucionar, los deseos de la gente y su idea de que ellos van a ser actores y no solo en ejecutarlas (nuestro caso), sino también y de algún modo en hacerlas. Y eso da a esas políticas (y a la acción de sus ejecutores técnicos) una legitimidad necesaria. Y es que no solemos hablar de la legitimidad de nuestro trabajo social, pero ese es un elemento de análisis ético-político esencial, que justifica que nosotros reivindicemos la participación y la actoría, no solamente para nosotros, sino, sobre todo, para la gente y sus representantes. Y en este asunto de la representación de la comunidad, la cosa es más complicada porque los actores que tienen más acceso a la participación e influencia en la política social suelen ser los más organizados y no siempre los que representan a los más necesitados o vulnerables. Y eso es reflejado por varios de vosotros, proponiendo, por ejemplo, que el psicólogo, además de ejecutar, trabaje en diseñar políticas sociales o en otro tipo de tareas más amplias. En este sentido, yo añadiría que participe como psicólogo, es decir, aportando y reivindicando los elementos psicosociales de los problemas, las soluciones y los procesos de participación, y ahí el psicólogo comunitario tiene mucho que decir. Otra cosa sería que se pase a otros bandos profesionales, por decirlo así, y haga más de administrador o de político que de psicólogo, ese es otro cantar.

Segundo eje: Relación políticas sociales-psicología comunitaria

Creo que el tema de la política social cruza transversalmente todo el relato de las entrevistas. Quizá eso sea un poco complejo, aunque me parece importante, en este contexto, el ejercicio de intentar una síntesis de la relación entre políticas sociales y Psicología Comunitaria, la cual, de ser viable, sería pertinente para orientarnos

Pues hay un dilema inicial que no aparece explicitado en las entrevistas y que quizá aparece más entre nosotros en Europa: ¿es mejor fortalecer la sociedad civil, el Estado o bien y, si es compatible en la práctica comunitaria, los dos a la vez? Lo que muestran las entrevistas en el primer apartado es el paso de una PC extra-estatal y artesanal con una gran dosis de idealismo y una retórica de cambio social alentada por la lucha contra la dictadura y hecha desde abajo (ONGs, sectores de la iglesia, movimientos sociales, resistencia a la dictadura) a otra institucional y con medios, parte de un esfuerzo estatal y planificado en democracia de lucha contra los problemas sociales. Aunque, en principio, esto parece verse como bueno y positivo, la gente se queja de los defectos de ese cambio. Uno se puede cuestionar si esas quejas se deben al modo como se ha hecho el cambio o si el proceso de “estatalización” de una forma de trabajo, el comunitario, desde abajo sustentada en un movimiento social, es malo en sí. Lo cierto es que en las entrevistas no aparece la alternativa de volver a la fórmula inicial: no se plantea la alternativa a la acción desde el Estado, es decir, que sean las ONGs, o la sociedad civil y los movimientos populares (que no parecen tener suficiente fuerza al normalizarse la actividad política a través de los partidos) los protagonistas de la acción comunitaria (aunque un fortalecimiento de la sociedad civil está implícito en el tema de la ciudadanía que emerge unas pocas veces). Supongo que, en última instancia, uno y otro, la acción desde arriba del Estado y la acción desde debajo de la “sociedad civil” deberían ser complementarias (y probablemente necesarias las dos). Lo que si planteáis vosotros, y muy lucidamente, es, a la luz de los inconvenientes que mencionábamos, temas procesales relevantes (y que tendrían que ver con la forma que ha tomado la estatalización como se decía antes): la gestión de los programas, los plazos y restricciones asociadas al proceso y ver si todo eso es compatible o no con la forma comunitaria de trabajar que es, al final, la cuestión para nosotros, los psicólogos comunitarios. Esa es una reflexión colectiva que debéis

hacer vosotros mismos, pues es parte del crecimiento profesional y de buscar la respuesta propia para la propia realidad, no de adoptar sin más las reflexiones de otros o las respuestas foráneas pensadas para otras realidades más o menos similares o dispares.

Una segunda cuestión es el nivel en que se debe generar la política social para que sea compatible, o aceptable al menos, para el trabajo comunitario: desde el Estado, o el gobierno como plasmación temporal y concreta de ese, o habría de estar descentralizada y hasta qué punto, en qué medida, por ejemplo, las comunidades locales, que es donde realmente debería radicar la acción comunitaria, tienen una cierta autonomía para plantear los problemas y formular las soluciones en forma de política social. En principio es difícil negar que el hecho de que el Estado se haga cargo de los problemas sociales sea positivo y, por lo tanto, los procesos de institucionalización de los que el trabajo comunitario es sólo una parte mínima deberían ser positivos. Pero claro, luego está la forma en que se hayan llevado a cabo y que es lo que habría que tratar de corregir y mejorar. Porque si no es deseable el cambio, habría que volver a la sociedad civil o, por lo menos, fortalecer una línea de trabajo desde abajo junto a otra desde arriba, que es lo que parece asumirse en muchas sociedades actuales con una tradición de Estado fuerte, pero sometidos a la presión del neoliberalismo prevalente en la economía, que es la que parece que dicta hoy día las normas a todas las demás esferas de lo social. Pareciera así que es deseable que el Estado siga siendo Estado para que no acaben arrasando la competitividad, el individualismo, las leyes puras y duras del neoliberalismo. Pero desde el punto de vista comunitario es esencial el trabajo de organización de la gente y la sociedad civil, si eso es factible hoy en día.

Una posible solución a las dificultades encontradas en la institucionalización, planteada por Rozas y otros, es que las lógicas estatales de planificación sean modificables. Se trataría de

que esa se haga de manera que no sea una especie de carcasa rígida donde se haya de encajar el trabajo comunitario, sino que se pueda modificar, según hemos dicho antes, en función de las aspiraciones de la gente, por un lado, y de la forma de trabajo comunitaria, por otra. Si eso se pudiera hacer a nivel global sería bien interesante, y creo que, en ese sentido y como indican algunos entrevistados, el psicólogo comunitario, no sólo tiene que trabajar con la gente sino también con los planificadores y gestores, para ver de que la lógica organizativa o los plazos de ejecución de planes y asignación de dinero ligada a ciertos tiempos y presupuestos no se constituya en una coraza administrativa que asfixie las ansias de participación y la posibilidad de trabajar en la promoción del desarrollo humano que es lo que nos interesa a nosotros. Que esa estructura administrativa y política (y la técnica de que nosotros somos parte) debe ser un medio para el fin del desarrollo de la gente, no un fin en sí mismo, que es lo que se acaba convirtiendo cuando es el elemento que prima en los procesos. Y eso, para dar un ejemplo nuestro, es lo que está pasando con el proceso universitario de convergencia en que estamos inmersas las universidades europeas. Esa me parece una línea lúcida y fructífera, aunque no fácil, porque las lógicas planificadoras y administrativas son lógicas deshumanizadas pensadas para ordenar, coordinar y organizar lo que sea (“objetos” supuestamente inertes, más que personas) y porque el trabajo comunitario tiene otra lógica, como ya se ha dicho muchas veces.

Y una segunda dirección de trabajo que me ha parecido interesante —sobre todo en las comunidades más rurales—, señalada tanto por Germán Rozas como por Mariane Krause, es la de “comunitarizar” la llegada de recursos y la definición de los problemas en todos los procesos de planificación de forma que el destinatario final sea la comunidad y no solamente los individuos pues eso puede acabar debilitando o destruyendo las estructuras comunitarias e impidiendo que se trabaje en contexto y con la comunidad como totalidad. Para lograr eso, el

diseño, planificación y ejecución de los programas debe ser suficientemente flexible; bueno, habría que intentar que eso sea posible y nosotros tenemos que trabajar para que lo sea, porque si no, como señala M. Krause y yo he visto también aquí, estamos en la lógica de la pura intervención psicosocial con gente que tiene problemas con lo que, en vez de fortalecer o empoderar a las comunidades de que esos individuos son parte, se las está debilitando. Ayudar a los individuos con problemas puede estar muy bien, pero no es el sentido último del trabajo comunitario, que por ahí, creo, que debería ser más ambicioso. Pensando en América Latina, donde las comunidades son aún fuertes y cohesionadas —sobre todo en áreas no urbanas— valdría la pena pelear por ellas. Porque en medios sociales muy individualizados, con muy poca solidaridad y cohesión social, acaba siendo muy difícil hacer trabajo social (realmente social) de ningún tipo. Quizá ustedes estén a tiempo de evitar la depredación de las comunidades y de evitar que las lógicas de clientelismo individual se carguen a lo comunitario y la forma comunitaria de enfocar y abordar los temas sociales.

¿Tú crees, entonces, que hay una relación no fluida y fácil entre las políticas sociales y la psicología comunitaria, pero tampoco es una relación perdida, de choque o quiebre como dicen algunos?

Yo no tengo autoridad para responder a esto porque no conozco suficientemente esos temas que los entrevistados plantean muy lúcidamente. A lo más puedo ofrecer algunas intuiciones y comentarios basado en lo que vosotros explicáis desde distintas posturas.

Hay una línea de gente que es partidaria de volver a la politización del campo en el sentido de retomar la idea del cambio social profundo como algo consustancial a la PC. Asíñ señala que la agenda no te la puede marcar el gobierno porque, claro, entre eso y que ya te acotan el marco y los ritmos de lo que tienes que hacer... apaga y vámonos, que decimos nosotros.

Otros no se plantean el tema y varias personas piensan que las políticas sociales no son necesariamente destructoras del espíritu comunitario y que habría que ver cómo se pueden aprovechar o modificar esas políticas desde el punto de vista de ese trabajo. Esta parece, en principio, una postura razonable, que en todo caso hay que intentar llevar a la práctica. La cuestión, como hemos comentado ya antes, es si será posible compatibilizar una y otra lógica. Pero al final es una cuestión práctica: hay que ponerla a prueba y ver cómo va la cosa, fortaleciendo las organizaciones y asociaciones de base, si eso es aún viable en la práctica. Desde el punto de vista del trabajo comunitario, ese sería un trabajo muy bonito pero, claro, entra en directa contradicción con muchas de las lógicas neoliberales y de modernización, que resultan brutales; no digo que no se pueda luchar contra ellas, sólo que esa lucha debe ser guiada por una estrategia apropiada, porque, por lo demás, ya sabemos que cada uno hace lo que puede y lo hace lo mejor que puede. Alguien apunta la idea de trabajar con un pie en la institución y otro pie en la comunidad, también me parece una idea interesante, el problema es que la lógica institucional está muchas veces montada sobre la base de una ideología productivista y neoliberal que tendería a individualizar el análisis y las soluciones y, a veces, eso no es compatible — sino más bien contradictorio— con un trabajo de organización colectiva. Yo creo que, en ese terreno, hay que seguir luchando de alguna manera, luchando en el sentido bueno del término, no lanzar a la gente a que se líe a romper cosas o a pegar tiros.

En conjunto, de todos modos, a mí me parece bien interesante esas tensiones que ustedes están viviendo porque son un indicador de una lucha, de que allá la PC está viva a pesar de las tendencias planificadoras y de la institucionalización (o quizá, precisamente, a partir de las tensiones y debates planteados por esos procesos que ofrecen la oportunidad de discutir diferencias y coincidencias y de cambiar las cosas). Y esa vitalidad se nota también en la valiosa

experiencia de gente que está, por decirlo así, al pie del cañón como Alba Zambrano, Martínez, M. Krause, G. Rozas y vosotros en Valparaíso. Tiene que haber alguna forma viable de trabajar en esa dirección con más o menos cambios en una y otra parte. Porque si no fuera así, significaría que el esfuerzo es vano y que la PC no es compatible con el esfuerzo global del Estado por resolver los problemas, algo que sería triste no para todos: la comunidad, los psicólogos y los políticos. Así que ha de haber, esperemos, algunas vías de encuentro.

Se señala también el problema del clientelismo y el auto beneficio (cuando los programas benefician más al gobierno de turno que a la gente a la que nominalmente van dirigidos) sobre el que hay que estar muy alerta. El problema moral es ahí que al ser nosotros instrumentos (en el sentido más benéfico y suave de la palabra) de la comunidad y al valernos de los recursos del Estado, podemos acabar siendo unos meros medios de gobiernos que, en vez de mirar por las verdaderas necesidades de la comunidad, miran por sus propios intereses electorales. El peligro reside ahí en que nosotros seamos instrumentalizados por intereses que, teóricamente, son de la comunidad pero que muchas veces son tanto del gobierno de turno (o nuestros propios intereses gremiales), como de la comunidad.

Veo que la política social chilena en el marco neoliberal es distinta a la política social española. La vuestra es mucho más descentralizada, la nuestra es cada vez más centralista, o sea, que los programas centrados en los problemas sociales son homogéneos a nivel nacional. En España hay una cierta lógica de diseño mucho más local, que puede permitir una Psicología Comunitaria más autónoma y con mayor fluidez. ¿Lo ves así? En España, en el contexto de esta política y esta forma de hacer política social ¿se hace, se realiza, es posible, ves como algo real hacer Psicología Comunitaria por fuera del Estado?

La respuesta sería sí, porque hay grupos que la hacen. Como ya hemos comentado antes y en general, debería ser posible trabajar tanto desde el Estado que tiene la legitimidad para ejercer la acción social global como también desde la comunidad, desde la base, lo que sería más congruente con el espíritu comunitario. Lo que pasa es que el trabajo que se está haciendo aquí fuera del Estado —que no es totalmente ajeno al Estado—, lo hacen las ONGs —respecto de las que yo tengo una opinión bastante ambivalente— y ciertas cooperativas. Yo veo que el estilo de trabajo, más que la ideología, está muy penetrado por el individualismo y el clientelismo, sobre todo en las ONGs que están muy mediatizadas —muchas no digo todas— por las subvenciones y el dinero que reciben.

Otro problema de las ONGs es que fragmentan el cambio social en trocitos de cambio o mejora en ciertas áreas sociales acotadas; se trata más, diríamos, de cambios — en plural y con un alcance limitado— que del cambio en singular y en profundidad. De forma que casi se puede estar seguro de que por ese método no va a haber cambio social global. Pero no se puede despreciar o descalificar el trabajo asistencial, de ayuda o de concienciación que hacen las ONGs y que si no nadie haría porque no coincide con nuestros planteamientos ideológicos porque si seguimos esa pauta descalificamos toda acción con la que no estamos de acuerdo que difiera de nuestra visión ideal del trabajo social, nadie haría nada y eso es absurdo. Pero, claro, si esa es la estrategia dominante no va a haber un esfuerzo colectivo frente a problemas que son globales, como la pobreza, de ahí mi ambivalencia. Y si el único que puede llevar a cabo un cambio global y unitario es un gobierno o un Estado que represente a toda la gente y que ha de abordar los problemas sociales en su globalidad, desde los intereses y deseos de todos y con el dinero de toda la sociedad, la vuelta al otro modelo, basado en la voluntad o la caridad, es un retroceso. Ahí estaría el tercer problema de las ONGs, el de promover de hecho (aunque no en la intención) la

desresponsabilización pública, al hacerse cargo de tareas que corresponden a la iniciativa pública, al Estado. Eso se ve bien aquí en España en el tema de la inmigración, que está siendo atendida casi íntegramente por ONGs como Cruz Roja. Eso es inaceptable, porque es un problema de todos y por eso debe ser atendido por el Estado.

Ya se ve que la acción de las ONGs tiene unos cuantos problemas éticos: el primero es el condicionamiento de su actuación a través de las subvenciones. El segundo sería la eficacia limitada derivada de su acción fragmentaria. Y uno tercero, es como sirven un poco para “lavar la conciencia” de ciertas empresas (y de no pocas personas y gobiernos supongo), como la Caixa (una gran caja de ahorros); así que por un lado hacen negocio especulando a costa de muchos pequeños ahorradores y luego tienen una “obra social” (que ellos mismos llaman “el alma” de la Caixa) que dedica parte de ese dinero para “los pobres”. Eso es muy hipócrita, porque además, como se ha comentado, el público en general no tiene nada que decir sobre la forma en que se usan esos fondos que son privados. Y claro, eso introduce una dualidad peligrosa sobre el uso de un dinero que no sabes de dónde proviene o que viene de fuentes moralmente inaceptables (fíjate en los premios Nóbel que van asociados a los beneficios de un invento, la dinamita, que se usa en parte para matar gente, ¡qué paradoja!). Y de hecho, algunas ONGs son un montaje para sacar dinero. O que muchas veces las ONGs acaban teniendo beneficios secundarios como dar trabajo a psicólogos y otros profesionales o pagar los sueldos de la gente de plantilla y eso se puede convertir en algo más importante que los fines o filosofía de fondo.

Naturalmente, tampoco se puede generalizar ese tipo de juicios, porque hay mucha gente magnífica en esas organizaciones y, por lo que yo veo entre mis alumnos, acaban siendo un cauce de expresión de una serie de tendencias altruistas y deseos de solidaridad de los jóvenes que sin ellas quedarían baldíos. Y luego están muchas ONGs, como Green Peace o Amnistía

Internacional, que tienen una ideología de cambio clara y un papel activista y concienciador esencial. Y luego las cooperativas, que quizá son una oportunidad más coherente de trabajar en esta línea. Quizá deberíamos, los psicólogos comunitarios, organizarnos y hacer una especie de lobby, como dice Asún, para impulsar políticas más sociales y humanizadoras. Eso como un actor colectivo más porque al final el dinero y el poder lo debe tener el Estado y usarlo para mejorar el conjunto de toda la sociedad, sobre todo los que menos tienen. Las iniciativas privadas o algún sector de la Iglesia también pueden ayudar, pero la responsabilidad social global es del Estado que nos representa a todos y es, al final, el depositario de nuestro dinero y nuestro poder. Y entonces, la posición de la PC respecto de lo estatal y lo extra-estatal puede ser perfectamente bidireccional y puede perfectamente pasar que psicólogos comunitarios, en distintos países o regiones, tomen una u otra postura dependiendo de la ideología e historia de cada uno. Me da la impresión de que vosotros en Chile tenéis, como tantos otros, una historia algo ambivalente en este asunto.

Me parece que un aporte que hacen los entrevistados a este respecto, más allá de la discusión sobre lo estatal y la descentralización —que yo veo deseable y necesaria— es apuntar que la práctica comunitaria está más ligada a la comunidad local que en los grandes territorios y la reivindicación de algunos de que esa práctica se centre en la comunidad en su totalidad y no en ciertos individuos. Y que si la comunidad es el destinatario final de los programas —o que esos se hagan de modo que se puedan adaptar las comunidades locales— y que es importante trabajar en contexto, teniendo en cuenta el particular contexto comunitario en el análisis y actuación. O sea que nuestra reivindicación no se limita a la descentralización, sino a ver cómo los programas o parte de ellos se pueden aplicar realmente a la comunidad local. Claro que esto es más factible en comunidades rurales; es mucho más difícil hacerlo en grandes ciudades en que no hay

comunidades de verdad, aunque sí haya, por ejemplo, barrios. Reivindicar que la visión desde arriba no sea sólo de individuos con problemas, sino de elementos cohesionados o vertebrados —o redes, como se dice ahora, en visión más Light— que forman las comunidades, de manera que se pueda, de alguna forma, adaptar la lógica de trabajo estatal y la no estatal al enfoque comunitario, teniendo en cuenta el contexto, las vinculaciones, lo local y el territorio.

Tercer eje: Intervención psicosocial y psicología comunitaria

¿Cómo ves tú la relación entre la intervención psicosocial y la psicología comunitaria?
¿Tiene sentido esa relación? ¿Hay ciertas diferencias entre una y otra?

Lo curioso es que si tú haces una pregunta, la gente se mete en el tema y responde, está, de alguna forma, validando el significado o la relevancia de lo que preguntas aunque, de entrada, uno pensaría que cuando alguien plantea una cuestión es porque esa tiene algún tipo de importancia para él o ella. O sea que si vosotros preguntáis por esa diferencia o relación es porque tiene algún sentido o función en vuestra experiencia de trabajo o de formación, en relación con necesidades que a nivel nominal, de modelo teórico o de formación, no cubría uno de los conceptos —el de “psicología comunitaria”— que harían preciso introducir otro nuevo

Con esta introducción se subentiende que para ti no tiene esa importancia

No necesariamente. Lo cierto es que yo no me había planteado directamente la posible diferencia o dicotomía psicosocial-comunitario; surgió periféricamente al tener que preparar una memoria de cátedra sobre psicología social aplicada, donde el tema psicosocial era esencial y eso debía ser de algún modo relacionado con lo que yo había trabajado siempre, la PC. Y me encontré con la sorpresa que de la intervención psicosocial se habían escrito explícitamente muy pocas cosas, probablemente porque la psicología social se ha pensado siempre como una empresa científica sin vínculos con la práctica o la acción. Y que —aparte de las ideas de Kurt

Lewin— apenas había intentos con sentido de integrar en la acción (no en la teoría, que tampoco tanto) lo psicológico y lo social, que es lo que subyace a esa idea de intervención psicosocial que, en cambio, circulaba profusamente por el mundo administrativo, social y académico. Estábamos, pues, hablando de algo que no sabíamos lo que realmente era y eso picó mi curiosidad: ¿con qué legitimidad conceptual usábamos tan alegremente ese tipo de expresiones como intervención psicosocial, perfil psicosocial, componentes psicosociales, etc.? Parecía claro que había algún elemento conceptual y práctica o emergente y que ese elemento debía tener alguna conexión con lo comunitario. Ahora, parece que para vosotros esa dicotomía tiene más sentido y más fuerza por alguna razón.

A la luz de tu mirada e interpretación de las entrevistas, ¿encuentras que esa pregunta tiene sentido para el contexto en que están situadas estas entrevistas?

Sí, he creído ver, leyendo más el trasfondo que lo que se dice explícitamente, que lo psicosocial parece una categoría que surge en lo institucional y cuando el Estado se preocupa de los problemas sociales ligados a la desintegración social: las drogas, la juventud “inadaptada”, la seguridad o el eterno problema de la pobreza. Típicamente (como bien señalan Rozas y otros), esos son problemas abstractos desterritorializados y generales que, en sí mismos, no requieren de ninguna referencia o armazón comunitario para entenderlos. Por tanto, el referente psicosocial parece mucho más claro como foco de análisis e intervención, tanto por la forma en que lo presenta el Estado o el gobierno como para el propio psicólogo. Da la impresión de que a la gente que hace trabajo comunitario en contexto eso le plantea una cierta dualidad e incomodidad, porque, además de la desterritorialización, ve el riesgo de individualizar los problemas sociales y de abordarlos trabajando con conjuntos de individuos más que con problemas con un contexto y un enraizamiento territorial. Por tanto, eso justifica lo que algunos dicen: que es más fácil

entender los problemas sociales con una lógica desde arriba y que a la PC le cueste más entrar en esa forma de entendimiento abstracta y desde arriba. Y que si, otra vez, la gente se engancha en la discusión, es que tiene algún sentido, aunque el riesgo de plantear esto es que se arme una discusión intelectual respecto de algo que quizá no tiene mayor entidad, quizá porque, en parte, la gente entra al trapo, responde y discute.

Hacías mención de algo que dice Asún y que me parece interesante y lúcido: la idea de quién construye los problemas. De alguna manera, tú dices que podríamos entender que esta nueva nomenclatura de intervención psicosocial no es una respuesta dada desde el Estado

Estaba pensando justamente lo contrario, que si bien el referente psicosocial viene de la visión estatal de los problemas sociales, también implica que los psicólogos vemos que hay algo de psicológico en esos problemas; y eso es lo que capto cuando oigo hablar de lo psicosocial en dos niveles. Uno, sería un intento gremial de introducir lo psicológico en todo lo que es lo social, un intento legítimo, en principio, de reivindicar los componentes psicológicos en lo que siempre ha sido el cambio “estructural”, que se arregla con dinero desde la economía o con otros medios siempre extra psicológicos.

Pero pensaba que tu pregunta iba por otro lado: ver si lo psicosocial es un intento por nuestra parte —que sí parece serlo en parte— de redefinir o “resignificar” los problemas sociales (y los fenómenos sociales en general) conceptualizándolos como psicosociales, lo que justificaría un abordaje a ese nivel, una intervención psicosocial. Es un intento legítimo en la medida que no sea sólo una reivindicación gremial, de que queremos trabajar en esto. Y ese componente que se puede conceptualizar como psicosocial, no solamente psicológico —que yo sí que creo que existe— es lo que tenemos que definir e investigar en la teoría y en la práctica. O sea que, al final y resumiendo, el asunto de la intervención psicosocial, de lo psicosocial en la práctica social

parece ser un campo con un interesante interjuego de lo que es la lógica estatal y la lógica psicológica. El problema que queda pendiente es situar ahí lo comunitario, claro.

Por ahí iba un poco la pregunta... ¿Será una forma de resignificar para hacerse cargo, porque efectivamente es un lugar que está ahí, que está siendo financiado, y donde pareciera que no hay un espacio de formación relativamente adecuado para ese quehacer? Aunque tampoco se trata de abandonar las posibilidades políticas de darle visibilidad a la participación de la gente, cuando llegamos a este espacio con contenidos de carácter comunitario. ¿Cómo lo ves tú?

Claro, ese es el tipo de enganche que habría que hacer, tratando de leer el proceso como psicólogos, comprensivamente; planteando no sólo la idea de intervención psicosocial sino también la de lo comunitario, de forma que aunque queramos reformular esas ideas, ese espacio de práctica, no se pierda el referente comunitario, de manera que se busquen no sólo las diferencias sino, también, la posibilidad de poder reencadenar y relacionar los dos espacios de actuación, el psicosocial y el comunitario, porque a mí me daría pena que se perdiera la referencia comunitario en la que siempre me he movido.

Algunos entrevistados apuntan certeramente que, de entrada, lo psicosocial es un referente neutro en el sentido de que no lleva implícitos unos valores éticos (empoderamiento, desarrollo de recursos, agencia y auto-dirección, mutualidad, interrelación, compartir etc.) y políticos que marcan una dirección valorativa y una intencionalidad política (ligada al empoderamiento y el trabajo desde abajo), tan propias de lo comunitario que se desnaturaliza si se pierden esos elementos. Pienso que son esos elementos que habría que conservar y que permitirían complementar, como apuntan algunos entrevistados, lo psicosocial con lo comunitario.

¿No será también que, de alguna manera, la forma de resolver esta tensión de cómo enfrentar los problemas sociales desde el Estado, asumiendo la relevancia y la subjetividad de lo psicosocial junto con las maneras de responder de la Psicología Comunitaria a ese desafío? De alguna manera lo psicosocial cobra importancia con y en función de las variadas carencias que tiene la Psicología Comunitaria, lo cual no necesariamente significa abandonar la Psicología Comunitaria. Significa ir más allá, ampliar, polemizar sobre algunas formas de la Psicología Comunitaria

Sí, me parece que tú planteas algo en ese sentido: que podría haber una conexión o coincidencia si se entiende lo comunitario en un sentido más amplio desde paradigmas más multi-comprensivos.

Pero cuando yo me planteé el tema en relación con la psicología social aplicada yo pensaba en otra cosa: que la PC trabaja básicamente lo psicosocial, la vinculación y lo relacional que, como señala Martínez, sería la esencia de lo psicosocial. El problema es que la psicología social —y creo que Asún hace también esta reflexión— que manejamos es muy norteamericana: está basada en el individuo, hace hincapié en el impacto de lo social en el individuo, apenas en los aspectos relacionales y vinculares. Porque, claro, está montada en función de los valores y forma de vida estadounidense que no son, necesariamente, los de los chilenos, los españoles o los europeos. Y lo del impacto social sobre los individuos, las actitudes y todo eso está bien, pero es sólo una parte, una visión de lo psicosocial. Entonces, si entendemos lo psicosocial como lo interactivo, lo vincular, las relaciones, lo grupal, lo que comparte la gente o la comunicación, es evidente que la psicología comunitaria es constitutivamente psicosocial. Eso es lo que yo siempre entendí y me parece que algunos entrevistados lo dicen claramente y ahí no hay ruptura entre lo psicosocial y lo comunitario. Claro que la PC es algo más porque abarca también, como

hemos ido diciendo, unos valores, un territorio y quizá otros elementos que no son parte de lo psicosocial.

Pienso también que hay otros conceptos interesantes de lo psicosocial que no se han contemplado, sobre todo el que usa Kurt Lewin para explicar el cambio social en los grupos, que es netamente psicosocial, porque hace una vinculación entre un elemento psicológico que es el deseo de conformarse o pertenecer y otro social, que es el espacio global estructurado y su dinámica en los que se “empastan”, por decirlo así, los individuos que, a la vez, crean esa estructura dinámica. Lewin nos dice que cuando quieras cambiar algo no trabajes con individuos, sino, es mejor “meterlos” en un grupo para que ahí se forme un espacio social en que se pueden manejar tanto los aspectos personales como sociales, del grupo. Y es el deseo de conformarse, de estar con los demás —a nadie le va a gustar no ser parte del grupo— lo que hay detrás es esa idea, esencialmente comunitaria, de pertenencia. Si se impulsa a alguien del grupo con capacidad de arrastre a hacer un movimiento en una dirección, la gente le seguirá para no quedarse, digamos, descolocados, se habrá iniciado una “descongelación” de un estado de equilibrio para “recongelarse” en un estado de equilibrio nuevo. La gente sigue ese movimiento, se “recoloca” en el espacio social para seguir siendo parte del grupo humano, una parte del todo, para pertenecer y no sentirse excluido. Ese sería un cambio psicosocial.

Otra posibilidad de vinculación entre lo psicosocial y lo comunitario que yo he planteado en algún libro es concebir el cambio comunitario como cambio social participativo, cambio en que la gente es sujeto activo, agente, no objeto pasivo; ese es un cambio psicológico individual y social y, al mismo tiempo, un cambio psicosocial. Muchos cambios sociales no son, en ese sentido comunitarios, porque no pivotan sobre los deseos y aspiraciones de la gente, sino del otro (el interventor profesional, el político, etc.) que impone sus deseos, su visión de los temas y

muchas veces las soluciones también. En ese sentido, lo comunitario es psicosocial cuando la gente define (se supone que con algún tipo de ayuda o complemento, claro) sus propios problemas y objetivos vitales y busca sus propias soluciones. Ahí se da una clara convergencia de lo psicosocial y lo comunitario.

Pero, claro, también hay diferencias. Varios entrevistados apuntan a lo psicosocial como más institucional, resultado de una visión y acción desde arriba. Bueno, es una posibilidad, aunque creo que hay otras visiones de lo psicosocial que son posibles, pero también hay otras que no son necesariamente institucionales. En cambio, lo comunitario sería, desde este punto de vista más micro, resultado de una visión territorial, desde abajo, desde la máxima proximidad o cercanía (territorial, psicológica y social), a ras del suelo social como si dijéramos.

Que, como hemos dicho antes, lo comunitario tenga, frente a lo psicosocial, una dirección valorativa muy determinada puede ser bueno o malo. A ver, porque cuando tú vas a trabajar con gente que no tiene los mismos valores o puntos de vista que tú, ahí puedes trabajar con un enfoque psicosocial, más neutro, pero no sirve el enfoque comunitario que al llevar aparejados unos presupuestos requiere una cierta sintonía — compatibilidad al menos— de valores u objetivos y si no la hay, no se puede trabajar, salvo que decidas sacrificar tus valores y puntos de vista y servir, sin más, a la comunidad, algo que a mí me parece tan inaceptable como lo de imponer a la comunidad tu visión y tus soluciones. Otra diferencia, algunos dicen, es que la intervención psicosocial es más amplia que la comunitaria en algunas cosas, claro, porque abarca aspectos que la comunitaria no incluye, como por ejemplo, el cambio de actitudes, comportamientos o valores que puede llevar aparejado un programa amplio de educación para la salud o de prevención de accidentes de tráfico basado en anuncios televisivos. Ahí se puede hablar de cambio psicosocial, pero no de cambio comunitario. Ahora, si se va a la comunidad se

dialoga, se intenta convencerla de que mejore su salud y se implique en los cambios, siendo parte de comités de salud, trabajando con otros padres o madres en la escuela o en reuniones en el barrio y, por así decirlo, diseñe su propio programa de salud, ese sería un cambio tanto psicosocial como comunitario, se puede ver de las dos maneras.

También se puede afirmar justo lo contrario: en muchos sentidos lo comunitario es más amplio que lo psicosocial, sobre todo para la gente que hace desarrollo comunitario, donde se incluye, además de lo psicosocial, aspectos como el territorio, la vinculación global, los transportes, el urbanismo y la plaza pública, etc. O sea que, al final, podríamos resumir la visión estática de la relación entre lo psicosocial y lo comunitario en dos círculos de aquellos que nos enseñaban en la escuela, que tienen una zona de solapamiento o coincidencia pero cada uno cubre también áreas propias diferentes del otro. Y también, en el nivel dinámico, como dos conceptos que al mantener una cierta tensión, nos obligan a discutir sobre el sentido de la acción social del psicólogo, a repensarla y a precisar más cada enfoque. Lo que, a la vez, replantea tanto el sentido de lo comunitario como la necesidad de lo psicosocial como categorías complementarias de análisis y actuación.

¿Crees tú que el concepto de intervención psicosocial es, de alguna manera, una respuesta a las transformaciones sociales a las que hacías referencia, al proceso de individuación, a la carencia de participación, a las sociedades urbanas cada vez menos comunitarias, donde esta lógica territorial es difícil de reconocer y, de alguna forma, el trabajo recae en la lógica individual y de grupos, centrado más en el problema?

Podría muy bien ser así; no se me había ocurrido verlo de ese modo. En principio debería ser más viable usar el enfoque comunitario en temas en que el anclaje territorial y la vinculación psicosocial tengan un cierto peso, porque si no lo tienen el trabajo puede resultar poco exitoso o

baldío y quemar al interventor (¡y al enfoque de paso!). De todas maneras y en relación con el grado de comunidad existente y con los procesos de desintegración social, se puede pecar por exceso y por defecto. Por exceso, siendo tan ambiciosos que se asuman unas condiciones (de solidaridad, iniciativa de la gente u otras) que no están allí y luego los resultados no acompañan. Por defecto, no teniendo la suficiente ambición respecto al potencial de desarrollo humano y cambio social por asumir que las condiciones de desintegración social no permiten un trabajo comunitario en profundidad. Por eso creo que no se debe generalizar como mejor una forma de trabajo para cualquier comunidad, momento y sociedad. No veo por qué hay que aceptar la dirección de una evolución económica y social que destruye la comunidad, las vinculaciones humanas y buena parte del potencial de las personas, pero, desde luego, hay que tenerla en cuenta, no se puede ignorar. No se puede ignorar que no estamos en los 60, sino en un mundo postmoderno, como lo llaman algunos, donde el individualismo, la conformidad y el descreimiento tienen unos efectos devastadores, pero claro tampoco nos vamos a resignar a ese estado de cosas y quedarnos con los brazos cruzados, sin intentar mejorar la situación.

No se puede, por otro lado, lanzar a la gente a transformaciones imposibles y que se quemem. Pero, al mismo tiempo, eso no puede impedir reconocer las raíces estructurales y globales de los temas psicosociales que abordamos y mantener una crítica razonada a ese estado de cosas, sobre todo en el tema de la comunidad, ahí hay un imperativo ético. Y al describir todo esto, estoy pensando, más que en Chile, en las sociedades europeas, donde el bienestar material alcanzado genera una conformidad terrible que, junto al deterioro de la comunidad es, para mí, el mayor problema que tenemos y que espero no lleguéis a tener vosotros.

La cuestión es que si nos lanzamos a un cambio imposible nos vamos a quemar y, además, vamos a frustrar a la siguiente generación y a la gente, porque si a la gente le

proponemos algo que no se puede hacer, la siguiente generación va a decir que no a cualquier propuesta que le hagamos. Pero si nos falta ambición para producir los cambios o atacar las raíces últimas de los problemas, que es lo que siempre se ha dicho trata de hacer la PC, nos limitaremos a operar sobre la periferia del sistema, además de que careceremos del suficiente empuje y rigor al plantear los problemas. Yo creo que hay que proceder en distintos niveles y ser conscientes de las raíces y luego ver la factibilidad de lo que se puede hacer, sobre todo como formadores de gente que se va a enfrentar a esas cuestiones, no sólo a hacer discursos sobre ellas. En ese sentido, lo de psicosocial me parece una idea bien coherente.

Cuarto eje: Proyecciones de la psicología comunitaria en Chile

Desde el contenido de las distintas entrevistas, ¿cuál es tu interpretación acerca de ese relato, de los derroteros que pudiera seguir la Psicología Comunitaria en Chile? ¿Qué elementos ausentes podríamos pensar como ideas a desarrollar, falencias y potencialidades?

Déjame decir, de entrada, que me llama la atención el tono bastante crítico y humilde de las entrevistas respecto de logros de la PC chilena, cuando yo veo, desde fuera, que habéis hecho mucho trabajo y bien interesante. Y que a la hora de hablar del futuro se hace mucho hincapié en carencias, cuando para mí el hecho que haya habido una institucionalización, que se estén haciendo cursos, estáis sacando libros, os planteáis retos, es un signo de salud y progreso. Ya sabemos, por ejemplo, que la formación está algo divorciada de la realidad comunitaria: una cosa es lo que te dicen en la escuela y otra el trabajo que luego encuentras. Pero eso es una constante en todos los campos, empezando, en lo que conozco, por la psicología clínica o la ingeniería. Fíjate en la cantidad de cosas que aprendemos sobre las células o las neuronas, que nunca en tu vida vas a usar. Claro, no quiero decir que uno no haya de ser exigente, pero tampoco hay que pasarse en los aspectos negativos. Y, en ese sentido, creo que los psicólogos comunitarios

chilenos deberíais dar más valor y crédito a vuestro propio trabajo. Por si sirve de consuelo, puedo decir que nosotros, cuando nos reunimos, somos también hipercríticos, lo que, visto con distancia, tampoco es bueno, porque, al final, el exceso de crítica acaba siendo destructivo, no ayuda a construir.

En cuanto a puntos fuertes, no me había planteado el tema. De entresacar algunos a bote pronto podrían ser: el distanciamiento y visión crítica del legado ideológico de los sesenta, que aparece tímida pero persistentemente, y el cuestionamiento de adecuación de esos planteamientos para la realidad actual; el replanteamiento de la formación y los retos que presenta; o la revisión del progreso a través de libros y encuentros. En fin, pese al filtro, a veces excesivo, de la autocrítica, habríais de reconocer que habéis logrado construir un campo vivo en el que se está trabajando y que está logrando unos resultados que nunca son los que uno espera, claro.

Las carencias y retos de trabajo, aparecen algunos, muy similares, por cierto, a los que yo había recogido en el libro nuevo (el “compendio” que va a aparecer pronto), lo que indicaría las similitudes de la situación de la PC en distintas áreas. Detecto poca conciencia respecto al tema concreto de la comunidad, su concepto e investigación. Poca numéricamente, porque Rozas y Krause sí lo comentan. La comunidad aparece como un mero referente práctico (muy vago y ad hoc casi siempre), pero apenas como entidad digna de consideración e investigación per se. Por desgracia, esa es una carencia de casi todas las PCs, no sólo la vuestra, pero en fin, como suele decirse: mal de muchos, consuelo de tontos. El tema de la ética apenas aparece como tema subterráneo, algo también común en el campo en general. Como han señalado algunos, los psicólogos comunitarios tenemos una actitud implícita de pensar en que “como somos los buenos de la película, vamos a hacer el bien y cambiar el mundo” y no hace falta hablar de ética o basta

con lanzar dos o tres proclamas etéreas e hiper-políticas que justifican cualquier cosa que hagamos. Pues no: el tema hay que plantearlo y discutirlo a partir de lo que hacemos realmente, y no sólo de lo que pretendemos, e incorporarlo en la formación para orientar a los futuros trabajadores que están muy perdidos en estos asuntos. Los temas del queme, el papel psicológico-comunitario expuesto con realismo están muy relacionados con estos excesos, el utopismo blando, la retórica hueca y la desconexión con la realidad, tan propios de la PC, se podrían corregir, en parte, bajando al terreno de la ética práctica y ofreciendo instrumentos de orientación valorativa y de actuación práctica que ya existen. Otra carencia que se detecta también (y que está ligada al énfasis excesivo en la ideología y el descuido de la práctica cotidiana) es la carencia de herramientas técnicas y prácticas concretas. Y quizá el tema de las prácticas concretas en la comunidad del que, desde luego, adolecemos en todas partes.

Como frentes de trabajo habláis del tema de la colegiación, de elaboración de conceptos teóricos, de ampliación de técnicas, pero todos esos son temas presentes también para nosotros aquí en España y Europa, nada nuevo, pues. Creo que la relectura de los marcos teóricos, puede necesitar más trabajo. Ustedes, al menos, son conscientes del tema. Nosotros aquí no lo estamos trabajando suficientemente, aunque yo veo la necesidad, probablemente porque aquí se ha descartado ya el modelo del gran cambio del que ya casi nadie habla en la psicología social, entonces para qué considerar grandes modelos de transformación social si no se cree realmente en ella. Seguí, por supuesto, interesados en el tema de la intervención psicosocial y la PC, por un lado, y de la institucionalización del campo y lo institucional, por otro. Y eso tomado como retos que deberían poder enriquecer más que empobrecer el trabajo, con la condición de que, por un lado, no conduzcan a los psicólogos a trabajar en corredores que se adecuan a lo institucional, pero no son comunitarios y, por otro, no acaben quemando a los interventores.

Otro tema destacable es la distinción que, creo, hace Martínez entre psicología comunitaria y enfoque comunitario y esa idea de que nos habríamos vendido más como psicólogos que como comunitarios, en el sentido de que el enfoque comunitario lo pueden adoptar otros profesionales. De esto ya han hablado los norteamericanos; puede ser bien cierto, y me parece una observación interesante para tener en cuenta. Y creo recordar que también lo cita Martínez, el asunto del enfoque metodológico, en que no acabo de estar de acuerdo, pero que tiene detrás una idea interesante que yo siempre he “machacado”: que los fines de la intervención los debe definir la comunidad (o comunidad e interventor conjuntamente), de manera que el interventor lo que pone muchas veces es el marco (y los medios técnicos por decirlo así) para facilitar el trabajo y alcanzar los objetivos establecidos. En ese sentido es cierto que nosotros, los psicólogos comunitarios, actuamos más como “vehículos metodológicos” que como aportadores de contenido. O, como facilitadores técnicos sería más correcto decir, aunque con dos apostillas: una, que nosotros no podemos limitarnos a ser sólo medios técnicos, somos personas y papeles portadores de valores éticos y políticos y no debemos ponernos sin más al servicio de la comunidad o quien sea; dos, que, en consecuencia, también debemos aportar contenido teleológico (fines) y estratégico, sin olvidar que, al operar en marcos políticos institucionalizados y democráticos, son los agentes políticos quienes fijan las metas globales, el horizonte teleológico y estratégico, por decirlo así, en que se desarrollarán las metas comunitarias concretas y con las que, en principio, habrían de ser compatibles.

También me parece revelador el tema de la despolitización y repolitización de lo comunitario que varios entrevistados plantean. Mientras que algunos lamentan y otros aplauden la despolitización del campo, creo que es Unger quien sostiene que aunque se ha despolitizado (en el sentido de que el campo y la tarea es cada vez menos política), se ha repolitizado en el

sentido aparente del mayor protagonismo asumido por el Estado. Me parece que ya comenté este tema en otro artículo y cómo durante la dictadura en España no se podía hacer política, con lo que toda la vida social (la universidad, las fábricas, etc.) está politizada. Pero cuando viene la democracia y la gente elige a sus representantes, los actores políticos pasan a ser los políticos y la gente que representa instituciones elegidas (se concreta y “profesionaliza”, por decirlo así, el ejercicio de la política, de hecho y al hilo de nuestras discusiones se institucionaliza en una dirección democrática). Desde ese punto de vista, es lógico y positivo que haya un cierto vaciamiento de contenido político —una despolitización si quieres— en las profesiones, instituciones, y otros agentes sociales. Aunque, quede claro, esa despolitización nunca debería ser total porque el psicólogo comunitario, por ejemplo, opera con el poder técnico y con el poder de las instituciones en que trabaja y, a veces, el poder potencial (el famoso empoderamiento) de la gente. Por tanto, siempre hay un componente político, pero secundario respecto a los representantes elegidos por la gente. En ese sentido, la despolitización es deseable (como indicador de una redistribución democrática del poder) y resulta cuestionable que el psicólogo comunitario (o el técnico X) se proponga como actor político primario, porque, para mí y al contrario de ciertas formulaciones, ni lo es ni debe serlo (al menos en circunstancias normales).

Encuentro, en cambio, que tiene pleno sentido cuestionar la repolitización, al menos en la forma administrativista y burocrática porque eso (como cualquier exceso de tecnificación al decir de analistas como Mumford, Ellul, Winner o, incluso, Max Weber) acaba constituyéndose en una mordaza totalitaria y opresora de la vida humana, aunque sólo sea por hurtar a las personas los fines y la discusión sobre el sentido global de la acción. Y luego que, aunque nosotros tampoco debemos renunciar a un cierto poder como actores, quien tiene que acabar teniendo el poder y la capacidad de decisión es la comunidad, la gente. Entonces, si el gobierno,

desde arriba tiene todo el poder o mucho poder ordenador, ¿qué poder tienes tú como ciudadano? Resulta que el gobierno decide por ti. Así que siempre será necesario un cierto germen de activismo político en la sociedad en la gente. Y por ahí hay que reivindicar un cierto contenido político del papel comunitario como activadores que espolean a los demás, no en el de que la política la hacemos nosotros, ni de que estamos alineados con el partido político X como profesionales, aunque como persona tú puedes estar con el partido que te dé la gana. O sea, quede claro que el poder que nosotros deberíamos defender e incrementar es el de la gente; esa es, pienso yo, justamente la idea correcta de empoderamiento.

Yo quiero agradecerte porque el sentido que nos planteamos con esta meta-entrevista, yo siento que se ha logrado plenamente

Luego habrá que revisarlo

De acuerdo, pero creo que, por primera vez, de verdad, podemos tener una mirada de conjunto... Efectivamente, se requería esta discusión en la que aparecen retazos de hacia dónde se va, una valoración de esos procesos. Pienso que logramos un avance... esto puede ser aportador respecto del tema de la relación de las políticas sociales y la Psicología Comunitaria, tema que hemos discutido muchas veces entre nosotros y con los entrevistados en distintos escenarios

Quizá por mirarlo desde, y compararlo con, otros marcos y miradas

Y al mirarlo contigo, aparecen elementos que no habían aparecido, el tema de la intervención psicosocial, vamos, como se dice en buen chileno, amojonando el tema, como apretándolo, en fin. Y lo otro que me parece muy valioso, que tampoco a mí me había circulado en la conciencia, es la valoración de nuestras prácticas... aunque estoy orgulloso de la Psicología Comunitaria chilena, pero mirarla y hacer un balance positivo hacia los avances...

El tema de los recursos, la PC es un enfoque de recursos que insiste también en lo positivo y en lo que se ha hecho bien, algo que muchas veces no tenemos en cuenta

Efectivamente, creo que hemos puesto sobre la mesa la mirada de los distintos entrevistados y hemos hecho un meta análisis, que me parece muy interesante. Aparecen, además, muchas ideas que aquí he ido registrando, sobre cómo continuar con eso. Así es que te lo agradecemos mucho

Y yo a vosotros por haberme hecho pensar en temas y asuntos en que yo no había pensado tampoco. Y eso remite, otra vez, a lo bueno que resulta que seáis, la PC chilena y la latinoamericana en general, un cuerpo psicológico, teórico y práctico vivo, lo que obliga a plantear retos y cuestiones que, sobre el papel, europeos o norteamericanos ya hemos dado por resueltas. Y también que es del diálogo y la discusión (y no sólo de los libros o el contacto con la realidad social) de donde puede surgir la luz.

En eso que tú dices y en la posibilidad de diálogo, me parece, también, que la psicología comunitaria no es monolítica

Para nada, es lo que siempre he sostenido

Y hay una cierta mirada latinoamericana monolítica

Que probablemente tiene que ver con el respeto excesivo por los maestros, pero también con el hecho de que la información escrita que circula está restringida a ciertos autores que son (o somos, no sé si yo también me he de meter ahí), sólo una parte por el todo. Y mi percepción, habiendo estado en algunos y escuchado a otras personas sobre todo en Chile, es de una pluralidad real que no se corresponde ni con uno sólo tipo de discurso teórico dominante ni, desde luego, con una única línea de praxis, porque la práctica real es mucho más plural como, ojo, pasa en todas partes. Yo lo veo aquí en España, pero también entre los norteamericanos,

donde hablando con personas como K. Heller, Prilleltensky o Murray Levine te das cuenta de las diferencias respecto de otras voces y escritos que llegan de allí, de que allí, como aquí en España hay varias corrientes y tendencias, aunque luego tengan elementos comunes. Por eso es interesante el estudiar las prácticas reales, ahí se constata la diversidad última del campo.

Otro tema, que no hemos planteado, es el de la integración, cómo se hace y quien hace la integración, tanto de los discursos teóricos como de las herramientas técnicas del campo. La dualidad que reflejan las entrevistas es la del gran discurso teórico que va por un lado y las herramientas técnicas para trabajar que van por otro. Y se aprecia cómo vosotros buscáis la síntesis, pero la síntesis de teoría y práctica es difícil de hacer, porque son dos mundos distintos con lógicas y objetivos diferentes y, en la realidad, la teoría la ves antes y la práctica la haces después, es un circuito que vas haciendo y revisando continuamente. Pero, además, el discurso proviene de unas fuentes y los problemas surgen de una realidad que es muy distinta de aquella en que se originó el discurso y ahí se produce un desajuste, puede que un choque. La ideología viene de una sociedad cohesionada y muy politizada y los problemas psicosociales surgen de una realidad desintegrada, descreída y anómica que demanda otro tipo de lectura (claro que aún permanecen algunos elementos de fondo como la pobreza o la desigualdad, pero no está claro que en ese respecto sean más eficaces los grandes discursos rupturistas que las teorías más sencillas y pegadas al terreno; bueno, aquí habrá mucho que hablar...). Es, de todos modos, claro que la integración es un problema real que no admite una solución única y eterna, siempre va a haber desajustes. Pasa en todas partes y en todos los campos, también en la clínica, ya se ha dicho por qué, además, a veces los practicantes aplican los mismos métodos de trabajo pero los leen o explican de distintos modos.

Lo que sucede es que en PC frecuentemente, y creo que Alba Zambrano lo expresa bien, se tiene que hacer una síntesis de elementos conceptuales y teóricos diversos, lo cual no es malo, sino muy bueno, porque obliga a liberarse del monolitismo teórico que, desde el punto de vista de elaboración de una metodología y teoría propia (cada uno debe elaborar la suya como decía Wright Mills) y de la práctica con un momento y una comunidad singular, es insostenible, no nos engañemos. Al final, la realidad es que la gente, cuando se enfrenta a una serie de problemas recurrentes en una realidad concreta (Valparaíso o la región del Bío-Bío), tiene que recoger, por decirlo así, retazos de un cuerpo teórico y de otro y armarlos y ver cómo le funciona para iluminar la realidad o para oscurecerla. Creo que ese es el proceso que luego, claro, se pone en común y se discute con otros. Y la teoría que te vas construyendo no solamente se nutre de lo que has recibido en la escuela, sino también en la práctica y del diálogo con tus colegas y con la gente de la comunidad y tienes que soldar una y otra cosa. El problema de la formación es cómo facilitar ese proceso durante y/o después de las clases normales en la escuela por medio del estudio de casos, las prácticas en terreno y otros inventos similares.

O sea, estamos llegando a una concepción ecléctica de la teoría para trabajar (no para especular, ahí no entro ahora), que no debería seguir el modelo que algunos llaman de la cafetería o auto-servicio, cojo el plato que me gusta de cada corpus teórico, si no, idealmente una integración coherente fundamentalmente con la utilidad práctica del resultante, porque va a servir para eso, para que la gente la use como guía para analizar y actuar en una realidad. Por tanto, yo entiendo que lo que tú, Jaime, planteas, la pluralidad de paradigmas, es una necesidad hoy en día.

Y luego estaría la teoría específicamente comunitaria, que incluiría núcleos como la comunidad, el sentimiento de pertenencia u otros, en que la investigación más pura es una

necesidad. Y tampoco se está trabajando suficientemente en ese aspecto aunque entiendo, porque también he pasado por eso, que las exigencias y condiciones de trabajo de los psicólogos comunitarios que están en las universidades chilenas no son las mismas que las de los españoles o los norteamericanos, y tampoco las prioridades respecto a la intervención o el simple establecimiento de programas y equipos de trabajo que en algunos sitios ya están establecidos pero en otros no y, claro, eso es entonces una prioridad y ¿de dónde sacas el tiempo extra para investigar? Lo cual, al final, se paga con cierto queme, como dicen ustedes, que no puede ser permanente. Mi impresión es que en Temuco están trabajando bien el tránsito de lo académico a las prácticas, con un contacto real entre los dos mundos. Lo deseable sería que el esfuerzo que realizan no se haga a costa de un queme “estructural” de los practicantes o de los académicos, o sea, que si ese se produce sea sólo un problema temporal, no el resultado permanente de intentar combinar en una sola persona misiones y papeles que, como la investigación y la acción, son tan duales o diversos que pueden resultar incoordinables.

En eso Mariane Krause señala algo muy parecido: cómo logramos compatibilizar lógicas académicas con lógicas de intervención. Porque si uno revisa la producción académica en términos de escritos en Chile, en general, hay una producción ensayística...

Eso por un lado, y luego, por otro, creo que también hay mucha práctica y muy creativa. Y ella lo que dice que, a diferencia de los norteamericanos, hay poca evaluación de programas. Pero la PC en su conjunto ha tenido una producción teórica —sea especulativa, sea empírica— para mi gusto limitada.

Cómo logramos producir un tipo de conocimiento desde lo real y hacerlo circular. Y publicarlo, claro, creo que en ese sentido estáis haciendo un buen trabajo.

Bueno, ahí va a estar este libro como un aporte en esa línea

